ROMAIN PUÉRTOLAS

LAS AVENTURAS DE UN FAQUIR EN EL PAÍS DE IKEA



Grijalbo narrativa

ROMAIN PUÉRTOLAS

Las aventuras de un faquir en el país de Ikea

Traducción de
Patricia Sierra Gutiérrez

Grijalbo narrativa

SÍGUENOS EN

megustaleer









Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para el tito Paco,
para que, estés donde estés ahora,
no dejes nunca de reírte como antes…

Todos los caminos llevan a Roma. Salvo el de Örnsköldsvik, que lleva a Örnsköldsvik.

PROVERBIO ITALO-SUECO

En una fila india, nunca hay indios…

Dicho popular

Un corazón es como una gran caravana.

GUSTAVE PALOURDE

El palacio de los mil y un tornillos

En los últimos tiempos, en el barrio de chabolas de Tharta'l Yagurh, al lado de Ganesh y Vishnu había aparecido una nueva deidad: el Todopoderoso Ikea, con una llave Allen y un folleto de instrucciones en cada una de sus ocho manos, y bajo su representación más grandiosa, una megatienda de veinticinco mil metros cuadrados, de los cuales dieciocho mil eran de superficie de venta, dotada de un parking gratuito de cerca de ochocientas plazas.

Se la llamaba «El palacio de los mil y un tornillos».

Era un pedazo de Escandinavia que había aterrizado en ese pequeño rincón del Rajastán. Se habían esfumado cuarenta grados de golpe. Y ganado quinientos empleos. Bueno, no los suficientes como para que la miseria desapareciera, pero sí como para que cambiara de cara. A partir de entonces se mendigaba con un bol Färgrik o Smaska en la mano, en lugar de con un cuenco de hojalata. La miseria era más llevadera bajo sol, sobre todo con el palacio de los mil y un tornillos al lado.

Sihringh Sidkaar tenía, con diferencia, la casa más bonita de todo el barrio.

Desde el exterior, su modesta vivienda de once metros cuadrados no destacaba y se parecía a las demás. Cuatro paredes de ladrillo atravesadas por dos aberturas, la puerta y la ventana, y un tejado de chapa que amenazaba con caerse en cualquier momento. Solo cuando se entraba aparecía la magia. La pintura en tonos pastel era reciente, se habían puesto molduras modernas en el techo, parquet de pino escandinavo en el suelo y bonitos zócalos blancos. De las paredes colgaban cubos de almacenaje Lixhult en un orden aparentemente aleatorio pero estudiado con esmero, a diferentes alturas para crear un

mosaico explosivo de vivos colores. Entrando a la derecha, un sofá Knopparp naranja adornado con cojines Gurli verdes, parecidos a gigantescas pastillas contra la tos, reinaba delante de una mesa baja Tingby que albergaba una bandeja Smula de plástico con vasos de té en los que no era raro que Vashnu, la vaca de la familia, bebiera para refrescarse.

Imagínense un *showroom* de Ikea en mitad de un laberinto de callejuelas sucias y de mala reputación y tendrán una idea bastante fiel de la realidad. Sin embargo, si la anciana no dejó la chabola no fue por falta de insistencia. Con todo el dinero que su hijo le había enviado después del éxito de su novela en Occidente, podría haberse permitido vivir en una lujosa casa en el sur de Tharta'l Yagurh, incluso mudarse a la capital y rodearse de una corte de criados con pajarita y guantes blancos, pero Sihringh no era así. Prefirió quedarse junto a las personas a las que quería.

La casa de Sihringh estaba hecha a su imagen. Vieja y estropeada por fuera. De una gran belleza y luminosa por dentro.

El faquir que compró el Ferrari del monje que vendió su Ferrari

En las antípodas de la constancia y la humildad de su madre, en las antípodas de la India, Dhjamal Mekhan Dooyeghas vivía ahora en un espléndido apartamento de doscientos treinta y siete metros cuadrados en uno de los barrios más aburguesados de París, y su cama, de dos por dos metros, solo aceptaba sábanas de seda hechas a medida y no tenía ni un clavo.

Era tan rico que se había comprado, por eBay, el Ferrari del monje que vendió su Ferrari, un tal Julian Mantle, abogado americano millonario que, después de sufrir un infarto, decidió abandonarlo todo de un día para otro e irse a vivir a la montaña con los monjes. Escribió un libro contando su experiencia, pero lo que el libro no decía era que, cuando se dio cuenta de en qué consistía la vida de monje, prefirió volver a ser un hombre de negocios y se compró un Porsche. Así que escribió un segundo libro, *El monje que vendió su Ferrari para comprarse un Porsche*, lo que le permitió recuperar su fortuna de antaño.

De niño, Dhjamal se juró que un día ganaría mucho dinero y podría comprarse un mueble de Ikea. Ahora era consciente de la trivialidad de esa ambición. Cuando se es rico ya no se compran muebles en Ikea. Desde que era un escritor de éxito, o más bien, escritor de un éxito, se había refugiado en su pequeña burbuja. No quería oír hablar de atentados yihadistas, de la crisis, de Donald Trump, de todas esas miserias que difundían los telediarios y que nos hacen creer que vivimos en el más feo de los mundos. Pensaba que Bashar al-Ásad era un personaje de *El libro de la jungla*; el Brexit, un modelo de sujetador, y

la independencia catalana, un postre. Resumiendo, Dhjamal vivía feliz. En el más bonito de los mundos.

Mientras otros ilustres autores pasaban su tiempo viajando de una feria del libro a un festival, de un país a un continente, él no se movía de casa y se había aficionado a los programas de la mañana, únicas ventanas que se permitía abrir al mundo y de las que solo podían disfrutar unos pocos privilegiados de la sociedad francesa: las amas de casa de más de cincuenta años, los parados y los escritores. Ahí se hablaba de la vida, de salud, de cocina y de relaciones amorosas. De todas esas pequeñas cosas por las que en su país consultaban a un faquir y por las que la gente estaba dispuesta a pagar sumas astronómicas: tres gallinas, incluso cuatro en los casos más desesperados. Esa mañana, los presentadores y sus invitados debatían sobre un tema sumamente esencial para el buen funcionamiento de las relaciones entre los seres humanos, al margen de la religión o el partido político al que pertenecieran, un tema que reunía a los pueblos de la manera más bonita posible: la erección. A Dhjamal le sorprendió que ninguno de los médicos presentes en el plató mencionara, como remedio para la impotencia, el método que consistía en clavar con delicadeza un pincho de barbacoa mojado en curri en el pene del paciente, repitiendo tres veces «Levántate y anda». El único método válido, tal como el eminente sexólogo rajastaní Kama-rhon-delislá y sus ancestros lo habían practicado antes de él. Al menos desde la invención de la barbacoa.

En lugar de eso, los tres doctores (porque al parecer hacían falta tres para resolver un problema tan simple) preconizaban la ingurgitación de pequeñas píldoras azules con forma de rombo a las que llamaban «Viagra», y Dhjamal pronto reconoció la palabra sánscrita *vyághrah*, que significaba «tigre». El medicamento milagroso había sido descubierto en los años noventa, por error. Indicada para la angina de pecho, los científicos se dieron cuenta de que el tratamiento provocaba potentes y duraderas erecciones en los sujetos machos. ¿Se podía ser menos serio? ¡Una pequeña píldora azul! ¡Lo que faltaba! Y, tirado en su sofá, el exfaquir no pudo evitar aplaudir el espectáculo de

charlatanería de los tres brujos blancos.

De repente, una melodía de Vivaldi tocada al sitar resonó en el suntuoso salón. Con un golpe de mando, Dhjamal bajó el volumen del televisor y descolgó su móvil.

—Hola, *Chándal.*

El escritor reconoció a su editor. Esa voz suave y esa manía horrible de pronunciar siempre mal su nombre. Sin embargo, no se lo tenía en cuenta porque él tampoco había hecho el esfuerzo de aprenderse el suyo. ¿Era Gérard François o François Gérard? Los nombres franceses eran de una ambigüedad desconcertante. ¡No todo el mundo tenía la suerte de llamarse Dhjamal Mekhan Dooyeghas!

—He recibido tu último manuscrito —dijo el hombre al otro lado del teléfono, arrancando al indio de sus pensamientos.

Al mencionar su obra, el escritor apartó la mirada del televisor y prestó atención a las palabras de su editor, lo que ocurría rara vez. A decir verdad, Dhjamal estaba muy satisfecho de su última novela. Una obra maestra, aunque breve, en la que narraba en forma de diario de dos semanas, y que por tanto ocupaba catorce páginas, la vida cotidiana de un rajastaní que acababa de instalarse en el Distrito XVI de París. Sus aventuras en la panadería de la esquina, el descubrimiento de la lotería, sus tribulaciones en la tienda bio, sus discusiones con los repartidores de DHL, que le impedían salir de casa desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde o ducharse (por miedo a no oír el timbre), para que finalmente no le trajeran lo que había pedido y le dejaran mensajes de pago en su móvil. Esa novela pretendía diferenciarse, por su tamaño y su ambición, de la única novela que había escrito hasta el momento, en una camisa, y que lo había hecho más rico que una estrella de Bollywood. Y, además, con catorce páginas escritas al año podría rivalizar con la producción anual de Amélie No-Tomes, su gran rival. Siendo modestos, su segundo libro era bonito, poético, era fuerte, pero sobre todo era…

—… malo.

—¿Cómo?

El indio pensaba que había oído mal. Otra vez ese maldito acento.

¿Por qué los franceses hablaban siempre como si tuvieran una patata caliente en la boca?

—*BAD!* —articuló Gérard poniendo la voz y la entonación de Michael Jackson (con una patata caliente en la boca).

Dhjamal no esperaba recibir el Nobel de Literatura, por supuesto, ni que le pusieran ninguna condecoración sobre el pequeño cocodrilo verde de su polo, pero esto…

—Por una parte no me extraña, *Chacal*, estás aburguesado.

—¿Aburguesado? —repitió el escritor, cada vez más estupefacto.

—Significa que te has convertido en un pijo.

—Gracias, Gérard, o François, sé muy bien lo que significa «aburguesado» —cortó el exfaquir, que, gracias a Marie, ya hablaba un francés más que correcto—. Y no pienso que ese adjetivo sea el más adecuado para describirme. Me he integrado, que es diferente.

—Pues no deberías haberlo hecho.

—Sin embargo, es una palabra que os gusta mucho en Francia: «in-te-gra-ción».

—¡Me da igual tu integración! ¡Soy tu editor, no el ministro del Interior! Nunca hay que renegar de los orígenes de uno. La diferencia es una fuerza. Desde siempre intentamos hacer que todo el mundo entre en el mismo molde, pero precisamente las frutas y las verduras deformes e irregulares son las mejores. Y sé de lo que hablo, *Chamal*, porque antes de editor era frutero. Las patatas más manchadas y agujereadas, por las que nadie daría ni un céntimo, son con las que salen los mejores purés.

—Me integré para gustarle a Marie, eso es todo —explicó Dhjamal.

—¡Craso error! Le gustabas antes de esto. Tu turbante, tu bigote, tus piercings, tu piel oscura, esas estrellas relucientes en tus ojos del color de la Coca-Cola, tus increíbles trucos, eso es lo que le gustó, *Chantal*. ¿Sabes? Si Marie hubiera querido encontrar un empleado de banca sin ambición, regordete y aburrido, solo hubiera tenido que buscarlo. Y eso es exactamente en lo que te has convertido. En un gordinflón aburrido.

El indio pellizcó a través de su polo el michelín que sobresalía por encima de su cintura y el mundo se derrumbó a su alrededor.

—Bueno, ya está, te estoy echando el sermón a las nueve de la mañana pero es porque te aprecio, *Carnaval*, y porque lamento que el faquir haya cambiado su cama de clavos por un Pikolín. El lector quiere emoción. Queremos sentir tu miseria. Tu desgracia hace bien a los demás. Cuando leemos todas las cosas a las que te has enfrentado, nos decimos que a fin de cuentas no somos tan infelices. Lo que tú llamas «integrarse» yo lo llamo «matar un poco lo que realmente eres». ¡Incluso el becario que administra tu página de Facebook y que responde por ti a los e-mails de tus fans es más auténtico que tú!

Dhjamal permaneció inmóvil, de pie, con la boca abierta, sin saber qué responder a esa interminable avalancha de verdades.

—Cuando te conocí, eras un verdadero aventurero. De ti emanaba un aura de misterio y grandeza. Olías a especias, a té y a… sudor a diez metros de distancia. Ahora ya no sales de casa. Por ejemplo, me juego el cuello a que estabas viendo la tele.

Dhjamal se sobresaltó. En la pantalla silenciosa los médicos, con zanahorias en las manos, seguían hablando de esas pequeñas píldoras azules. Apagó bruscamente la tele. ¿Desde cuándo Gérard, o François, era mentalista? Ese don era solo suyo.

—Estoy practicando mi francés —improvisó.

—Claro —dijo el editor, escéptico—. Bueno, sea como sea, *Chaval*, debes saber que tu pequeña vida aburguesada no le interesa a nadie. Tus escapadas a la panadería, tus esperas en Correos y tus quidproquos en el estanco… Los franceses pasan de eso porque lo viven todos los días, y cuando compran un libro es para desconectar de su realidad llena de gente normal y del aburrimiento de un trabajo que detestan, que les ocupa todo el tiempo y con el que no ganan lo suficiente como para irse de viaje. Por eso se compran los libros, ¿entiendes? Quieren exotismo, aventura, sin abandonar el cómodo sofá de su salón; quieren navegar entre tempestades en medio del océano sin dejar el calor de sus mantas; quieren vivir historias de amor apasionadas, tórridas, durante su descanso en el trabajo, en el comedor de la empresa, mientras se comen el contenido de su táper con cubiertos de plástico.

—¿Ah, sí?

—Y, además, ¡catorce páginas! Eso se lee antes de que suene el microondas. Te digo esto por tu bien, no por el placer de seguir ganando millones de euros a tu costa. Sé que no es fácil escribir algo después de un best seller, pero yo creo en ti.

Dejó un silencio como para dar un poco de peso a sus palabras.

—Venga, ya te he reñido bastante —retomó—. Vas a ponerte las pilas para darme una bonita historia, como tú sabes. Quiero ilusión, magia, ¡volver a ver tu alma de niño! No sé, ve a comprarte una cama de clavos a Suecia… Hazte traficante de diamantes o de clandestinos sirios, navegador solitario o malabarista de un circo, eso te inspirará. ¡Pero dame un maldito texto!

Diciendo esto, el hombre colgó.

No había nada que decir, ¡si no fuese editor, Gérard François habría causado estragos como consejero en la oficina de desempleo!

Como una oooola de fuerza desmedida, Gérard, o François, lo arrastró todo con espuma blanca y rumor de caracola.[1] Barrió a su paso, en pocos segundos, la vida, las convicciones y las pretensiones literarias de Dhjamal, quien se dio cuenta de que aún tenía el teléfono pegado a la oreja aunque su editor había colgado, y se lo guardó en el bolsillo con un gesto torpe debido a los nervios.

¿Pijo, él? No se lo podía creer. Pero lo más sorprendente era que a François, o Gérard, no le había gustado su nuevo libro. Comprendió que lo que a él le parecía formidable no despertaba ningún interés para un europeo. Recordó la vez en que se quedó una hora delante de las puertas automáticas de la tienda sueca mientras nadie le prestaba la más mínima atención.

—¡Qué deshonra! —exclamó ante la humillación que acababa de sufrir—. ¡Dulce Vishnu, qué vergüenza!

De ser japonés, se hubiera clavado una catana en el abdomen, así, sin pensarlo, como un samurái deshonrado. Pero no era japonés, no tenía catana y por su antigua profesión estaba acostumbrado a clavarse todo tipo de armas blancas en el estómago sin apenas hacerse daño.

Era una pena. A falta de poder matarse, se fue a la cocina y se sirvió un gran vaso de agua fría para reponerse de las emociones. Y cuando abrió el frigorífico entendió lo que su editor le había querido decir: yogures, latas de Coca-Cola (normal, zero, sin cafeína), huevos, leche, mantequilla con y sin sal, mermelada con y sin azúcar, chocolate con y sin chocolate, champán con y sin burbujas, salmón ahumado y foie gras desfilaban ante él. Con eso hubiera podido alimentar a todos los habitantes de su pueblo, Tharta'l Yagurh, durante un año. Le recordó las provisiones que habían almacenado en 1942 en el Taj Mahal para abastecer a los hombres y mujeres que se habían escondido allí

mientras los aviones de la Luftwaffe daban vueltas sobre ellos. El gobierno indio había erigido un andamio alrededor del monumento para camuflarlo y que no lo vieran los pilotos alemanes. Habría sido irónico (pero práctico) morir en lo que era un mausoleo.

Almacenar una cantidad indecente de productos en su nevera, la mitad de los cuales terminarían en la basura en cuanto caducaran, ¿eso era todo lo que había aprendido del modo de vida europeo? Su maestro faquir, que hablaba como un manual de desarrollo personal basado en los dichos tomados de los calendarios de Correos indios, un día le dijo que la felicidad consistía en desear lo que uno ya tiene. Pero él siempre se las había apañado para querer más.

Cerró la puerta del frigorífico para dejar de ver todo aquello. Cerrar los ojos a los problemas hacía que las cosas fueran más soportables. Los occidentales se interesaban por lo que pasaba en el resto del mundo, pero solían mirar hacia otro lado cuando alguien tenía la indecencia de morir de hambre en la acera sosteniendo bajo sus narices un pequeño trozo de cartón en el que se podía leer: PA COMÉ, POR FABOR. En Europa se perdonaba todo. Salvo las faltas de ortografía.

Y el indio fue consciente de que se había convertido en alguien tan rico y tan europeo que había intercambiado a Shiva, su dios, por Chivas, el whisky. Se había integrado bien o, como acababa de decirle su editor, había matado un poco lo que realmente era. Se había convertido en una patata demasiado limpita y estándar.

Dhjamal miró a su alrededor en busca de un espejo. Como cada vez que dudaba de sí mismo, tenía que leer sobre su cara lo que los otros leían. Necesitaba leer en el espejo la palabra «pijo» escrita con tinta imborrable sobre su frente, como si fuera un tatuaje.

Porque los espejos reflejaban la verdad. Siempre.

Los espejos no reflejaban la verdad. Nunca.

Y eso lo sabía todo ser humano de sexo femenino de más de quince años. Hay dos especies en el mundo que ponen sistemáticamente en cuestión lo que ven en el espejo: los vampiros, porque no se reflejan, y las mujeres, que han desarrollado durante milenios esa propensión a desconfiar del diabólico accesorio (el cuento de Blancanieves da buena muestra de ello) y de la imagen desproporcionada que les devuelve de su cuerpo, como si fuera un espejo de feria, y eso a pesar de las clases de zumba, las dietas y las cremas anticelulíticas.

Marie Rivière estaba pensando en esto cuando una mujer de la limpieza entró en los servicios empujando su carrito. La primera relajó el pecho y el abdomen, que había tensado delante del espejo para mejorar su figura, y adoptó una pose más natural.

—Todo eso es por culpa de las series.

—¿Cómo dice? —preguntó Marie, asustada por haber sido sorprendida.

—*Sexo en Nueva York*, *Ally McBeal*. No se preocupe, señora. Yo también hago eso en casa.

—¿Que también hace qué? —preguntó Marie, aunque lo había entendido muy bien.

—Las poses metiendo la barriga y sacando el pecho y todo eso. Es el dictado de la belleza impuesta por dos o tres tontitas americanas que solo comen zanahorias. Y llegamos a una edad en la que cada vez más hay que aceptar nuestro físico.

¡Habla por ti, bruja!, quiso decirle Marie, que también comía zanahorias. Pero se conformó, por educación, con esbozar la más bonita de sus sonrisas.

—Queremos volver a tener dos pequeñas peras de jovencita —explicó

la limpiadora—, nuestra piel de bebé, nuestra cintura de avispa. ¡La gente se *photoshopea* el cuerpo en Túnez para parecerse a las americanas! Es irónico, ¿verdad?

—¿Se *photoshopea*?

—Sí, cirugía, es como retocarse con Photoshop pero de verdad —explicó la mujer apoyando la fregona contra la pared y aprovechando para descansar un poco—. Se agrandan el pecho con la grasa que les quitan del trasero. O se quitan una o dos costillas, con las que les hacen un tabique nasal, y les dibujan las curvas, la silueta, así se gustan de nuevo, al menos durante un tiempo, hasta que la naturaleza vuelva a ganar la batalla y, ¡hop!, otra vez listas para un viaje a Monastir. Yo voy por el quinto. ¡Podría trabajar para la *Guía Michelín* si quisiera! Y regresaré dentro de un mes. Mire, empiezo a tener barba. Voy a quitármela con láser.

La mujer se acercó a Marie y le ofreció su mejilla izquierda. Esta disimuló una mueca viendo la horrible pilosidad y se giró enseguida hacia el espejo para buscar la primera señal de hirsutismo en su propia cara.

—¡Oh, no se preocupe! Le saldrá. Así es la vida. Tendría que darse una vuelta por Túnez. Si necesita información: un buen hotel, cirujano competente, tiendas de regalos baratos…, no dude en preguntarme.

Después volvió a coger la fregona y la mojó en el cubo con energía, como una africana moliendo mijo.

El faquir que se convirtió en marajá

El hombre que estaba en el espejo del cuarto de baño era un extraño. Sin embargo, lo había visto esa mañana mientras se afeitaba, incluso le había hablado, como de costumbre, y le había cantado *Chaiyya Chaiyya* adoptando la voz y las poses de Sukhwinder Singh.

Ya no era el hombre que él conocía, alto, flaco como un árbol seco, de cara morena atravesada por un bigote gigantesco y con los labios y las orejas llenos de piercings. Ya no era ese hombre que, un día de verano, se subió a un taxi al llegar a París con la única ambición de comprarse una cama de clavos. Ya no era ese joven de torso descubierto, con los ojos del color de la Coca-Cola llenos de ilusión, con el taparrabos en forma de pañal, que levitaba en su país por unas cuantas rupias.

Afeitado, con un polo rojo con un pequeño cocodrilo verde cosido en el pecho, su doble lo miraba. La palabra «pijo» no estaba escrita con tinta imborrable sobre su frente, estaba tatuada en el conjunto de su persona, como en un cuerpo de yakuza. En su actitud, su ropa e incluso su color de piel, que había blanqueado un poco. El proceso de metamorfosis en europeo había comenzado y eso le asustaba. El faquir se había convertido en marajá. ¿Hacía falta un pequeño cocodrilo en su polo y una nevera llena para ser feliz? Y recordó las palabras de Baba Rhoma, su maestro faquir, cuando casi treinta años atrás comenzó su formación: «En la vida, solo podemos ser felices con lo necesario, pequeño».

Dhjamal volvió a la cocina y abrió el frigorífico pensando que quizá, por arte de magia, el cuerno de la abundancia habría desaparecido. Pero, de nuevo, su indecente riqueza le saltó a los ojos y se preguntó si

un paquete de dieciocho botecitos de Actimel era la mejor expresión de «necesario».

Luego se dijo: ¡Al diablo Baba Rhoma y sus refranes espirituales baratos!, cogió uno, lo abrió y se lo bebió de un trago mientras se deleitaba en su fortuna.

El despertar

Dieciocho botecitos de Actimel más tarde, Dhjamal estaba sentado en el suelo frío de su cocina, deprimido y con el estómago revuelto. Las duras palabras de Gérard François daban vueltas en su cabeza. Aburguesado. No paraba de repetirlo, como si quisiera convencerse de lo contrario, pero en el fondo sabía que su editor tenía razón. Solo que le costaba un poco admitirlo.

En cuanto a su novela, que su editor tuviera o no razón carecía de importancia. Si no le gustaba no la publicaría. Punto. Tendría que remangarse el polo y ponerse a escribir un nuevo libro.

Sus primeros pasos al salir de casa le costaron mucho.

Parecía un oso que había hibernado demasiado. Una vez en Châtelet-Les Halles pudo entender lo que quería decir su editor. Al cruzarse con esos hombres y mujeres tendidos sobre un cartón en el suelo sucio de la capital, esa gente que nunca había tenido el placer de beberse un Actimel y que ni siquiera sabía lo que eran los bífidus activos, al ignorar esas manos suplicantes y agrietadas extendidas hacia él en busca de un euro, esos vasos de plástico que los músicos rumanos agitaban bajo su nariz a cambio de escuchar sus versiones más que personales de *La vie en rose*, tomó conciencia de su condición, al igual que Siddhartha, que descubrió a los veintinueve años, con pena, cuando se paseaba solo por el palacio, la miseria de su pueblo que le había ocultado su padre.

Dhjamal no pudo evitar experimentar cierta compasión por esos hombres y mujeres. Por esos niños y bebés, sucios de mocos secos que, sin embargo, no paraban de sonreír. Con el otro ojo veía a las bandas de carteristas rumanas, que asaltaban las líneas de metro como los

bandidos una diligencia, esas hordas de jovencitas que habían cambiado la falda de flores y las sandalias con calcetines de sus hermanas mayores por unos vaqueros y zapatillas de deporte, mucho más prácticos para salir corriendo. Porque ya nadie daba nada cuando se le tendía la mano, había que adaptarse. Y ellas se habían adaptado. Gracias, Darwin. En el fondo no eran malas, sino que eso era lo único que les habían enseñado. Detrás de un niño siempre hay un adulto. Un adulto que espera detrás de una esquina para recoger el botín del día. Un adulto que no deja otra elección. Todo el mundo necesita una educación, aunque Pink Floyd diga lo contrario.

Para ellas, esa sería la escuela de la vida: los policías, el metro, los turistas. Punto y final. Y luego, un día, esas jóvenes se convertirán en madres y en modelo a seguir por sus hijos.

Ladrona de madre a hija. Casa fundada en 1994.

Nadie les dirá que no se nace ladrón, sino que uno se convierte, como Dhjamal se convirtió, de niño en la India. Porque a él tampoco le enseñaron otra cosa. Los adultos lo proyectaron a su mundo, cruel y violento, sin pedirle nada. Mientras él robaba carteras, a él le robaban su juventud.

Pero lo maravilloso de la vida era que lo que se había hecho podía ser deshecho, que un día se podía interrumpir el ciclo, romper la maldición. En su caso, eso lo había provocado Marie. Y Sophie Morceaux. ¿Tendrían esas jóvenes rumanas la suerte de conocer a una Sophie Morceaux, una Marie y un Mohamed que las sacaran de los pasillos del metro? ¿Encontrarían suficiente valor para mandar a la mierda a papá y que se metiera el acordeón donde le cupiera, mandar a la mierda a mamá y dejar de tender la mano suplicando de rodillas unos cuantos céntimos (¡además, mendigar de rodillas ensuciaba los pantalones!), mandar a la mierda a esas mafias que las traían a Francia en autobuses repletos y las soltaban en los Campos Elíseos, con la mirada dividida entre la belleza de la capital y los bolsos de sus próximas víctimas? Levantarse. Decidir qué hacer con su vida. Decidir qué quieren ser. O lo que justamente no quieren ser. Y no serlo más.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dhjamal. Volvió a verse con la

edad de ellas, con los mocos secos en sus mejillas y labios. Él tampoco sabía lo que era un kleenex en aquella época. Detrás de él se levantaba la sombra gigantesca y terrible de un adulto. Quizá el peor. El mal encarnado.

No había pasado mucho tiempo desde entonces.

Fue ayer.

El niño que susurraba a las vacas (sagradas)

27 d.C.[2]

Dhjamal Mekhan Dooyeghas había tenido que mentir a su madre para asistir a su primera clase de faquir.

Nunca mentía, excepto cuando la verdad podía herir a su pobre mamá Sihringh, es decir, casi siempre. Fiel al dicho: «Si no quieres que tu secreto sea desvelado, no se lo digas a nadie», el niño tampoco le había dicho nada a sus primos. De modo que para Sihringh, Jamlidanup Saanghi Patouvash Khan Dakatur (que era solo un único primo) y Batmaan, él se había ido a pasear por el desierto Tártaro.

Solo decía la verdad a Vashnu, la vaca de la casa, para quitarse de encima el peso de la mentira, para compartir sus secretos con alguien que lo entendiera, que no se ofuscase y no lo castigase nunca. Vashnu era perfecta para eso. Escuchaba las confesiones del niño travieso durante horas con la mirada perdida, rumiando su paja sin que su bonito hocico se deformara nunca en una mueca de desaprobación.

Así, antes de irse aquella mañana, el joven Dhjamal susurró unas palabras al oído de la vaca sagrada. Le dio palmaditas en el lomo con gesto amistoso, le acarició su joroba de la suerte y luego se fue para recorrer andando, con la única compañía del viento que soplaba fuerte en los oídos y la arena caliente en los dedos de los pies, los treinta kilómetros que separaba Kishanyogoor de Shishke Babh.

Unos días antes había visto un anuncio con la fecha y el lugar de una misteriosa reunión: ¿TU VIDA NO VALE NADA? ¡CONVIÉRTETE EN FAQUIR! Despegó el cartel y lo guardó en su escondite secreto, el hueco de un árbol que estaba cerca de la casa, junto al mechero que le

había regalado un tipo raro a cambio de extraños favores. Un geólogo inglés que estudiaba el desierto Tártaro y se había perdido después de que su 4x4 se averiase. Prefirió no mencionar esa historia a mamá Sihringh, que siempre le prohibía hablar con desconocidos y aceptar regalos. Seguro que se enfadaba si supiera que había acabado a cuatro patas entre sus piernas.

Ahora estaba con la espalda bien arrimada al respaldo, detrás de un pupitre de madera decrépito, rodeado de niños de su edad. Tenía nueve años. Delante de ellos, un joven de unos treinta, de una delgadez extrema, provisto de una gran barba trenzada de tinte anaranjado de la que daban ganas de tirar, blandía nerviosamente un palo con el que golpeaba sobre una gran pizarra. Su pelo, del mismo color, más largo incluso que su barba y que parecía cuerda, se aglutinaba en una gran masa grasienta que terminaba en delgados tentáculos que colgaban sobre sus hombros. Una sabia mezcla entre Bob Marley y el dalái lama. Su frente estaba pintada de rojo, como si una mano ensangrentada hubiera aplicado su impronta indeleble. Le faltaban también algunos dientes, lo que era sorprendente para su edad. Resumiendo, daba miedo verlo. A diferencia de sus alumnos, que iban vestidos con simples taparrabos de tela, el hombre llevaba una toga naranja que flotaba con cada uno de sus movimientos.

—Hoy es vuestro primer día en la RENFE[3] —comenzó el maestro en un dialecto que Dhjamal no conocía—. Es un día que no olvidaréis. La mayoría solo tenéis unos diez años y, sin embargo, acabáis de tomar una decisión que marcará vuestra vida para siempre. Os habéis comportado como adultos y ya podéis aplaudiros.

El hombre hizo una pausa. Los niños se miraron orgullosos y se aplaudieron. Para no llamar demasiado la atención, el joven tharta'lyagurense, que no hablaba ni una palabra de ese dialecto bárbaro, imitó a la asamblea dando palmadas.

—Tengo que ser sincero con vosotros —añadió el joven profesor en ese galimatías que todos parecían entender—. Tendréis una vida dura, casta, a veces será penosa. Aún ignoráis lo que significa la palabra «casta», pronto lo sabréis, pero todos entendéis «dura» y «penosa»,

¿verdad? E insisto en esas dos palabras porque quiero que os comprometáis en esta vía con conocimiento de causa. No os voy a mentir, ser faquir es una vocación, pero también un aprendizaje laborioso. No se nace faquir, uno se hace. Para resumir, seréis pobres toda vuestra vida y seguramente acabaréis enterrados en una fosa común con otras personas tan miserables y despreciables como vosotros. La gente solo acudirá a vosotros cuando tema por sus cosechas o quiera que encontréis una solución a sus problemas de salud. Estreñimientos, diarreas, lumbagos y culebrinas serán vuestro lote cotidiano. No siempre comeréis cuando tengáis hambre; de hecho, casi nunca, y a veces tendréis que contentaros con un trozo de chatarra que un alma caritativa quiera echar en vuestro cuenco. Porque la gente, crédula como es, pensará que realmente os alimentáis de clavos, tuercas y manillares de bicicleta. Eso para los más afortunados; los otros tendrán que robar, con el riesgo de terminar en una prisión cochambrosa el resto de su vida. No os casaréis nunca, no conoceréis más compañía y placer carnal que los de vuestra mano derecha, si no os la cortan antes como castigo por vuestros hurtos menores. Seréis invisibles a los ojos de las mujeres y erraréis como vagabundos por las calles de vuestro pueblo. Incluso los niños os escupirán cuando no les gusten vuestros milagros.

El hombre hizo una pausa para medir el impacto de sus palabras sobre sus futuros alumnos. Delante de él, las caras morenas habían palidecido de golpe y parecían expresar todo el horror del mundo, exceptuando, quizá, a ese niño sentado al lado del radiador que sonreía con ignorancia.

—Eso es lo que os espera por los siglos de los siglos (amén). Porque os reencarnaréis numerosas veces: en perros, en cerdos, en gusanos. ¡Maldito karma! Así que solo estáis al principio de vuestro sufrimiento. Nunca esperéis al respecto una palabra de ánimo, un gesto de compasión. Ni el más mínimo respeto.

Satisfecho de su pequeño discurso, el profesor recorrió los pocos metros que lo separaban de la puerta de la clase y la abrió con aire teatral.

—Bueno, ya he hablado bastante —añadió mirando a sus alumnos—. Los que deseen seguir la aventura que se queden sentados. Los otros, los que no quieran firmar por la más terrible de las existencias, que se levanten y abandonen la sala.

Apenas hubo cerrado la boca, todos los niños se levantaron y huyeron corriendo en un barullo ensordecedor, tirando mesas y sillas a su paso. Dhjamal, que no había entendido ni una palabra de lo que había dicho el joven maestro, se encontró solo en la clase con él. Sonrió tímido al que acababa de convertirse, muy a su pesar, en su nuevo profesor particular.

Túnez! ¡¡¿Pero es que tengo cara de necesitar ir a Túnez para que me la rehagan?!!

Marie no se había planteado recurrir a la cirugía estética. Pensaba que era más bonito tener pequeñas arrugas alrededor de los labios que una boca gorda de besugo inflada de bótox. De hecho, Dhjamal le había confesado un día, después de hacer el amor, que a él le gustaba esa pequeña arruga encima de la comisura izquierda de su labio, que le tenía enamorado, igual que el lunar de su cuello, que le gustaba besar. Y Marie había aprendido con los años y los amantes a los que había conocido en Meetic que siempre se podía creer a un hombre… después de hacer el amor. Nunca antes.

Así que Dhjamal la quería de verdad.

Abrió el táper de lasaña congelada y lo metió en el microondas de la sala de descanso. Sacó un libro de su bolso y retomó la lectura mientras su fiambrera giraba. Pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que no hacía más que releer la misma frase pensando en su marido.

Lo vio sin su turbante, sin su bigote, sin sus piercings en los labios, con sus agujeros aún en la lengua. ¿Todavía era feliz con ella? ¿Había renunciado él a su vida, a su personalidad, a lo que realmente era, por su culpa? Nunca había dicho nada. Quizá sufría en silencio. Y se prometió preguntárselo esa tarde, en cuanto llegara del trabajo.

Cuando los cuarenta y cinco niños se esfumaron entre la naturaleza con un chasquido de dedos, lo que confirmaba el inmenso poder del maestro faquir, Dhjamal entendió que un elemento clave, como era conocer el dialecto que hablaban en ese pueblucho, se le había escapado. No se le podía reprochar nada, porque en la India existían dieciocho lenguas oficiales y cerca de cuatro mil dialectos no reconocidos. ¡Y lo peor era que había tantas diferencias entre ellos como entre el sueco y el portugués! Pero, fuera como fuese, en cuestión de segundos había pasado de clases magistrales a clases particulares. Le alegró la idea de que el maestro le transmitiera todo su saber, un arte milenario del que pronto sería el único que conocería todos sus secretos. Por su parte, el hombre se preguntaba por qué ese niño no había huido con los otros. Para querer realizar la carrera de faquir hacía falta tener mucha vocación o ser completamente tonto. Y el maestro ignoraba cuál de las dos razones había empujado a ese jovencito sonriente a quedarse sentado después de escuchar todos esos horrores, pero podía imaginárselo. ¿Podría ser retrasado hasta ese punto? O, al contrario, ¿tenía una inteligencia y una voluntad extraordinarias? El maestro encontró oportuno juzgar la motivación de su discípulo porque, aun siendo mago, no le gustaban los misterios.

—¿Por qué deseas ser faquir, renacuajo? —le preguntó secamente.

¿Cómo era posible hablar dialectos tan diferentes de una ciudad a otra?, pensó Dhjamal. En esa parte del Rajastán la gente parecía tener una patata caliente en la boca cuando se expresaba. No era una razón para no vocalizar. ¿No se había convertido Demóstenes en uno de los mayores oradores griegos a fuerza de entrenarse hablando con piedras en la boca?

El niño sonrió como única respuesta.

—¡Y deja de sonreír! —le ordenó el maestro con voz severa.

Dhjamal se puso serio. Porque, aunque no entendiera ni una sola palabra, sin embargo captó la entonación.

El profesor miró al niño, ya alto, flaco como un árbol seco, con la cara cubierta por una ligera pelusilla. ¿Qué podría enseñarle? Dominar el arte de los faquires necesitaba entrenamiento, mucho entrenamiento, pero sobre todo requería de una gran inteligencia, una vivacidad de espíritu ante todas las pruebas, un sentido agudo de la astucia y una habilidad de cirujano para ejecutar todas las manipulaciones con maestría. Se daba cuenta de cuándo un niño tenía habilidades. No obstante, en este caso no percibía nada. Pero nada de nada. Solo el olor a sudor de ese pobre chico que lo miraba con sus ojos de merluza frita.

—Maestro, si me lo permite, no entiendo nada de lo que…

Y antes de que hubiera terminado la frase, una grotesca mueca deformó la cara del joven maestro, que golpeó con todas sus fuerzas el hombro de Dhjamal con la ayuda de su largo bastón y luego fue a buscar el borrador que estaba junto a la pizarra. Volvió hacia el niño, que masajeaba su hombro llorando, lo forzó a abrir la boca y frotó su lengua lleno de furia.

Lo que más detestaba en el mundo, después de las tripas de cordero a la vichyssoise (o vishnissoise), era que se dirigieran a él en una lengua profana e impura, y más si era una lengua de guardianes de vacas famélicas. Porque, al igual que ocurre en nuestras bonitas regiones occidentales, en aquella parte del mundo se consideraba a los vecinos como catetos. Así, los habitantes de Shishke Babh despreciaban a los de Tharta'l Yagurh y contaban chistes para ridiculizarlos. Del tipo: «¿Sabéis cuántos tharta'lyagurenses hacen falta para cambiar una bombilla? ¡Ninguno! ¡No tienen bombillas!». Broma a la que los aludidos respondían: «¿Sabéis cuántos shishkebabhianos hacen falta para cambiar una bombilla? Cinco. Uno para sostener la bombilla y cuatro para girar la mesa»…

Baba Rhoma despotricaba de lo lindo entre dientes mientras frotaba con violencia inaudita el órgano del pecado. Como si pudiera borrar de una vez para siempre cada una de las palabras que habían salido de esa

boca.

Al volver a casa después de su agotador paseo, el escritor fue al cuarto de baño del dormitorio que compartía con Marie, rebuscó en el cajón de la cómoda y sacó los pendientes, que se puso torpemente en algunos de los agujeros de los antiguos piercings. Con un lápiz de ojos pintó sobre sus labios y sus mejillas un gran bigote tembloroso de puntas rizadas. Luego cogió su toalla de ducha y se la enrolló a modo de turbante alrededor de la cabeza. Con ese atuendo se quedó unos segundos, atontado, mirándose en el espejo.

Tenía que reconocerlo. Se parecía a las grotescas marionetas Kathputli que se veían en los teatros callejeros o a un turista blanco en Nueva Delhi que se hubiera maquillado para un selfi. ¿Había perdido la autenticidad? Y recordó las palabras de su editor: «¡Incluso el becario que administra tu página de Facebook y que responde por ti a los e-mails de tus fans es más auténtico que tú!».

Con los ojos rojos, se acordó de todo aquello que lo había convertido en un gran faquir: su voluntad, su coraje para vivir, para sobrevivir, su optimismo ante cualquier circunstancia, su amabilidad y, en cierto modo, su inocencia.

Todo eso, y una cama de clavos.

Pero nunca había cumplido su misión, la que lo llevó a Europa, la que había sido la causa de su gran aventura, de su encuentro con Marie, del desmadre de su vida. Comprar el último modelo de cama de clavos de Ikea, la Misklavospikån. Eso era lo que le faltaba para volver a ser el que siempre había sido.

Una cama de clavos?

—¿No lo sabías, mi joven amigo? ¡Los faquires duermen en camas de clavos!

El primer día de la formación, el maestro había organizado para su único alumno la visita a la Escuela de Faquires, instalada en lo que debió de ser una de las joyas del Club Med y que fue abandonado para abrir un centro más rentable en Ibiza. Situada a la salida del pueblo, la escuela estaba compuesta por tres chozas de nueve metros cuadrados y un gran horno de piedra para pizzas.

La primera construcción estaba destinada a Dhjamal, una habitación austera, sin decoración, en mitad de la cual reinaba la cama de clavos, una tabla de madera surtida de medio centenar de clavos oxidados, que se parecía más a una máquina de tortura que a un verdadero lecho de reposo del cuerpo y el alma. En una esquina había, sobre el suelo, una lámpara de noche, misteriosa invención cuya función era desconocida para el niño.

El maestro ocupaba la segunda cabaña. Baba se dio prisa para cerrar la puerta y que el niño no viera el lujo que lo rodeaba. Un colchón *king size* con doble relleno Pikolín de 120.399,99 rupias, entregado sin Jordi Rebellón, con sábanas de seda y un despertador programado para oír *Los 40 Indios Principales* eran algunos de los objetos de sus suntuosos aposentos. No había cocina porque los faquires no comían, ni cuarto de baño porque no se lavaban. Y el suelo del complejo estaba cubierto de arena fina. Porque todos los centros del Club Med tenían que estar recubiertos de arena fina para hacer soñar a los clientes, incluso cuando el mar se encontraba a varios miles de kilómetros.

—¿Y en la tercera choza? —preguntó Dhjamal.

Como el hombre no respondía, el niño levantó el dedo. Quizá tenía

que pedir permiso para hablar. Pero Baba Rhoma lo miraba sin decir nada.

—Sadhu Amar Bharati tiene el brazo derecho levantado desde hace cuarenta y cinco años —añadió Dhjamal—. Si hace falta, permaneceré con el dedo levantado hasta que me responda.

Ese Sadhu Amar Bharati un día oyó una voz en su cabeza, una voz que él atribuyó a Buda y que le pedía que recorriera el país predicando la paz con el brazo levantado. Desde entonces no lo volvió a bajar (si tu café está demasiado caliente y no sabes qué hacer mientras se enfría, el vídeo está aún en YouTube). Su miembro superior se convirtió, con los años, en un estandarte de carne que blandía para su causa.

Dhjamal recibió diez bastonazos por haber hablado en la lengua de los infieles. Y diez más por insolente.

—No debes saberlo —terminó explicando el hombre, que se autorizó a hablar la lengua profana e impura para ser entendido, ya que se trataba de un asunto de máxima importancia—. Esa habitación está prohibida. No está cerrada con llave. Pero no se te ocurra entrar porque, si desobedeces, lo sabré. Y te expulsaré. Puedes bajar el brazo.

Y los días pasaron sin que el joven discípulo, consumido por la curiosidad pero aterrorizado por la amenaza, abriera la puerta.

Dhjamal miraba, incrédulo, el mensaje de letras negras sobre fondo amarillo que acababa de invadir la pantalla de su ordenador.

¡El artículo que busca ya no se fabrica!

Ikea pide a sus clientes que hayan comprado la cama de clavos Misklavospikån que la devuelvan sin demora a la tienda de su elección para un reembolso inmediato.

El montaje de 15.000 clavos en la plataforma de la cama, además de provocar ampollas en los dedos, heridas de martillo en el pulgar y crisis de mal humor, representa un grave peligro a la hora de acostarse encima. Los 15.000 clavos podrían atravesar el cuerpo del cliente durante el sueño.

La seguridad es una prioridad para nuestra empresa, bla, bla, bla…

—¡Por Vishnu! —exclamó el escritor.

Frideborg, el asistente virtual de la página de internet de Ikea, hablaba en serio. ¡La Misklavospikån de pino sueco con los clavos de acero inoxidable, regulable en altura, disponible en tres colores, había desaparecido del catálogo de la famosa marca de muebles en kit escandinava por la simple y única razón de que hería a la gente! Era tan estúpido como si Smith & Wesson dirigiera un comunicado a todos sus clientes para que devolvieran sus armas con el pretexto de que podían matar.

¿Puedo ayudarle en algo?

—¡Quiero hablar con su jefe! —exclamó Dhjamal delante de su ordenador portátil mientras tecleaba la frase.

No entiendo. Repita la pregunta, por favor.

—¡Es una vergüenza, quiero hablar con el señor Ikea!

Lo siento, no vendemos cañas de pescar

Furioso, el indio cerró el ordenador. Y, además, ¿qué clase de nombre era Frideborg?

Su misión parecía destinada al fracaso incluso antes de empezar.

Había una gran diferencia entre buscar la aventura y que ella te buscara a ti. La aventura era un poco como el amor. Uno lo busca durante toda tu vida sin encontrarlo y de repente, un día, en la cola de la cafetería de un Ikea, a nueve mil kilómetros de su casa, da con la más guapa de las mujeres y una sola mirada basta para provocar al más robusto de los faquires una taquicardia o una insuficiencia respiratoria. ¿Tendría que esperar pacientemente que se presentara la aventura o coger a la vaca sagrada por los cuernos? Esta vez estaba convencido, debía dar un empujón al destino.

—¡Bien, Frideborg, puesto que las cosas están así, me voy ahora mismo a ver al bueno del señor Ikea! Y le pediré que me fabrique una Misklavospikån para mí solito.

El calendario sexy de los conductores de Taxis Gitanos

Ni hablar de ponerse el taparrabos, hace demasiado frío en Suecia, pensó Dhjamal. Con solo pronunciar el nombre del país le entró un escalofrío. ¿No era allí donde vivían los vikingos? ¿Y Papá Noel? ¿El país de los renos y las auroras boreales, la nieve y la gente que se bañaba desnuda en agujeros hechos en el hielo? Tembló. Tiritando, abrió el armario y pasó revista a su guardarropa. Dolce & Gabbana, Versace, Lacoste… ¡No podía afrontar el frío con esas prendas!

Lo único que encontró sin marca fue ese jersey de lana que Marie le había hecho después de su boda, para su primera Navidad juntos.

El escritor se lo puso y se miró en el espejo. En su pecho rojo salpicado de abetos corrían renos sobre los que caían copos de nieve. Con el cuello vuelto, que le llegaba hasta las orejas, parecía un tubo de pasta de dientes gigante.

—¡Por Vishnu, ya entiendo por qué lo había guardado en el fondo del armario!

Se rascó el brazo y luego el omóplato, preso de una repentina irritación. No era el sumun de la elegancia, pero lo había confeccionado con amor su mujer, y no un niño de diez años explotado por una multinacional en la otra punta del mundo. Dhjamal se vio a sí mismo acercándose a su querida esposa, cogiéndole la aguja de tejer de las manos y atravesándose la lengua, lo que la divertía mucho.

«Para que no tengas frío en París, mi pequeño indio», le decía ella sonriendo, protectora y maternal.

Abrió un cajón, sacó un calzoncillo, un par de calcetines y una camiseta y lo metió todo en una pequeña maleta de ruedas. Solo ida y vuelta. No tardaré mucho, pensó. Y se acordó de que eran más o menos

las mismas palabras que había pronunciado dos años antes cuando salió de su pueblo natal para ir a París a comprarse la famosa cama de clavos.

Después llamó a su amigo Gustave Palourde para que fuese a buscarlo y no le dio más explicaciones. Sería una buena ocasión para verlo después de tanto tiempo.

Dejó su móvil en la mesita de noche. Estaba decidido, se iría sin teléfono, sin internet, sin Hotmail y sin Facebook. A la aventura. Esperando vivir cosas maravillosas, al menos dignas de maravillar a un editor difícil. Como la primera vez. Pero no se atrevió a dejar su tarjeta de crédito. Después de todo, nunca se sabía. Pero solo la usaría como último recurso.

Finalmente, garabateó unas palabras para Marie en un trozo de papel y lo dejó en la mesa del salón, cerca de la ventana abierta.

> Marie,
>
> Me voy a Suecia a comprarme una cama de clavos.
> Tu marido que te quiere,
>
> DHJAMAL

Cogió el primer libro que encontró en una estantería de su biblioteca y se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón.

Cerró la puerta del piso, provocando una corriente de aire que hizo que el mensaje saliera volando por la ventana.

Dhjamal llevaba mucho tiempo acostándose temprano. No porque estuviera leyendo a Proust, sino porque los días como aprendiz de faquir eran largos y agotadores. También dolorosos. Como esa semana, en la que el niño había llevado constantemente pinzas de tender prendidas de los lóbulos de las orejas, las narinas y los testículos para acostumbrarse al sufrimiento. Fuera por donde fuese, lo miraban riéndose, y su maestro no se privaba de mandarlo al mercado con el pretexto de hacer algunas compras, pero su único objetivo era exhibirlo. Así fue como el chico entendió que la humillación era aún más dolorosa que el sufrimiento físico.

Baba disimulaba su crueldad tras los proverbios que mejor le convenían. «Quien bien te quiere, te hará sufrir», le repetía con grandes sonrisas que parecían compasivas pero que eran terribles. Ya lo pregonaban los grandes filósofos de moda: «¡Sufre, mamón!». Los niños tienen una fuerza extraordinaria, la inocencia es una armadura y el joven Dhjamal, que aún no conocía demasiado de la vida, ni la maldad disfrazada de los hombres ni a los Hombres G, se mostraba dispuesto a ciertos sacrificios porque estaba aprendiendo muchas cosas.

Al cabo del cuarto lavado de lengua por haber hablado en su jerga natal, juzgada impura, comprendió que era hora de aprender el dialecto del maestro si no quería acabar con la boca hecha trizas.

—¡Y la próxima vez será con lejía! —lo amenazó.

Aunque Dhjamal seguía sin entenderle, sabía que no había dicho nada amable. Así que se puso manos a la obra. En unas semanas dejó su lengua natal de lado (que solo hablaba con su madre y sus primos una vez cada quince días, cuando iba a casa, en Tharta'l Yagurh) y empezó a usar solo el dialecto del maestro, la lengua de *okh*.

Así, el día en que el profesor sintió que Dhjamal estaba preparado

para responder, esta vez con palabras puras, le repitió la primera pregunta que le había hecho (¿Por qué quieres ser faquir?), a lo que el niño le respondió:

—Quiero ser faquir para ganar mucho dinero y transformar el plomo en oro.

Mira por dónde, había leído la historia del rey Midas y le había encantado. El niño pasó por alto su encuentro con ese explorador inglés que le había regalado un mechero a cambio de favores sexuales, el sentimiento de poder que experimentó enseñando el objeto a sus amigos y sus primos, que nunca habían visto uno. La llama que surgió sorprendiendo a todos cuando deslizó su pulgar por la pequeña rueda.

Dhjamal tenía el único mechero de Tharta'l Yagurh y se sentía como Prometeo, el que robó el fuego a los dioses.

—¿Quieres ganar mucho dinero transformando el plomo en oro? —repitió el maestro frunciendo el ceño y acariciando su barba naranja.

—Sí.

—En ese caso te equivocas de camino, Dhja. Deberías elegir ser fontanero. ¡No sabes lo que facturan por un problema con las tuberías! Ellos son los verdaderos alquimistas. Transforman los tubos de plomo en oro. Y no te digo nada de las tarifas de urgencia y fin de semana… En este pueblo había un hombre que se llamaba Llavedheldoze. Después de un servicio nocturno, un domingo, se hizo millonario. Se fue de Shishke Babh a la mañana siguiente y desde entonces vive en un yate en algún lugar de la bahía de Miami. ¿Eso es lo que quieres, vivir en un yate en la bahía de Miami?

El niño miró al adulto sin entender demasiado lo que quería decir. Lo achacó a que aún no dominaba el dialecto. No sabía lo que era un «chate» ni dónde estaba «Mi-a-mi». Por prudencia, prefirió decir que no con la cabeza.

—Lo único que harás con el plomo es bebértelo en infusión.

—¿Plomo en infusión? ¡Pero eso es imposible!

—Beberlo es posible. Lo que es imposible es no quemarse la lengua y el esófago. Salvo que tengamos el secreto… Basta con embadurnarse la lengua con un compuesto de jabón y una solución de alumbre saturada

en caliente. Me hablas de oro, pero ¿sabes al menos lo que significa «faquir»?

El niño sacudió la cabeza de izquierda a derecha.

—En este pueblo, se sacude la cabeza de derecha a izquierda para decir no —le reprendió el profesor, y le dio un bofetón en la oreja que lo dejó sordo unos segundos—. Faquir significa «pobre» y «humilde». Ser pobre es nuestro medio de vida, es nuestro fondo de inversión. Ser pobre es nuestra riqueza.

—¿Cómo puede ser una riqueza ser pobre? —preguntó el niño a la vez que se masajeaba la oreja.

—La gente rica no es feliz. Los pobres lo son porque no tienen nada.

El chico no comprendía la paradoja. Pero le pareció que el adulto decía eso porque no era rico y envidiaba a los que sí lo eran.

—¿Por qué?

—Es simple: cuando eres rico puedes tenerlo todo, o sea que ya no tienes nada porque tus bienes pierden todo el valor para ti. Y eres justamente tú quien les otorga valor a las cosas. Estoy seguro, tan seguro como que el sol sale por el este, de que para ti un dibujo de tu padre en un trozo de mantel de papel vale mil veces más que un Picasso.

Pero, para Dhjamal, un dibujo de su padre no valía nada de nada y lo habría usado para limpiar el culo de una vaca (sagrada). Porque su padre abandonó a su madre cuando se enteró de que estaba embarazada y la envió a casa de su hermana, donde murió al dar a luz. Además, no sabía quién era su padre. Ni tampoco quién era Picasso.

—Un dibujo de mi padre no vale nada —soltó él.

—Era un ejemplo, Dhja. Solo quiero decirte que un objeto precioso para ti no lo es forzosamente para otro. Tú tienes tesoros, ¿no?

Cuando pronunció esas palabras, las pupilas del maestro se dilataron de manera imperceptible. El niño no se dio cuenta.

—Sí —respondió Dhjamal tocándose el turbante.

—¿Tu turbante es valioso?

—No, lo que está debajo de mi turbante.

—¿Tu pelo?

—No, lo que escondo en mi mata de pelo. Mi tesoro. La tortuga tiene su casa sobre la espalda, yo la tengo sobre la cabeza.

Baba Rhoma ya no escuchaba. Su mente se había quedado enganchada en la palabra «tesoro». ¿Un tesoro? Era demasiado bonito para ser cierto. Ese niño era de una inocencia bendita. El hombre se frotó las manos. Qué interesante. En el pelo se podían esconder diamantes o pepitas de oro, incluso billetes, monedas. ¡Un Hummer! El adulto decidió que haría una pequeña visita al tesoro de su discípulo cuando durmiera la siesta y cambió rápidamente de tema para no levantar sospechas.

—Y, además, cuando eres rico ya no sabes si tus amigos te quieren por ti o por tu dinero —añadió—. Así que solo te hace falta tener lo justo y necesario. Para comer y divertirte un poco. El resto es dinero malgastado que podrías dar a los que son más pobres que tú. Por ejemplo, a mí. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—La felicidad es seguir deseando lo que ya tenemos.

Baba estaba feliz de poder emplear esa máxima que un día había leído en un calendario de Correos. Un sabio tenía que tener siempre un dicho filosófico en la manga.

Desde que tenía uso de razón, Dhjamal había sido feliz con lo poco que poseía. Y en casa de Sihringh, su madre adoptiva, había comido cuando tenía hambre, incluso si la despensa no era muy grande ni estaba muy llena. Sus pertenencias se reducían a una lámpara de aceite, una vieja mesa de cocina de madera podrida, una vaca (no demasiado sagrada) y dos camastros, todo en una vivienda de once metros cuadrados que más de un estudiante parisino habría envidiado. Sí, entendía perfectamente lo que decía el faquir. Lo más importante era llenar la barriga antes de pensar en cosas triviales como juguetes o ropa.

—Entiendo, maestro.

—¿Y qué has entendido?

—Que nuestras necesidades nacen a medida que colmamos otras.

¿El chico también lo habría leído en un calendario de Correos?

—Hablas bien para ser hijo de paletos. A veces te comportas como el más estúpido de los niños y otras como un ser dotado de una inteligencia inaudita. Eres bastante sorprendente, Dhja. Continúa.

—Cuando no se tiene nada para comer, solo se piensa en una cosa: encontrar comida, incluso robándola. Y luego, cuando tenemos con qué alimentarnos, solo pensamos en dormir bajo un techo. Una vez resuelto ese problema, queremos dejar de vivir como salvajes y comprarnos ropa bonita. Por eso al final codiciamos tantas cosas. Y en cuanto las tenemos, ya no las miramos, porque queremos otras nuevas.

Sin saberlo, Dhjamal había descubierto él solo, en lo más profundo de su Rajastán natal, lo que treinta años antes, a once mil seiscientos kilómetros de allí, había descubierto un joven psicólogo americano llamado Abraham Maslow, apasionado de las pirámides y que revolucionó el mundo de las ciencias humanas.

Las pirámides?

—Sí, hemos visitado las pirámides. Cuando pienso que hemos pasado de la pirámide a la caravana…

Gustave Palourde le explicó a Dhjamal que originariamente los gitanos procedían de Egipto, de ahí el término *gipsy* en inglés, y por tanto Tutankamón era, en cierto modo, su antepasado. Era lo que había motivado su estancia en un club de vacaciones en el país de la Gran Esfinge con toda la familia.

—Y esa manía de representar a los faraones de perfil en los jeroglíficos. No lo entiendo, ¡tenían más sitio que en una caravana!

Y soltó una carcajada.

—Llegamos ayer —retomó Gustave, ya serio—. Has llamado en el momento justo porque en un rato vuelvo a irme a Saintes-Maries en avión. Invocamos esta tarde a la Virgen para que llueva. ¡Dios mío, qué alegría verte, *payo*! —exclamó con su voz grave mientras lo abrazaba fuerte con un torrente desbordante de afecto.

Las bolitas de madera del respaldo del gitano no habían crujido porque ya no existían. Con el dinero que le regaló su amigo indio después del éxito del libro, había cambiado su viejo Mercedes rojo por un nuevo y flamante BMW negro con asientos de cuero color crema. Y en la señal luminosa del techo podía leerse: «Taxis Gitanos VIP». Ofrecía chuches, revistas de moda y una copa de sangría casera a sus clientes.

Gustave Palourde era un rival de altura para los taxis parisinos y otros Uber. Pero nunca bloqueaban las calles por culpa de Gustave, nunca se manifestaban en contra de él y nunca la tomaban con su coche. Era demasiado temido en el medio como para que nadie expusiera abiertamente su descontento hacia él y la competencia

desleal que suponía para todo el mundo (era difícil competir con pequeñas botellas de agua mineral frente a la sangría de Mercedes-Shayana).

Si el coche, el nombre y el servicio eran diferentes, había cosas que no cambiaban. Las figuritas de los santos colgadas del retrovisor, la ropa oscura de los viejos guitarristas de flamenco, los anillos en los dedos, la sinceridad y la música de los Gipsy Kings interpretada por una gran orquesta filarmónica, más acorde con el alto standing de su servicio de transporte. *Djobi Djoba* al violonchelo o *Bamboleo* al arpa celta envolvían al cliente en un mundo suave que acompañaba de maravilla a la sangría, servida en una copa de champán a buena temperatura.

—¡Por cierto, bonito jersey! Y cuánto tiempo…

—Mi mujer me lo…

El otro, abrazándolo aún más fuerte, le impidió terminar su frase.

—Yo también, Gus —dijo el indio cuando fue liberado—, estoy contento de volver a verte. ¿Todo el mundo está bien?

El gitano se lanzó a un monólogo sobre la actualidad de cada uno de los miembros de su clan.

Mercedes-Shayana estaba más guapa que nunca. Su primo Gino aún cortaba el pelo a los rumanos en Roma, y Miranda-Jessica y su marido, Tom Cruise-Jesús Cortés Santamaría, que acababan de tener un bebé, pasaban los días felizmente en el vertedero, a dos caravanas de ellos. A pesar de todas las proposiciones de Dhjamal, los gitanos no quisieron abandonar su lugar de residencia, igual que Sihringh. No querían «desenraizarse», como ellos decían. Lo que no les había impedido comprarse caravanas BMW de cincuenta metros cuadrados todo confort.

—Mi pequeña empresa funciona bien —continuó el conductor—. Voy a expandirme. Tengo pensado meterme en otro desafío en el sector de los transportes.

—¿Camiones?

—Aviones, Dhja. Gitanos Air. Imagina, una flota de Airbus remodelados, comprados por una miseria en los desguaces aeronáuticos

chechenos. Tengo un concepto revolucionario: los pasajeros pagarán por comer o beber a bordo, pagarán por elegir sus asientos, por facturar su equipaje, por embarcar los primeros. ¿Qué te parece?

—Que realmente es una idea innovadora —respondió el escritor con toda la inocencia que lo caracterizaba.

Eso reconfortó a Gustave, que sonrió aún más y mostró sus bonitos dientes de oro.

—Así que, para cumplir mi sueño, además del taxi, vendo calendarios. Lo hemos hecho con los amigos.

Sacó uno del montón que descansaba en el salpicadero.

—El calendario sexy de los conductores de Taxis Gitanos —anunció con orgullo—. Yo soy Mister Noviembre.

En la portada salía un conductor con el pecho desnudo, peludo y con barriga cervecera, recostado en el capó de un vehículo en una postura muy sugerente.

¡Dios mío!, pensó Dhjamal con los ojos desorbitados aunque no quería ver más.

—¡Yo estoy desnudo en el maletero! —exclamó el gitano pasando las hojas con el pulgar.

—Te creo —dijo Dhjamal, y lo detuvo antes de que llegara a noviembre—. ¿Cuánto cuesta?

—Lo que quieras dar.

El indio se sacó el libro que llevaba en el bolsillo trasero, se dio cuenta de que había cogido *Lo que el viento se llevó* (¡En polaco! Sin duda, un regalo de uno de sus editores extranjeros. Si no hubiera visto la portada con la famosa imagen de la película en la que Clark Gable se inclinaba sobre Vivien Leigh para besarla tiernamente en los labios, nunca lo hubiera adivinado), suspiró y luego cogió la cartera que guardaba en el mismo bolsillo y sacó un billete de 50 euros.

—¡Por ese precio te puedo dar varios!

—Quédatelos. Puedes vendérselos a otros.

—Gracias, *mon ami*. ¡Veo que a ti también te van bien los negocios!

Señaló el billete y después la fachada del inmueble de lujo, y le hizo un guiño de complicidad.

—No puedo quejarme —mintió Dhjamal—. Todo va como en el mejor de los mundos posibles.

Le había robado la frase al Pangloss de Voltaire. Y tiritó de nuevo al pensar en la razón de su presencia en ese taxi y todo lo que suponía. La vuelta al miedo, a lo desconocido. El maldito manuscrito que debía entregar a su editor. La cama de clavos. Su puesta a prueba. Marie…

—La riqueza no nos ha cambiado —continuó el otro, que nunca había leído *Cándido* y no se había dado cuenta de la repentina tristeza que se había apoderado de su amigo.

El indio recibió las palabras como una flecha en pleno corazón. Quizá el gitano no pensara lo mismo si hubiera visto todos los botecitos de Actimel en la puerta de su nevera…

A la hora de la siesta, el maestro decidió que había llegado el momento de hacer una pequeña visita al turbante de su discípulo.

Entró de puntillas en la choza y encontró al niño dormido sobre su colchón. Como cualquier buen faquir que se precie, el chico nunca se quitaba el turbante, ni siquiera en la ducha, aunque fueran escasas. Pero la habilidad del hombre era tal que hubiera podido quitarle al joven indio, de haberlos llevado, el cinturón, el reloj y los calcetines sin que se despertara.

Baba pasó un dedo bajo el turbante y lo removió con suavidad. Durante unos segundos se convirtió en una criatura dotada de ojos en el extremo de los dedos, algo entre un caracol y un colonoscopio. Exploró a tientas la espesa mata de pelo del joven. Pronto, su dedo chocó contra un pequeño objeto y sonrió. Sacó una minúscula fotografía en blanco y negro de una joven muy guapa que parecía responder a su sonrisa. No era un diamante, pero el descubrimiento despertó en él un repentino deseo carnal. La besó y se la guardó en el bolsillo, decidido a recurrir a ella para alimentar sus fantasías cuando se dedicara a los placeres solitarios. Luego volvió a explorar el turbante. Pero no encontró nada más que un trozo de pan duro y un mechero. Tiró el pan con asco a una esquina, dejó el mechero en el suelo y salió. «Lo que era valioso para una persona no lo era forzosamente para otra», eso era lo que le había dicho al chico, y lamentaba tener razón. Una vieja foto, un mechero y un trozo de pan duro, ¡menudo tesoro! Hubiera preferido equivocarse por una vez.

Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Gustave.

—Por fin he decidido ir a comprar mi cama de clavos. La que ha sido la causa del gran cambio de mi vida.

—Ikea —anunció Gustave—. ¡Todo eso me parece haberlo vivido ya! ¿Ikea norte o sur? Para una vez que te dejo elegir…

—Al aeropuerto, Gus, me voy a Suecia.

Acorde con su nuevo standing, que exigía cierta discreción, Gustave no hizo ninguna pregunta. Arrancó con un chirrido de neumáticos, se deslizó en el laberinto de calles del Distrito XVI, cogió la circunvalación y luego condujo a una velocidad moderada. Pero pronto le pudo la curiosidad. Al fin y al cabo, Dhjamal era su amigo.

—¿Por qué a Suecia? —preguntó.

—Porque ya no se fabrica. He pensado que si me encontrara con el señor Ikea quizá podría convencerle… Simple intercambio por toda la publicidad gratuita obtenida gracias a mi novela en el mundo entero. Y además, nunca se sabe, ya puestos… Un escritor siempre necesita viajar un poco, tener una bonita aventura que lo inspire.

Gustave pareció entender el alcance de sus palabras. Aunque se hubiera convertido en un gran escritor y viviera en un buen barrio, Dhjamal no había matado al faquir que había en él.

—En realidad, me voy para reencontrarme —confesó el indio.

—¡Ah! Entiendo —dijo Gustave, de repente avergonzado de que su amigo le confesara algo tan íntimo—. ¿Es una especie de peregrinaje?

—Eso es, una especie de peregrinaje.

Nada grave, intentó relativizar el taxista. Él también se había ido de peregrinaje a Egipto una semana, en un todo incluido, y después se iría a Saintes-Maries-de-la-Mer. No había nada malo en eso. Algunos recargaban las pilas haciendo el Camino de Santiago, otros yendo a

Ikea en Suecia. Pero la cara de su amigo le preocupaba. Algo había cambiado en Dhjamal. Haría una llamada telefónica a su primo sueco en cuanto lo dejara.

Una media hora más tarde, el taxi aparcó en el aeropuerto Charles de Gaulle.

—Justo aquí es donde te cogí la primera vez. Tú salías de la terminal con tu traje arrugado, tu corbata sujeta con un alfiler, tu turbante y tus piercings. Daba pena verte, Dhja. ¡Y ahora mírate! ¡Un verdadero marajá!

La palabra atravesó el corazón del antiguo faquir. Gustave no podría haber usado otra más oportuna e hiriente. Con aspecto agobiado, el indio salió del coche, se dirigió al maletero, recuperó su maleta y permaneció allí, sin cerrarlo, con los ojos muy abiertos. Parecía que había visto un fantasma. ¿Pero existían los fantasmas enanos?

—Gus, ven a ver esto.

—¿Qué?

—Hay un enano en tu maletero.

Dhjamal tuvo que contarle a su madre toda la verdad. Por honestidad y porque le dolían los pies. Ya no podía volver a casa cada noche. Le confesó que, desde hacía una semana, cuando se iba por la mañana, no era para pasar el día jugando en el desierto sino para asistir a las clases del maestro faquir. El faquir más importante del Rajastán y del mundo entero. Por supuesto, la noticia no entusiasmó a Sihringh.

Él le decía que quería hacer milagros, pero el único milagro que ella deseaba que hiciera era el de irse de allí, estudiar, viajar, ver mundo, ser alguien, ganar dinero, ser feliz. Que no se quedara en esa miseria. Ella no tenía elección. Carecía de su inteligencia y no sabía hacer otra cosa que plantar tomates y ordeñar vacas (sagradas). Pero él… él tenía toda la vida por delante.

Pitho Nesa le había asegurado que un día sería marajá y que incluso tendría un palacio. Un palacio en una ciudad de luces. Y que sería tan fuerte y poderoso que tendría cocodrilos hasta en las camisas…

Mira por dónde, se han cumplido las predicciones de esa vieja bruja, pensó Dhjamal. Decía que había visto su futuro en los excrementos de un elefante. Cocodrilos hasta en las camisas, ¡qué tontería! Y aunque el joven faquir no prestaba atención a esos cuentos para niños, sin embargo, disfrutaba imaginándose con ropa dorada, turbantes limpios y rodeado de riqueza. Pero él sabía que nunca sería marajá. Había que ser realista, era faquir. De lejos, la mejor y única alternativa a ser campesino, como les esperaba a todos los jóvenes de su pueblo. Porque no era tan inteligente como su madre creía. Era una madre, al fin y al cabo. Una madre que pensaba que su hijo era el más brillante de la tierra. Como todas las madres.

—Estoy decidido, mamá, seré faquir.

—¿Quieres matar a tu pobre mamá Sihringh?

La mujer se levantó, asustada, y fue a mirarse en el espejo que colgaba encima del fregadero.

—Los espejos reflejan la verdad, siempre —sentenció escrutando con tristeza el rostro que había sido un día tan bonito y que empezaba a parecer a una pasa arrugada.

Vio una nueva arruga.

Y algunas canas más.

Y no pensó en una pequeña sesión de *photoshop* en Túnez porque ni siquiera sabía que existiera eso.

Dhja, no se dice «enano», se dice «persona de baja estatura» —informó Gustave, que seguía chupando un palillo de dientes mientras se peinaba mirándose en el retrovisor.

Luego apagó el contacto, bajó y fue hasta su amigo.

—¡Eso no quita que haya una persona de baja estatura en tu maletero!

—Te presento a Chico.

El pequeño hombre tumbado en el maletero sonrió y le tendió la mano. El indio se la estrechó sin entender demasiado lo que significaba todo eso.

—Mira si lo tienes todo —dijo Gustave.

—¿Cómo que si lo tengo todo? —preguntó sin apartar la vista de Chico, que lo miraba con aire amistoso.

—Que no te falta nada en la maleta.

Atónito, Dhjamal la abrió y lo comprobó.

—Está bien —dijo.

Gustave cerró el maletero. Orgulloso, le explicó a Dhjamal su nuevo descubrimiento. Chico, su primo de baja estatura, escondido en el maletero del taxi y provisto de una linterna de espeleología en la frente, rebuscaba en las maletas de los clientes durante la carrera y robaba cualquier objeto de valor. Infalible. El cliente era desvalijado sin saberlo mientras recorría confortablemente sentado las calles de París.

—¡Te sorprendería ver todo lo que los ricos llevan en sus maletas!

—¿Una camiseta, un par de calcetines y un calzoncillo? —enumeró el escritor pensando en lo que llevaba él. Porque ahora jugaba en el otro lado del campo. En el de los ricos—. No te entiendo, Gustave —retomó Dhjamal—. Con todo el dinero que ganas ahora, ¡no necesitas robar!

El gitano se encogió de hombros.

—Es cierto, con el taxi VIP y los calendarios sexis no puedo quejarme, ¡pero esto es robo de alto standing! —se defendió, molesto por que su amigo no valorase su gran pillería, que había elevado al rango de arte—. Un proverbio gitano dice: «El que nunca ve a lo grande se queda pequeño», y ¡no será Chico el que diga lo contrario! —exclamó señalando a su primo enano—. ¡Dhja, nadie cambia! ¡Buena suerte!

Con esas palabras entró en el coche y arrancó. Luego se despidió de su amigo sacando el brazo por la ventanilla con sus anillos de oro brillando.

Ojalá fuese verdad lo que dice Gustave, pensó Dhjamal antes de ver cómo el taxi desaparecía en la marea de coches. Levantó la mirada hasta las cristaleras del aeropuerto, allí donde su nueva vida había comenzado hacía dos años. Allí donde una nueva vida empezaba.

Miró, divertido, el ballet de puertas correderas y se acordó de las primeras que vio en Ikea, del asombro que provocaron en él. Sonrió como cuando recordamos al niño que fuimos. Las cosas que nos extrañaban o nos divertían y a las que ya no prestamos atención una vez que somos adultos. Por las que hemos perdido todo interés. La curiosidad. La magia. Y pensó que era una pena.

El faquir se va a comprar una cama de clavos al país de Ikea

El futuro faquir Dhjamal Mekhan Dooyeghas recordaría toda su vida aquella tarde en la que su padre espiritual le mostró en qué consistía la estafa.

—Tienes que saber, joven infiel, que lo que hacen los faquires no son más que trucos, engaños. Mi abuela es tan capaz como yo de realizar todo lo que la gente cree que son proezas.

Siempre hablaba de su abuela cuando quería evocar la facilidad de un truco.

—Primero tendrás que firmar el «Estatuto del buen faquir». Es como el de Cataluña… pero para los faquires. Al firmarlo te comprometes a no revelar jamás lo que aprenderás conmigo. Si la gente conociera nuestros secretos, el oficio desaparecería, ¿entiendes? Y además, quedarían decepcionados.

—¿Decepcionados?

—Sí, porque los secretos de nuestros trucos son decepcionantes. El público se imagina que las técnicas que nos permiten hacer posible lo imposible son tesoros de ingenio. Si supieran que usamos material trucado o cómplices nunca se repondrían. Una bonita paloma blanca que aparece en el hueco de un pañuelo, eso hace soñar. Saber que cuidamos de una decena de aves, que las alimentamos, que nos cagan cien veces en las manos, e incluso en la cara, durante los ensayos, que las aplastamos unos minutos antes de la representación para meterlas en varios bolsillos secretos en el interior de la chaqueta y que, a veces, alguna la palma entre los dedos justo antes del espectáculo, eso ya es

menos feérico, ¿no crees? Venga, firma.

Diciendo esto, el maestro le tendió una hoja llena de caracteres ilegibles.

—¿Se pasea todo el día con palomas en los bolsillos? —preguntó Dhjamal, estupefacto.

—¿Qué te crees? ¿Que salen de la nada? ¡Venga, firma!

Esta vez su voz era más apremiante y áspera.

—¿Qué pone aquí? —preguntó el niño frunciendo el ceño y señalando con su dedo la primera frase.

Quizá hablara la lengua de *okh* pero aún no la leía.

—¿Ahí? Eh… Pues que te comprometes solemnemente a no desvelar jamás un truco a ningún profano. Es la primera ley del faquir.

—¿Y aquí?

—¿Ahí? Eh… Que nunca harás el mismo truco dos veces delante del mismo público. Es la segunda ley del mago. ¡Venga, vamos, firma! —le ordenó Baba Rhoma.

—Vale, maestro… ¿Y aquí?

—¡Otra vez! ¿Dónde? —gritó el hombre—. Eso es la fecha.

—¡Ah! Es muy largo para la fecha, ¿no?

—Porque ya han pasado muchos años desde el nacimiento de David Copperfield Nuestro Salvador, bendito sea.

El niño cogió el bolígrafo que su maestro le ofrecía con impaciencia y firmó el documento sin saber que en realidad se estaba comprometiendo a legarle todos sus bienes así como los de su familia. Siendo aprendiz de faquir, acababa de ser víctima de una estafa en toda regla.

—Bien, bien, mi niño querido —dijo el maestro frotándose las manos y tirando de su barba naranja.

Después se apresuró a doblar y guardar el documento en el bolsillo interior de su toga, donde tenía por costumbre aplastar a las palomas contra sus costillas.

Se acercó a la cómoda, sacó un vaso y lo llenó de agua. Luego lo puso sobre una mesita delante de él.

—Si los epicúreos tuvieran un sueño sería este: transformar el agua

del grifo en un Château Pétrus 1961 (a seis mil euros la botella en wine-searcher.com).

Levantó la mirada hacia el cielo. De repente sus pupilas se dieron la vuelta dejando ver el blanco de sus ojos y todo su cuerpo se puso a temblar. Asustado, el joven Dhjamal dio un paso atrás. El maestro cerró las dos manos sobre el vaso y salmodió hechizos terroríficos. Al cabo de unos segundos, el mago, que parecía haberse ido mentalmente a miles de kilómetros de allí, volvió en sí y retiró sus manos. El agua se había transformado en vino.

—¡Increíble! —exclamó el discípulo.

—¿Increíble? Mi abuela también es capaz de hacerlo. ¡Con vino peleón!

Y antes de que el maestro pudiera detenerlo, el joven se precipitó hacia la cómoda, cogió un vaso y lo llenó de agua. Lo rodeó con sus manos y agitó todo su cuerpo murmurando palabras secretas que solo él conocía.

—¿Qué haces, imbécil? —preguntó el maestro con un desprecio que por un instante desveló el odio que le inspiraba el niño.

Dhjamal miró su vaso y vio que seguía conteniendo agua, y luego a su maestro, que movía la cabeza con aire escéptico.

—Parece que no funciona conmigo —anunció el joven discípulo, decepcionado.

—Así que no has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿no? Yo termino mi demostración y te precipitas como un perro para hacerla tú. La magia no existe. ¡Solo son trucos! Si no conoces el truco, nunca podrás hacer el espectáculo, ¡métete eso en la cabeza!

El hombre sacó de su manga una pequeña píldora roja.

—Es permanganato de potasio. Tiene la propiedad, una vez en el agua, de diluirse y propagar su color rojo en el líquido transparente. Si hubieras probado el brebaje te habrías dado cuenta de que no es vino, si es que conoces el sabor, sino agua teñida y amarga. Aunque los vinos de tu región no creo que sean mejores que esto… Aquellos que estén delante de ti cuando hagas tu milagro conocen el sabor del vino. Por eso, cada vez que realices este truco no debes dejar que nadie se lleve

el vaso a los labios. Descubrirían el engaño. Y eso no es bueno para el negocio…

—¡Es una estafa!

El hombre se carcajeó.

—Todos los hombres son charlatanes. Lo único que los diferencia es que algunos lo reconocen —citó él.

¿Dónde habría encontrado eso? ¿En un calendario de Correos?

—Cuando la gente cree en lo que ve —retomó—, tiene el poder de transformar la ilusión en realidad. A los ojos de los que creen, lo imposible se convierte en posible. Solo soy una chispa. La gente quiere creer. Retén eso, la gente adora ser engañada. ¡Salvo las mujeres!

Se rio de su chiste. Luego se acercó de nuevo a la cómoda y sacó un recipiente en el que puso una cápsula de aluminio de color violeta.

—Y ese, ¿qué truco es? —preguntó el aprendiz de faquir con su inocencia de niño.

—¡Es una cafetera, idiota!

El niño sacudió la cabeza lleno de admiración.

—¿Y esas píldoras azules? —preguntó viendo la cajita disimulada en la manga del hombre.

—Eso no es nada… —respondió el maestro, avergonzado, y tiró de la manga bruscamente para que le cubriera la muñeca—. La lección ha acabado por hoy. Acuérdate, es el deseo de creer lo que vuelve a la gente ciega. Nosotros solo les damos ilusión para reconfortarlos en sus creencias.

El hombre sonrió mientras daba golpecitos en el bolsillo donde se encontraba el documento firmado.

Un billete para el país de las maravillas, el país de Ikea.

Al otro lado, la azafata miró a Dhjamal levantando con sorpresa sus cejas depiladas. Luego sonrió.

—El país de Ikea… —repitió ella—. ¡Es la primera vez que me lo dicen así!

Miró un instante los abetos blancos y los renos del jersey de lana rojo de su cliente. Un jersey de Navidad hortera. En pleno mes de julio. Otro pirado. Cuando trabajaba en el metro ya atraía a los tarados.

Intentó no asustarse y recordar los cursos de control de situaciones de riesgo que la compañía aérea había impartido a principios de año. Plantar cara a toda eventualidad. Un terrorista, un violento, un loco con un jersey de lana rojo. Debía permanecer sonriente, mostrarse confiada y entrar en su juego.

—Bonito jersey —dijo ella—. Se lo ha hecho su abuelita…

—Mi mujer.

¡Mierda! Empezaba mal.

—El país de Ikea —se apresuró a decir poniéndose a teclear a toda velocidad—, imagino que es Suecia.

—Sí, eso es, Suecia —reconoció el indio, pensativo.

Impresionaría a Gérard François cuando supiera que su escritor se había ido hasta Escandinavia para pedir al mismísimo señor Ikea que le hiciera una cama de clavos para él solito.

—Hay un París-Estocolmo dentro de cuarenta y cinco minutos —dijo la azafata levantando la cabeza, pero su mirada se quedó clavada en un reno que corría tras un copo de nieve—. Sin embargo, es un vuelo low cost.

—¿Low cost?

—Ryanair es para los aviones lo que Ikea para los armarios, no sé si

entiende lo que quiero decir.

Dhjamal se imaginó en la pista montando su avión de aglomerado, pieza por pieza, con la única ayuda de unas instrucciones incomprensibles y una pequeña llave octogonal.

—¿Hay que montar el avión? Porque entonces me temo que necesitaré algo más de cuarenta y cinco minutos…

A la joven le entró la risa nerviosa. ¿Por qué yo, Dios mío, por qué yo? ¡Que termine y que se vaya! Y miró si el hombre llevaba escondido un kalashnikov bajo su espantoso jersey de lana. Lo sacaría lentamente, la apuntaría y le diría: «Vámonos los dos al país de las maravillas…», antes de apretar el gatillo. Después de todo, era moreno, seguro que se trataba de uno de esos yihadistas de los que hablaban en bucle en los telediarios y que se confundían cada vez más entre la gente local. Y miró con otros ojos el jersey de Navidad. Sí, sin duda era para confundir. Los musulmanes no celebraban la Navidad, ¿no? Ahora que lo pensaba, ya no estaba tan segura. Temiendo que el terrorista pudiera leer en ella como en un libro, ocultó su cara detrás de su fular Hermès.

—No, no, «low cost» quiere decir que usted paga todos los servicios: la elección del asiento, la comida, las maletas que factura…

El escritor pensó que tendría que informar a Gustave de que su proyecto de aviones existía ya. Sería un duro golpe para Gitanos Air.

—Racaneamos un poco en todo. Pero no en seguridad, si es lo que le preocupa…

Fue así como lo vio. Como una escena a cámara lenta. El hombre sacó algo del bolsillo trasero de su pantalón. Ella reculó un poco, hasta que se cercioró de que el objeto no tenía la forma de una pistola o una bomba. Más bien tenía la forma de un libro. Respiró. Y mientras él sacaba del mismo bolsillo su cartera y contaba los billetes, ella se esforzó por ver el título de la novela. No entendía nada porque no estaba escrito en francés. Quizá polaco. Pero por la ilustración de la cubierta, la escena del famoso beso entre Clark Gable y Vivien Leigh, no había duda, se trataba de… ¡*Lo que el viento se llevó*! ¡Oh, Dios mío! Era más grave de lo que pensaba.

Cuando Dhjamal se fue con el billete en la mano, la azafata pudo

desmayarse tranquilamente detrás de su mostrador. Al menos tendría algo que contar en la cena. O quizá a los medios. Después de todo, acababa de sobrevivir a un potencial ataque terrorista. «¿Uno de esos tipos con ropa de comando que van con el Corán en una mano y un kalashnikov en la otra?», le preguntarían. «No lo sé, llevaba un horrible jersey de Navidad y leía *Lo que el viento se llevó*… en polaco…»

Si el destino quiere que te conviertas en marajá en una ciudad de luces, tu cabezonería para ser faquir no podrá impedirlo. La prueba es que no tienes nada de faquir, Dhja, eres tan blandengue como una almohada.

Dhjamal, que estaba comiendo su sopa, dejó la cuchara suspendida por encima del cuenco, la giró y el líquido se unió al resto. Luego abrió los ojos y fijó la cuchara en el hueco de su mano como si intentara hipnotizarla. Para sorpresa de Sihringh, el mango empezó a doblarse, despacio, como empujado por alguna fuerza invisible. Al cabo de cinco segundos, el aprendiz de faquir enseñó el cubierto. Estaba completamente torcido.

—¡Buen Vishnu! —exclamó la india con tono preocupado.

Y Vashnu, la vaca (sagrada) que rumiaba su hierba al lado de ellos y que pensaba que la llamaban, se giró para mirarlos con sus ojos vidriosos.

Por su parte, Dhjamal no sabía de qué se quejaba más su madre, si de tener un hijo brujo o de que hubiera torcido una cuchara.

No le dijo: «¿Sabes, mamá? Solo son trucos. En realidad, he torcido la cuchara con mis manos antes de que la vieras torcerse sola. Es una ilusión óptica».

En lugar de eso, se contentó con poner el cubierto doblado en la mesa, inspirar profundamente y jugar un poco más a la comedia. Fingió una intensa concentración, luego cogió su vaso de agua y lo mordió con aire decidido. Un trozo se despegó antes de desaparecer entre sus labios. El niño lo masticó a conciencia, como si lo saboreara, y, antes de que su madre se tirara encima de él para impedirle que se cortara, tragó y abrió bien la boca para dejar que explorara su interior. Levantó la lengua, separó sus mejillas hasta que Sihringh, espantada, se levantó

de la mesa y se precipitó hacia la puerta de la casucha.

—¿Adónde vas, mamá? ¡Parece que hayas visto un fantasma!

—¡Voy a buscar al doctor! Los trozos de cristal te van a desgarrar el estómago si no te han cortado ya la garganta.

Ella era muy protectora con él y el niño se sintió mal por engañarla así.

—No tengas miedo —dijo con una voz muy tranquilizadora para su corta edad—. No me va a pasar nada. Solo quería enseñarte que puedo ser faquir. ¡Incluso la abuela de Baba Rhoma puede hacer esto!

El show era más espectacular que peligroso. Lo importante era masticar bien para que los trozos fuesen muy finos antes de tragarlos. Después bastaba con ingerir gran cantidad de miga de pan antes de ir a evacuar al cuarto de baño. Por supuesto, el niño evitó explicar el truco a su madre porque había firmado el «Estatuto del buen faquir».

Sihringh frunció el ceño, apretando aún con fuerza el pomo de la puerta, dispuesta a correr bajo la lluvia para ir a buscar al doctor Kethe Dooele.

—El maestro Baba Rhoma tiene por costumbre comerse una bombilla todas las mañanas en el desayuno —añadió él—. Eso lo ilumina.

—¡Tienen bombillas en Shishke Babh! —exclamó la india, echando una mirada asesina a la infame lámpara de aceite que clareaba su chabola y que los amenazaba permanentemente con un terrible incendio.

—¡E incluso electricidad!

Porque las bombillas sin electricidad no hubieran servido de mucho.

—Durante toda su vida —retomó el niño—, el maestro ha comido platos, sillas e incluso bicicletas. Hace unos años se tragó una lavadora entera. Tardó seis meses.

—¿Se comió una lavadora? ¡Qué desgraciado! ¡Qué desperdicio! Y yo que me rompo la espalda y las manos lavando tus calzoncillos, tus taparrabos y tus togas.

Ante la reacción de su madre, el chico prefirió obviar la historia de los esquís y los carritos de supermercado. ¿Qué? ¡También tenían supermercados! Y además, el avión. En 1978, el maestro se lanzó a la

increíble tarea de comerse un Cessna. Tardó dos años y numerosas idas y venidas al cuarto de baño para expulsar el fuselaje y las alas.

Preocupada, Sihringh volvió a sentarse con la mayor naturalidad.

—Cuando te decía que comieras hierro, no pensé que te lo tomarías al pie de la letra, Dhja. Me refería a espinacas y lentejas.

Luego apuró la sopa y, tras un largo silencio, le dijo:

—Hubiera preferido que aprendieras otro oficio. Tomathe Saab Roso busca a alguien para que le ayude en el campo. Aún no es demasiado tarde…

—¡No quiero trabajar en el campo! —la interrumpió el niño, y golpeó la mesa con el puño—. Rompiéndome el espinazo y agrietando mis manos desde el alba hasta el anochecer por unas míseras rupias.

Luego se calló, pues se dio cuenta de que lo que estaba diciendo era una estupidez viniendo de alguien que aprendía a clavarse espadas en el vientre, a comer cuchillas de afeitar y a meterse palillos en el globo ocular. Y también para no entristecer a mamá Sihringh, que empezaba a tener la espalda jorobada y los dedos más torcidos que sus cucharas.

—Shishke Babh está a treinta kilómetros de aquí, para mí es el fin del mundo, y no me gusta que vayas a pie. Y además no hablan nuestra lengua. Es un idioma de mentirosos.

Dhjamal pensó que tenía razón. Los faquires eran mentirosos, pero eso no debía saberlo. Tenía que perpetuar el mito de los hombres con poderes sobrenaturales.

—Los faquires no necesitan usar su lengua salvo para atravesarla —dijo él—. Todo está en la agilidad de sus manos. —Y enseñó a su madre sus bonitos dedos, delgados y largos.

—Tienes manos de pianista, hijo mío. Me preocupo por ti. No sobreviviré si te ocurre algo malo.

—No te preocupes, mamá, no me pasará nada.

—Vishnu te escucha y te protege, hijo mío. (La vaca se dio la vuelta, cansada de ser solicitada continuamente.) Pero hubiera preferido que aprendieras otro oficio.

—Ser feliz es continuar deseando lo que poseemos. Deberías ser feliz por tener un hijo faquir, porque es lo que tienes.

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—El maestro.

¿No había leído algo parecido en el calendario de Correos?

—Ya veo… —dijo ella sonriendo—. Tiene razón. Soy feliz con lo que ya tengo, incluso si no tenemos demasiado.

—Lo justo y necesario, mamá, lo justo y necesario.

La mujer levantó la mirada al techo como para decir que todo lo que tenía era esa vieja chabola, ese horno de leña, esa vaca y esos dos camastros, pero que se sentía inmensamente rica por tener un niño como él.

—Lo justo y necesario para ti, ahora, sería ducharte, porque hueles a vaca muerta.

—¡Ya me lavé hace quince días! —se defendió el niño.

—¿Quince días? Por Shiva, ¿pero no te duchas en tu escuela de vagabundos?

—Los faquires solo se lavan el alma, mamá. El cuerpo no es más que un envoltorio despreciable. Es lo que dice el maestro. Es un sadhu.

—¿Un sadhu? ¡Un sádico!

—¡Mamá!

—Bueno, si el maestro lo dice… —murmuró Sihringh, resignada—. Seguro que no te ha olido los pies. Cuando tu alma huela como tus pies, ya hablaremos.

Y se echaron a reír.

Cuando terminó la cena, Dhjamal se levantó, salió, dio la vuelta a la casucha bajo la lluvia y se refugió debajo de un tejado de tablas de madera pintadas que dejaban pasar algunas gotas. Se bajó el pantalón y se acuclilló. Allí, con el chapoteo del agua como único acompañante, se alivió en la paja con horribles muecas, maldiciendo al maestro y jurándose que nunca más comería cristal.

Cada vez que alguien llamaba a la puerta, Jean-Marie Cabidoulin, el director de la fábrica de cafeteras en la que trabajaba Marie, daba un respingo en su sillón de cuero porque siempre pensaba que uno de sus empleados venía a pedirle un aumento de sueldo.

Cerró la ventana del Candy Crush de su ordenador y esperó, en guardia, conteniendo la respiración. Los golpes se repitieron. Sin embargo, no se movió, simulando haber salido a una reunión cualquiera. Los golpes se acentuaron y la puerta tembló en sus bisagras. En ese momento, Sigríður Jónsdóttir, sismólogo en Reikiavik, registró una ligera sacudida en sus aparatos de medida.

—¡Entre! —gritó antes de que el energúmeno tirara la puerta de roble japonés de dos mil quinientos euros.

La delgada silueta de Marie apareció bajo el marco, como una sombra china. Esa visión lo tranquilizó. Se preguntó de dónde sacaría la fuerza un ser tan pequeño para ocasionar tanto revuelo.

—¡Oh, Marie Rivière! —exclamó como si acabara de interrumpir el desarrollo de importantes tareas.

—Marie Mekhan Dooyeghas —puntualizó ella.

Ese apellido tenía el don de asustar al presidente de Coffex Ltd. Qué horror cambiar un apellido tan bonito como Rivière por *Me-cago-yegüas*…

—Es cierto, ahora es una mujer casada. Es una pen…

—Me han dicho que quería verme —lo cortó ella.

—¡Así es! —reconoció él, aliviado al darse cuenta de que no se trataba de una petición de aumento.

La cara tensa del hombre se relajó y, con una felicidad no disimulada, invitó a su empleada a sentarse.

—Marie —retomó él—, vaya a casa, tome una ducha, póngase un

vestido bonito, coja una maleta y esboce su sonrisa más amable. Sale usted para Suecia en el próximo vuelo a comprar una cafetera.

—¿Quiere que vaya a Suecia a comprar una cafetera?

—¡Oh, no cualquier cafetera, Marie! Vamos a comprar una Nostresso.

En cuanto Dhjamal se marchó, Sihringh se puso a enderezar todas las cucharillas de café. Temía ese momento porque significaba que tendría que esperar quince días para que la sonrisa y la alegría de su hijo volvieran a iluminar su cabaña de ladrillos y barro.

Le gustaba que le contara lo que aprendía, incluso si odiaba que jugara con brochetas de barbacoa y espadas. De hecho, guardaba todos los cuchillos cuando venía para no darle ideas. Era consciente de que le contaba la mitad de lo que realmente pasaba en Shishke Babh y desconfiaba de ese Baba Rhoma, que parecía darle poca importancia a la higiene y a la nutrición de su hijo. Pero ¿qué podía hacer ella? Era la elección de su niño. Tenía un hijo faquir y, después de todo, ¿la felicidad no era seguir deseando lo que ya se tenía?

Ella era feliz, sí, pero los lunes por la mañana dejaba con infinita tristeza que su hijo se marchara. Lo acompañaba hasta el camino, le decía «mi hombrecito» mientras le ajustaba el turbante con los ojos chispeantes, le daba un beso en la frente y lo veía alejarse rezando a Vishnu, Shiva y los demás dioses del calendario de Correos. Solo se daba la vuelta cuando su Dhja era un diminuto punto negro, no más grande que un grano de arroz basmati, en el horizonte. Entonces podía llorar con toda libertad.

Cuando Dhjamal llegó a la puerta de embarque F29 ya no había ningún pasajero. Su apellido, mal escrito y en grandes letras rojas intermitentes, aparecía junto al aviso de ÚLTIMA LLAMADA en un pequeño monitor.

—¿Señor *Dosllagas*? —preguntó un azafato con prisa.

—Dooyeghas, sí, soy yo.

—¡Un poco tarde! Le estábamos esperando.

—¡Quéjese a la policía! ¡Para llegar hasta aquí hay que quitarse más ropa que en un burdel de Bombay! —exclamó enseñando el cinturón que aún no había tenido tiempo de ponerse.

El hombre le arrancó el billete de las manos y lo puso sobre una máquina que leyó el código de barras. Luego empujó al pasajero a la pasarela deseándole un buen vuelo.

Unos minutos después, el indio estaba en el asiento que se le había asignado de manera totalmente aleatoria.

El destino, que a menudo le había jugado malas pasadas, esta vez había tenido la idea de sentarlo en el avión al lado de un hombre enorme. Como un suflé que se hubiera inflado demasiado, el hombre desbordaba sobre su vecino, invadiendo con descaro su burbuja de intimidad.

Aprovechando que su voluminoso vecino tendió el brazo hacia una revista que había delante de él, el escritor se las ingenió para poner un codo en el apoyabrazos y atribuirse esa porción de terreno. Una pequeña victoria que duró hasta que el hombre colocó su codo encima y lo aplastó. Dhjamal huyó en retirada. Era evidente que un ratón no podía luchar contra un elefante y abandonó el trozo de apoyabrazos que había conquistado. Experto en el arte del contorsionismo, se hundió un poco más en su asiento. Y se percató de que, en toda su

carrera, nunca había entrado en un receptáculo más estrecho que el asiento de un avión low cost.

Una azafata y un azafato, delante de ellos en el pasillo, miraban la escena con aire indiferente, casi divertido, antes de que un hombre con chaleco amarillo fluorescente, con un gran casco metido hasta las orejas, entrara en el avión sin aliento y los llamara.

—Embarque terminado. ¿Tenéis a todo el mundo a bordo? ¿Habéis contado?

La azafata señaló con el mentón a Dhjamal y a la montaña que tenía como vecino.

—Sí. Dos. La cuenta está bien…

El hombre del chaleco se giró hacia los dos pasajeros y anotó algo en una hoja antes de desembarcar con paso rápido. El azafato cerró la gran puerta del avión tras él y se hizo el silencio.

¿Dos? Dhjamal giró el cuello para mirar a su alrededor, aunque su campo visual era bastante reducido porque se lo tapaba su enorme vecino. Se dio cuenta de que eran los dos únicos pasajeros de ese vuelo. El aparato estaba vacío.

Era una de esas situaciones insólitas, como las que se viven en los sueños. Con la diferencia de que no se trataba de un sueño. Y el indio se acordó del día en que se encontró solo en la clase del maestro faquir porque todo el mundo se había dado a la fuga, y se preguntó si de nuevo había cometido un error, si de nuevo no había comprendido. Pero la presencia de su vecino lo tranquilizó, incluso siendo invasora.

Pronto se oyeron los motores, el fuselaje vibró y la azafata se dirigió hacia sus pasajeros.

—Abróchense los cinturones —les dijo con la sonrisa de una mujer a la que le acaban de decir que su última tentativa de inseminación artificial ha fracasado—. Bonito jersey…

—Gracias.

—Ha sido su abuela la que…

—¡Mi mujer! —exclamó Dhjamal, molesto.

—Claro, claro. Debe de quererle mucho…

—Señorita, ¿sería posible cambiar de asie…?

—¿Cómo se llama? —lo cortó la azafata.

—Dhja.

Ella se giró hacia el otro.

—¿Y usted?

—Peter. Y tengo un trastorno de ansiedad generalizado. Yo mismo me lo diagnostiqué buscando en internet. Soy dextrocardíaco también. Eso significa que mi corazón se encuentra a la derecha y no a la izquierda. Se lo digo por si acaso hay un accidente y …

—Bien, *Ya* y Peter —interrumpió ella—, ¿viajan juntos?

—¡No! —exclamó el indio aprovechando la ocasión—. A propósito, ¿sería posible cambiar de asie…?

—¿Han viajado antes en avión, *Ya* y Peter? —añadió la joven.

Ya y Peter… parecía un dúo de cantantes de los años ochenta.

—¿En cabina o en bodega? —preguntó el indio.

Ella no pareció entender.

Había llovido desde la última vez que viajó en el interior de la maleta Vuitton en la bodega del avión de Sophie Morceaux.

Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—Bien, en ese caso no les importará que no les hagamos la demostración de las consignas de seguridad. Es un low cost. Si el avión se estrella, el chaleco no les servirá de nada.

Lo dijo con un tono glacial. Luego sonrió para tranquilizarlos.

—A propósito de ser aplastado —retomó Dhjamal—, ¿sería posible de cambiar de asie…?

Pero ella ya se había ido.

El avión entró en pista y despegó.

Al cabo de unos minutos, el indio no solo tuvo que renunciar al apoyabrazos en favor de su voluminoso vecino sino también a la mitad de su sitio. Se contorsionó para sacar de su bolsillo el ejemplar de *Lo que el viento se llevó* porque se le estaba clavando en el trasero. En fin, aunque en lugar de *Lo que el viento se llevó*, más bien se trataba de *Przeminęło z wiatrem*. Lo hojeó, intentó descifrar la primera frase. Pero en ese mismo momento el azafato descolgó un pequeño teléfono y su voz resonó en los altavoces agradeciendo a los clientes del Club VIP

Premium Silver su presencia a bordo. Incluso si no había ninguno.

El exfaquir abandonó la primera frase de su novela. Intentó mover un dedo y luego dos, y después metió una mano bajo el codo de su vecino y consiguió alcanzar el menú que se encontraba en el asiento de delante. La ventaja de viajar en un avión vacío era que no había que esperar una eternidad para que sirvieran la comida, ni había que soportar los olores de los platos calientes, que desencadenaban borborigmos intestinales al ver que ese maldito carrito nunca llegaba. Y que cuando llegaba, venía vacío.

Una nueva señal luminosa parpadeó, la azafata se levantó y se puso en marcha en el compartimento de la cocina.

—Es un vuelo de menos de tres horas —le dijo al indio cuando la llamó—. No se sirven comidas, pero puedo ofrecerle un sándwich club. Tenemos toneladas de sándwiches club.

—¿Sándwiches club?

—Sí, ya sabe, esos deliciosos triangulitos de pan químico con textura de estropajo —murmuró Peter— y de sabor parecido al envoltorio de plástico que los contiene.

—Solo tomaré un vaso de agua, por favor.

—Es una compañía irlandesa, señor *Ya*, solo servimos productos irlandeses: café irlandés, whisky irlandés, etc.

—Pues entonces un vaso de agua irlandesa, por favor.

La azafata lo fusiló con la mirada.

—Olvídelo. Dígame, ¿sería posible cambiar de asiento?

Una mañana en que el venerable maestro Baba Rhoma se fue al pueblo y Dhjamal se quedó solo practicando sus trucos de cartas y sus juegos de trile, la curiosidad que lo atormentaba se hizo insoportable. Dejando sus tres cartas sobre la mesa, el niño se levantó y atravesó el patio. Se paró delante de la tercera choza. ¿Qué secreto o qué tesoro podía guardar?

Dio un paso hacia la puerta de madera pintada de rojo y la examinó centímetro a centímetro. Su color no era una casualidad. El maestro se había tomado la molestia de pintarla así para distinguirla de las otras, que eran verdes. ¿Cómo iba a enterarse de que había estado dentro?, se preguntó el chico. Entraré, echaré un vistazo y luego saldré rápido. No se dará cuenta de nada. ¿Qué mecanismo había instalado? Pasó el dedo a lo largo del marco. Ningún pelo pegado con saliva, ninguna marca dibujada.

En el momento en el que iba a poner la mano en el pomo cambió de opinión. Tal vez el truco no estuviera en el marco de la puerta, sino en el pomo de hierro. Quizá guardara el calor de la mano que lo tocaba. Quizá conservara las huellas de los dedos que lo agarraban… Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de las sandalias de su maestro.

Con el corazón a mil y la frente sudorosa, huyó y retomó su juego de cartas. En su huida, ni siquiera pensó en las huellas que había dejado en la fina arena delante de la puerta roja.

Marie entró.

—¡Hola, amor mío! —gritó mientras colgaba su bolso en el perchero de la entrada.

Solo obtuvo por respuesta el silencio de los barrios buenos. Se fue hacia el cuarto de baño y descubrió la toalla tirada en el suelo, sus pendientes y sus lápices de ojos esparcidos en el lavabo. El parquet del dormitorio estaba lleno de ropa medio arrugada.

Como Dhjamal no era de los que frecuentaban el Bois de Boulogne travestidos, se imaginó lo que había sucedido y se dejó caer en la primera silla Philippe Starck que pilló por allí. Lo que tanto había temido acababa de ocurrir. Su marido ya no era feliz con su nueva vida. Echaba de menos ser faquir.

Ya nadie se extrañaba de sus hematomas y otras equimosis cuando Dhjamal volvía al pueblo los fines de semana. Después de todo, era faquir. Los golpes de Baba pasaban por accidentes de trabajo. A veces, el joven maestro pegaba a su discípulo por una palabra, una sonrisa. Y el niño intentaba verlo como si fuera normal, encontrarle excusas. Al fin y al cabo, si su maestro le pegaba era porque se lo había merecido. Era él el que tenía que cambiar. Y satisfacer a su mentor, que actuaba así solo por su bien, casi por amor hacia su discípulo. Sus cicatrices se habían convertido en trofeos para sus primos, y Jamlidanup Saanghi Patouvash Khan Dakatur (que seguía siendo solo un único primo) lo consideraba un héroe. La mirada de su primo le bastaba al joven faquir para aguantar y afrontar aún más humillaciones y malos tratos.

Sin embargo, el día que llegó con el brazo en cabestrillo y uno ojo morado, Jamlidanup entendió que algo no iba bien. El lunes por la mañana acompañó a su primo a Shishke Babh, se puso con su metro sesenta delante del maestro, lo amenazó con su dedo fino de uña sucia y le dijo más o menos esto:

—¡Si vuelves a tocar a mi primo, tendrán que recogerte con cucharilla, faquir!

Baba Rhoma abrió mucho los ojos, haciéndose el sorprendido. Y le dijo:

—¿Yo poner la mano encima de Dhja? Pero ¿por quién me tomas? Es la niña de mis ojos. Dhja es muy torpe. Se ha hecho eso al caerse de la bicicleta, ¿o era de las escaleras?

Cuando el primo se dio la vuelta y se fue, Baba le dio a Dhjamal la paliza más grande de su vida. En quince días las marcas tendrían tiempo de desaparecer.

Escarlata O’Hara estaba aún bajo el porche fresco de Tara, flirteando (en polaco) con los gemelos Tarleton, cuando la voz del azafato, que permanecía sentado, resonó de nuevo por los altavoces. ¡Así es imposible!, pensó Dhjamal. La lectura estaba empezando a ser un verdadero suplicio.

«¡Más de cuarenta productos de marca, sin impuestos, a precios que desafían a toda la competencia!»

Inclinado sobre sus dos únicos pasajeros, la azafata les preguntó con tono insistente si deseaban comprar colonias.

¿Quién había sido el primero en tener la idea de vender perfumes en un avión y por qué? Era un misterio al que le hubiera gustado encontrar respuesta.

—No, gracias —respondió Dhjamal desde el fondo de su asiento con una sonrisa—. Solo quiero leer tranquilo…

—¿Y usted, Peter?

El hombre sacudió la cabeza en señal de negación.

—A propósito —retomó el indio levantando su nariz de la novela—, ¿sería posible cambiar de sitio para tener un poco más de espacio?

Se felicitó porque, por fin, había podido terminar su frase y la azafata lo había escuchado.

—Imposible, señor.

—Teniendo en cuenta que el avión está vacío, yo…

—Escuche, *Ya*, lo entiendo, pero hay un reglamento sobre el equilibrio de masas que debemos respetar.

A pesar de la cara de interrogación de sus interlocutores, la azafata no precisó nada más.

—¿Está seguro de que no quiere un sándwich club?

El escritor asintió con una mueca.

—Por cierto, ¿sabe por qué el avión va vacío? —preguntó Peter—. Nunca había visto algo así.

—Todos los asientos están reservados por la Asociación Francesa de Indecisos Anónimos.

—¿Y dónde están?

—Aún se están planteando si van a coger el avión…

Dhjamal se preguntó si se trataba de una broma. Pero la azafata no parecía de las que se andaban con bromas.

Volvió el silencio y el escritor pudo retomar la lectura de su libro. Pero en ese momento fue la voz alegre del piloto la que resonó en cabina.

«Hola, les habla el comandante Patrick Duchou. Estamos en un Airbus A340, la duración del vuelo será de 2 horas y 23 minutos. El tiempo en Estocolmo es soleado, temperatura de 24 grados.»

La voz se calló.

Por fin.

Antes de anunciar en inglés. En un inglés horrible.

«Yur capitain espiking. Mai naime is Patrick Duchou. Oui are in an Airbusse A340, flight duratione is 2 auars and 23 minuteus. Weater in Estocolm is shinny, temperature 24 digris.»

Si eso no era acoso psicológico… ¿Se habían puesto de acuerdo todos para que no pudiera leer ni una sola línea? ¿Y por qué los comandantes siempre pensaban que lo más importante para un pasajero era conocer la temperatura? «La temperatura en Estocolmo es de 24 grados.» «Estamos volando a una altura de 30.000 pies y la temperatura es de –56,5 grados.» ¡Nos importa un bledo!

Sus ojos se sumergieron de nuevo en el libro. «*Scarlett O'Hara nie była pięknа, ale mężczyźni, zadurzeni w niej tak jak dwaj młodzi Tarletonowie, rzadko zdawali sobie z tego sprawę.*»[4]

Era la vigésima vez que Dhjamal leía esa frase cuando la voz del azafato resonó en los altavoces. Harto, cerró el libro con un golpe sordo.

«¡Rasca y gana por solo cinco euros! ¡Participen en nuestro concurso, háganse millonarios! Ayuden a los niños de África y quizá ganen un

coche.»

—¿Quiere ser millonario, señor *Ya*? —preguntó la azafata con una gran sonrisa.

—Ya lo soy —respondió el indio, cansado de que hubiera más interrupciones en su lectura que cortes publicitarios en la película de la noche.

Eso hizo reír a su vecino.

—¿Y usted, Peter? —inquirió ella—. Puede ganar un coche, y también ayudar a los pequeños huerfanitos.

—No tienen cara de irlandeses —dijo Peter mirando la cara de los niños en las tarjetas.

—Es cierto, no son pelirrojos —añadió el escritor.

—Son africanos —respondió la azafata un poco molesta.

—¿Qué modelo?

—¿Modelo? Eh, negritos. Etíopes, creo.

—¡No! El coche.

—Ah, claro. Un Clio.

Dhjamal sonrió al imaginarse a la montaña de grasa al volante de un coche tan pequeño.

—¿Sabe? Es por una buena causa…

—Deme dos.

—Gracias, Peter, esos niños le estarán eternamente agrade…

—No hace falta que me suelte el rollo —la cortó el hombre—, ya le he dicho que me dé dos.

Sacó un billete de 10 euros y se lo tendió a la azafata, que le dio dos tarjetas para rascar y luego se alejó.

—Lo hago por el Clio —gruñó—. Odio a los negros. Incluso a los pequeños… y huérfanos.

Rascó la casilla de la primera tarjeta, asestando codazos en las costillas de su vecino. Nada. De nuevo codazos para la segunda. Tampoco.

—Nunca se gana en estos juegos —se quejó a la vez que tiraba las tarjetas.

—Al menos ha ayudado a los negritos huérfanos a los que odia, ¡eso

es bueno!

El gordinflón giró su cuello de búfalo hacia su vecino y lo miró unos segundos de arriba abajo como si lo viera por primera vez.

—No me gustan más los indios. Los indios sarcásticos. Y que encima llevan jerséis de Navidad horteras en pleno mes de julio.

—Muy bien, soy indio. Indio y huérfano. Pero no tema, no le venderé tarjetas para rascar.

La cara de Dhjamal se cubrió de una gran sonrisa. Y su sonrisa era tan contagiosa que el hombre cedió.

—¡Es usted gracioso!

Tendió su enorme mano, que el indio recibió en plena cara.

—Peter Budweiser, como la cerveza.

—Dhjamal Mekhan Dooyeghas, como…

—Bien. Por cierto, no haga caso de lo que he dicho —le cortó el hombre—, me encanta su jersey. Sobre todo los pequeños renos que corren en la nieve. Muy escandinavo. Yo también tengo uno en el fondo de mi armario. Me solidarizo. ¿Su mujer lo ha obligado a ponérselo?

—No… Hay un dicho que dice: «Allá donde fueres…

—… haz lo que vieres» —completó Peter—. Lo sé, también lo decimos en Suecia. Solo que las cosas ya no son así. Se va a llevar una decepción, ya no usamos ese tipo de jersey, tampoco cascos con cuernos o cuellos gigantes a lo Abba. Nos vestimos como todo el mundo. En Zara.

—Oh.

—¡Pero nadie le impide ser más sueco que el rey de Suecia! También es un dicho.

—En mi país decimos «ser más marajadista que el marajá».

—¡Es exactamente eso!

—Dígame, ¿es cierto que tiene el corazón a la derecha?

El hombre asintió con cierto orgullo.

—Es un poco raro, ¿no?

Y el escritor se imaginó los trucos de faquir que podría haber inventado si hubiera nacido con esa malformación. Le clavarían una lanza en pleno corazón y no moriría porque su corazón no estaría

donde se suponía que debería estar. El genio de la anomalía anatómica al servicio de la magia.

—¡Usted es el raro, *Llama-no sé qué-gas*! Soy totalmente normal, ¡son los demás los que son raros! ¿Verdad que hay más diestros que zurdos? ¿Verdad que hay más países en los que se conduce por la derecha que por la izquierda? ¿Por qué no iba a ser igual con el corazón?

Dhjamal pensó que era una bonita concepción de la vida. Hacer de la excepción la norma, transformar la debilidad en fuerza. Quizá también creía que con sus ciento ochenta kilos tenía el peso ideal, que eran los demás los que estaban demasiado delgados.

La azafata se deslizó por el pasillo hacia ellos.

—¡*Vade retro*, Satanás! ¡No queremos ni perfumes, ni cigarros, ni tarjetas para rascar! —exclamó Peter.

—¿Ni siquiera un tíquet de alquiler de bicicletas? Es un diez por ciento más barato que si la alquilan en Estocolmo.

El escritor sonrió al imaginar esta vez a su vecino sobre una bicicleta.

—¿Qué será lo próximo? ¿Calcetines? —preguntó el sueco, sobrepasado.

—¿Calcetines? —repitió la joven, indignada—. Somos una compañía aérea, señor, ¡no un Carrefour!

—¿Nos toma el pelo? ¿Ha visto todo lo que han intentado vendernos desde que hemos despegado?

La azafata cerró los ojos, contó hasta cinco y puso buena cara como había aprendido en unas prácticas de autocontrol.

—Perdón, es más fuerte que yo —confesó ella—. Les prometo que no volveré a importunarles. A propósito, ¿están seguros de que no quieren un sándwich club?

Un día, un escorpión que quería llegar a la otra orilla del pantano le pidió a una rana que pasaba por allí que lo llevara sobre su espalda. «Eres un escorpión. En cuanto estés sobre mí, ¡me picarás!», dijo la rana. «Eso sería estúpido, porque si te pico te ahogarás y yo moriré contigo. No se muerde la mano que te da de comer», se defendió el arácnido negro. Después de reflexionar, la rana pensó que tenía razón, que no le interesaba picarla. Entonces lo invitó a subir a su espalda y empezó a nadar. Pero, a mitad de camino, el escorpión clavó su aguijón venenoso a la rana, traspasando su piel fría y viscosa. Mientras agonizaba, preguntó a su asesino la razón de su gesto. «Está en mi naturaleza», respondió el escorpión con aire triste. Y se ahogaron juntos en las aguas cenagosas del pantano.

—¿Por qué me cuenta eso, maestro?

—No habrás abierto la puerta prohibida, ¿verdad?

El joven faquir tragó saliva. El hombre había visto, sin duda, las huellas de pasos sobre la fina arena delante de la cabaña.

—No —dijo, y lo juró porque era verdad—. Pasé por delante de la puerta, pero nada más.

—Bien, porque si lo hubieras hecho tendría que matarte, como el escorpión mata a la rana. ¿Entiendes?

—Lo entiendo —dijo el joven temblando ante la idea de recibir otro castigo severo.

—Castigarte está en mi naturaleza, Dhja, como la tuya es convertirte en faquir. Y pase lo que pase, así lo seguirá siendo hasta tu último aliento. Porque es tu destino.

En su boca, la palabra «destino» había sonado como una maldición. Así que, como no tenía cinturón, se hizo con la primera tira de cuero que encontró, una cincha para atar las vacas, y golpeó al niño hasta

cansarse.

Marie se puso el cinturón.

Para las entrevistas importantes, y la que iba a tener lo era, quizá la más importante de su carrera, Marie nunca usaba vestidos. Se ponía trajes de hombre y corbata. Le daba un aire masculino que contrastaba con su bella feminidad y eso turbaba a sus interlocutores. Había cogido la idea de Diane Keaton, la protagonista de *Annie Hall*, de Woody Allen.

Se apretó el nudo de la corbata pensando en Dhjamal, que seguía prendiéndosela con un imperdible.

Era su destino, pensó Marie.

Porque era imposible domesticar a un tigre. Incluso para los domadores más veteranos había siempre un riesgo, por mínimo que fuera, de convertirse en la presa de su fiera. Era la historia de la rana y el escorpión. Incluso el felino más manso, criado entre hombres, podía responder un día a la llamada de la naturaleza y de su genética de depredador.

—Eso es lo que le ha pasado a Dhjamal —pensó Marie en voz alta, sentada en la cama, con el polo Lacoste de su marido en la mano—. Se ha marchado a su casa. Sin camisa… Ya no quiere esta vida de millonario. Ha vuelto a ponerse su taparrabos de faquir y se ha ido a echar las cartas o la buenaventura al bulevar Barbès. A menos que haya cogido un avión a la India.

Reflexionó durante unos segundos. A menos que…

A menos que me esté engañando… Una chica más joven, más guapa, ¿por qué no? Recordó las palabras de la mujer de la limpieza: «Tiene mal aspecto, debería cogerse unas vacaciones». Esa zorra tenía razón… Y ella que creía que era más bonito tener arrugas alrededor de los labios que una gruesa boca de pez hinchada de bótox. ¡Qué tonta! ¿Cómo había podido creer a Dhja? Antes o después de hacer el amor,

los hombres mentían. Siempre. Preferían las bocas de pez a los labios finos. Era demasiado tarde para la sesión de *photoshop* en Monastir. Marie debería haberlo pensado antes. Sí, Dhjamal se había ido con una chica más joven, más guapa.

—¡No, no es posible! —exclamó en dirección al espejo del salón.

Y luego:

—¿Y si ha conocido a una india? Una mujer que hable su lengua, que lo entienda, una mujer de su cultura, incluso de su pueblo natal, de *Quiche au yaourt*. ¿O era de *Quiche au fromage*? ¿Qué has hecho?

Lo imaginó haciendo con la otra todo lo que hacía con ella. La India era la cuna del erotismo y contaba con el más antiguo manual de sexualidad, el *Kamasutra*. Sin embargo, en el cine indio, eran muy púdicos. Ni siquiera se besaban en la boca. Era esa dualidad lo que le había gustado a Marie. La dulzura de Dhjamal, su romanticismo, su timidez, y en sus encuentros, su instinto salvaje sin control.

Marcó el número de su marido. Mejor preguntarle enseguida. Mejor dejar todo este asunto claro. Poner fin al sufrimiento que empezaba a quemarle el pecho. Y se aflojó el nudo de la corbata antes de asfixiarse.

Unos segundos después, oyó el teléfono en su habitación. Colgó. Dhjamal había salido sin su móvil.

Un hombre que engaña a su mujer nunca se separa de su teléfono, todas las mujeres engañadas saben eso. Ni siquiera cuando está bajo la ducha, en el baño, el hombre da ocasión a su mujer de descubrir un SMS comprometedor.

Cogió el aparato. La respuesta estaba allí, en su mano. Solo tenía que consultar el histórico de llamadas, los mensajes, para saber si la engañaba. Cambió de opinión. Confiaba en su marido. Sabía que si empezaba a espiarlo sería el final. Él la quería. Estaba segura de él. Lo sentía en lo más profundo de su corazón. Mejor creer que no saber. Una pareja era como una religión. Había que creer. A ciegas. Pese a las dudas o las pruebas. Un verdadero acto de fe.

Amén.

Volvió a poner el móvil en la mesita de noche. Nada aliviada, pero orgullosa de sí misma.

¿Por qué no se ha llevado el teléfono? ¿Y por qué ha salido? Si no salía nunca.

Se levantó y se dirigió al salón, donde estuvo deambulando a lo largo y ancho. Miró la Torre Eiffel por la ventana abierta. Se asomó por si acaso. No, Dhjamal no era de los que se suicidaban saltando de un séptimo piso. El vistazo a la calle la reconfortó. Fue a sentarse al sofá. Solo había una manera de saber si Dhja se había marchado a su país. Se calmó y marcó el número de Sihringh. Si hablaba con naturalidad, la anciana no sospecharía nada. Marie tenía por costumbre llamarla de vez en cuando para saber de ella.

Una vocecita respondió. Marie reconoció a Arthriti, la señora que se ocupaba de Sihringh y que vivía con ella en su bonita casa de once metros cuadrados con aspecto de *showroom* de Ikea.

—¿Arthriti? Soy Marie, ¿puedo hablar con Sihringh? —preguntó la francesa en un inglés que había aprendido gracias a su marido.

Pasaron unos segundos y luego reconoció la voz de su suegra.

—¿Marie?

—Mamá Sihringh.

—¡Hija mía! Qué alegría oírte. Estoy aprendiendo informática.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Marie con un tono artificial.

—Dentro de nada hasta tendré un perfil en Facebook —añadió la anciana con el entusiasmo de una niña—. ¡Espero que me pongas muchos *likes*!

—Claro.

—¿Cómo está Dhja?

—Oh… muy bien —mintió la francesa con aplomo.

Sihringh no tenía secretos para ella. Y Marie se sentía culpable de ocultarle uno.

—Me alegro por ti, hija mía.

—Gracias, mamá, solo quería oír tu voz y ver si todo iba bien. Te dejo con tus clases de informática.

Al parecer Sihringh no estaba al tanto de nada.

Marie suspiró, aliviada, antes de preguntarse si realmente era una buena noticia.

Echó un vistazo a su reloj. Era demasiado tarde para lamentarse de su suerte. Iría a Estocolmo, se entrevistaría con su cliente y luego volvería sin demora en el primer avión. Su marido estaría allí, esperándola en casa, como siempre, como si no hubiera pasado nada, y sus vidas seguirían felices.

Arrancó una página de la libreta y escribió un mensaje.

> Dhja,
>
> Me voy a Suecia a comprar una cafetera.
> Tu mujer que te quiere,
>
> MARIE

Después dejó la nota en la mesa del salón, al lado de la ventana abierta.

Cuando cerró la puerta del piso, el mensaje salió volando por la ventana. Pronto aterrizó en la acera delante de un hombre cargado con la compra. Este puso sus bolsas de plástico en el suelo y recogió la hoja. Era la segunda en ese día. «Me voy a Suecia a comprar una cafetera», leyó. ¿Qué decía la primera? Ah, sí: «Me voy a Suecia a comprarme una cama de clavos». Pensó, sonriente, que había gente que no sabía qué inventar para huir del domicilio conyugal. Luego tiró la nota en la primera papelera que encontró.

El faquir se convierte en traficante de diamantes

En el momento en que la azafata quería venderles unos cigarrillos hubo un crujido ensordecedor. Dhjamal se apresuró a abrocharse el cinturón. La joven corrió a sentarse al lado del azafato, que estaba blanco como la pared, lo que no presagiaba nada bueno.

«Aquí el comandante, Patrick Duchou. El modelo de avión no ha cambiado, aún estamos en un Airbus A340, joyita de la tecnología moderna, y ahora sobrevolamos una zona de turbu…»

La voz se interrumpió. De nuevo hubo un ruido y luego una serie de sacudidas. Al menos, se habían librado de la versión en inglés.

Cuando sintió que el avión caía en picado a toda velocidad, el faquir se dio cuenta de que la situación era más grave de lo que parecía. Tuvo la desagradable sensación de que su estómago le subía hasta la garganta y le invadieron unas terribles ganas de vomitar. Como no encontró la bolsa, se alivió en el bolsillo del asiento delantero bajo la mirada horrorizada de su vecino.

—¿Qué pasa? —gritó el gordito al azafato.

—Ya han oído al comandante, ¡simples turbulencias! —respondió con una sonrisa forzada—. ¡Nada grave!

El avión pasó por debajo de las nubes y un paisaje azul invitaba a pensar que estaban encima del mar Báltico, acercándose cada vez más rápido. La fuerza centrífuga los mantenía pegados a los asientos. Dhjamal apretaba el libro en sus manos, como si se agarrara a un flotador, y se repetía sin parar: ¡Vishnu, no permitas que me muera antes de haber leído *Lo que el viento se llevó*! ¡En polaco! Cuando se tiene miedo, cualquier decisión es buena para vivir un poco más. Juramos que seremos buenos, que extenderemos la palabra de Vishnu,

Dios o Alá por todo el mundo y que leeremos *Lo que el viento se llevó* en polaco.

—¿Nada grave? ¡Está de broma, estamos cayendo! —exclamó Peter.

Al oír esas palabras, los ojos del azafato casi se salieron de sus órbitas.

—¡No diga eso! ¡Por favor! ¡Cálmese e intente tranquilizarme!

—¡Pero si es usted el que tiene que tranquilizarnos! —se defendió el sueco.

—Me han formado para servir copas de champán y sándwiches de jamón incomibles, ¡no para sobrevivir a un accidente aéreo en mitad del mar!

—¡Acuérdense! —gritó Peter—. ¡Tengo el corazón a la derecha! ¡A la derecha!

En ese momento, el morro del avión se enderezó milagrosamente y se estabilizó. El azafato volvió a recobrar el color.

—Gracias, Vishnu —murmuró Dhjamal, que no había parado de rezar, y miró su libro de bolsillo como si fuese su salvador—. Gracias, Escarlata O'Hara.

En todo ese asunto, como ocurre casi siempre con los creyentes, olvidó que el único responsable del milagro había sido el piloto. Patrick Duchou.

Fue al salir del avión, con una bolsa de plástico llena de sándwiches club en la mano, cuando Dhjamal comprendió a qué se refería Peter cuando dijo que los suecos se vestían «como todo el mundo».

A juzgar por la gente que caminaba por los pasillos del aeropuerto de Arlanda, en Suecia no se llevaban gruesos jerséis de lana rojos decorados con renos que perseguían copos de nieve. Sobre todo en julio.

Aquí estoy, en el país de los armarios Ikea y del salmón ahumado, se dijo con entusiasmo mientras se mezclaba con la muchedumbre. En el país de Abba. Aquí estoy, en Estocolmo, continuó, y se puso más nostálgico. Sus ojos del color de la Coca-Cola se volvieron durante un instante negros como la alfombra de carbón ardiente que había tenido por costumbre pisar cuando era faquir. Estocolmo. Eso le recordó el síndrome del mismo nombre. Una palabra que había oído muchos años atrás. «Su hijo tiene el síndrome de Estocolmo», le dijeron a Sihringh delante de él, en aquella comisaría de policía, cuando toda la historia con Baba Rhoma se acabó, cuando metieron a su maestro en prisión por asesino y violador de menores. De un menor. Él. Dhjamal. De los anteriores, no tenían pruebas. Demasiado tarde. Ese fenómeno de empatía, de simpatía, incluso de amor hacia su torturador era incomprensible para los otros y muy evidente para la víctima. ¿Cómo había podido ese niño pasar un año con ese monstruo? ¿Cómo había podido esconder a su madre lo que estaba viviendo? Ella sabía de la falta de alimento y de higiene, pero las violaciones repetidas, los golpes y el chantaje, ¿eran necesarios para la formación de un faquir?

«Estocolmo.» Una palabra cargada de dolor a la que el escritor deseaba ahora dar otro sentido.

Mientras recorría el pasillo que lo llevaba a la puerta de las llegadas,

el indio vio a través de las cristaleras la impaciencia de todas esas cabezas rubias y esas caras pálidas que habían ido a buscar a un amigo, un hermano, una hija, un marido. De repente se sintió triste por no tener a nadie sobre el que saltar llorando de alegría, y asistió, impotente y envidioso, a los efusivos encuentros entre los viajeros y sus seres queridos. Y no pudo evitar pensar en Marie.

Nadie me conoce aquí, nadie me espera, se dijo Dhjamal un poco afectado. Cuando el ser humano ha perdido toda esperanza, invoca a fuerzas que lo sobrepasan, así que el exfaquir cerró los ojos e invocó de nuevo a Vishnu, ese dios que había elegido entre las treinta y seis mil divinidades mayores con las que contaba la religión hindú. El gran Vishnu, ese simpático hombre azul de cuatro brazos, a menudo representado con una flor de loto que le sale del ombligo. Era como un buen amigo al que se puede molestar a cualquier hora del día o de la noche para pedirle un pequeño favor, era el comodín de la llamada telefónica que ofrecía Carlos Sobera en *¿Quién quiere ser millonario?* «Así que, señor Dooyeghas, ¿llamamos a ese amigo?» «Sí, Carlos, llamemos a Vishnu.»

Abrió los ojos y su mirada se perdió en un océano de pancartas y tablets que blandían hombres con corbata. «Ericsson», «Larsson», «Clakson», «Michaeljacsson», «Camisson»… Se podía confiar en Vishnu. Siempre tenía una solución. Algunos tenían una estrella, otros un tipo azul con cuatro brazos y una flor de loto en el ombligo como ángel guardián.

Por curiosidad, pero sin demasiadas esperanzas, buscó un «Mr. Dooyeghas» en las pancartas. No lo encontró. Buscó un «Mr. Dooyeghasson» por si acaso. Pero no vio ninguno. El poder de su dios tenía limitaciones. De repente, la idea de hallarse en ese país desconocido le dio miedo. Había llegado bien, había superado la primera etapa de su viaje, pero ¿adónde iría ahora? ¿Tendría que coger un autobús? ¿Un tren? ¿Una bicicleta? (Debería haber aprovechado el precio rebajado que le propuso la azafata.) Se imaginó en las calles de Estocolmo, perdido, preguntando a los transeúntes: «Perdone, busco al señor Ikea, ¿sabe dónde puedo encontrarlo? Es para una cama de

clavos…». Podía ver la cara de la gente al escuchar su pregunta.

Prefirió dejarse tentar por lo fácil y estimó más oportuno tomar prestado el medio de transporte que Vishnu le ofrecía en bandeja de plata. Un chófer privado. ¿Que no se habían molestado en escribir su nombre en una pancarta? ¡Qué diablos, cogería uno prestado! ¿Quién no ha soñado nunca, a la salida de un aeropuerto, con acercarse a un chófer y simular que el nombre de la pancarta es el suyo? ¿Qué se lo impedía?

Dhjamal se puso a examinar uno a uno los nombres que se ofrecían ante él. Demasiado locales. No daría el pego. Le hablarían en sueco y no sería capaz de responder, y lo desenmascararían antes de montarse en el coche.

No tenía ganas de revivir lo que le ocurrió el primer día en la escuela de faquires de Shishke Babh, cuando no entendió las palabras de su maestro. Y luego se dio cuenta de que al lado de toda esa gente de color aspirina, su piel había retomado su bonito color aceituna oscura. Imposible engañar a nadie. Si en Francia había conseguido fundirse con la masa multicolor y cosmopolita de París, aquí era otra cosa. Los suecos eran todos altos, rubios y de ojos azules. Era tan visible como un negro en pleno mitin del Ku Klux Klan.

Y mientras pensaba en eso, instintivamente los pies de Dhjamal tomaron la dirección de un chófer con gorra. Se plantó delante, tan sorprendido como él.

Su pancarta anunciaba «Pr. Ronaldo».

Parecía bastante extranjero para que colara. Ese apellido le recordaba algo, pero no sabía qué. A la aventura, murmuró tras ese bigote de faquir que sentía crecer a cada segundo. Sí, profesor Ronaldo. Es mi última palabra, Carlos, perdón, voy a escoger a Vishnu…

Cada noche, antes de dormirse, Baba Rhoma daba rienda suelta a su imaginación observando la fotografía en blanco y negro que había robado del turbante de su discípulo. Acariciando el papel satinado, en realidad acariciaba la cara de la guapa morena. Tenía la impresión de que los ojos de almendra de la joven lo miraban de verdad, hasta tal punto que, a veces, se sentía incómodo al masturbarse delante de ella. Hacer el amor era acariciar al otro, no a sí mismo. Si ella hubiera estado delante, le habría quitado el sari para admirar su pecho a la luz de una bombilla eléctrica, aunque seguramente ella no sabía ni lo que era. Pero llegó una mañana en la que el maestro quiso pasar de la fantasía a la realidad.

—Tu mamá debe de ser muy guapa —dijo a su discípulo.

Con un dedo febril acariciaba la foto en el fondo del bolsillo de su toga naranja.

—La madre más guapa —respondió Dhjamal, preguntándose por qué el maestro hablaba de mamá Sihringh.

—Lo digo porque tú eres un chico guapo, Dhja. Así que he deducido que ella también lo es.

El joven aprendiz tembló. Era más o menos lo que el explorador británico le había dicho antes de encontrarse a cuatro patas delante de él haciendo cosas raras que aún no entendía pero que parecían ser muy apreciadas por los adultos. Sin embargo, el maestro se mostraba más interesado en su madre. ¿Querría que ella también terminara a cuatro patas con la cabeza metida entre sus piernas para ganarse un mechero?

—Háblame de ella.

—¡Su sopa de cordero al curri es maravillosa!

Eso fue lo que se le ocurrió decir al joven aprendiz. Pero era verdad, su sopa de cordero al curri era maravillosa.

—Y siempre me cuida y me protege.

—Tu papá tiene suerte —dejó caer el maestro con el fin de conseguir información.

—¡No tengo padre! —se defendió el niño, repentinamente enfadado.

Baba Rhoma sonrió tras su barba, satisfecho de que no hubiera un hombre en casa.

—¡Tranquilo, tranquilo, Dhja! Te compadezco, hijo mío. Y compadezco a tu madre. Criando a su hijo ella sola. En un pueblo como Tharta'l Yagurh.

—Es duro, sí, allí no tenemos ni lavadoras ni bombillas ni tostadoras.

—¡Y supongo que tampoco conoces el Actimel! Entonces no tiene lavadora —remarcó el hombre frotándose las manos.

—No. Y sin ánimo de ofender, piensa que su apetito por las lavadoras en el desayuno es indecente, porque en el resto del mundo hay mucha gente que lava su ropa a mano. No debería decírselo, pero no le gusta su egoísmo. Dice que se comporta como un niño mimado.

—¿Es lo que dice de mí?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral del maestro. Así que hablaba de él. Se interesaba por él, aunque no le gustaran sus modales. Y experimentó un cierto placer en que no le gustaran sus modales. La imaginaba pura, introvertida. Sus maneras bruscas la violentarían y eso le excitó. La empujaría en su cama, le arrancaría el sari y la penetraría como una bestia. Baba era del tipo de hombre que no encuentra placer en entrar en una mujer que le desea. Era de la raza de los que fuerzan a los demás y disfrutan con ello.

—Pobre madre —dijo el maestro sacudiendo la cabeza con aire triste, pero en su fuero interno estaba exultante.

El viernes siguiente decidió acompañar a Dhjamal hasta su casa en su camioneta.

—Es la primera vez que me lleva a casa —dijo el joven.

—Porque sufro por tus pies que caminan tantos kilómetros, mi niño.

El viaje transcurrió sin ningún incidente.

Según entraban en el pueblo, niños de cinco años lavaban las cabezas de los bueyes y las ruedas de los carros en cada cruce a cambio de unos

céntimos de rupia. Otros jugaban a la petanca en la calle lanzando sandalias en vez de bolas. Las tiraban e iban a recogerlas a la pata coja. Apoyados contra las paredes de ladrillo sucio, adolescentes escuchaban a Rajah Against the Machine o a la cantante Fakira en un tocadiscos que hacían girar con el dedo.

Qué miseria, pensó Baba.

Se alegró de no vivir ahí. Le sería imposible ganar dinero con tantos paletos.

Cuando llegaron delante de la casa, descargaron del vehículo el enorme paquete de un metro cúbico envuelto en papel de periódico. Pesaba más que un elefante.

—¿Cómo se llamaba tu mamá?

—Sihringh.

Qué bonito nombre, pensó el maestro faquir. Sonaba como el timbre de una bici. ¡Sihriiiiingh! ¡Sihriiiiingh!

En ese instante, intrigada por tanto ruido, Sihringh salió de la casa de ladrillos. Se precipitó hacia Dhjamal y lo cogió como una madre que no ha abrazado a su hijo desde hacía quince días. Luego se giró hacia el joven que le acompañaba. Tenía un aspecto terrible. Esa larga barba que daban ganas de tirar de ella, esas pinturas naranjas en la cara y su carro de bueyes sin bueyes que escupía una nube de humo negro en sus tomateras.

—Usted debe de ser Baba Rhoma —dijo ella, desconfiada.

—Soy el maestro de Dhjamal —respondió él hinchando el pecho—. Y usted debe de ser su abuela.

Sihringh se quedó atónita.

—¿Su abuela? —repitió estupefacta.

Eso era por culpa de su hijo, que con su deseo de ser faquir había conseguido que le salieran canas. Se prometió no aplicarse más excrementos de Vashnou en la cara. Además de ser asqueroso, por lo visto no surtía ningún efecto.

—Sihringh es mi madre, maestro —corrigió el niño.

—¿Usted es Sihringh?

Y el nombre que le había parecido tan bonito ahora le sonaba como

un viejo timbre de bicicleta oxidada. ¡Suuuhruuuuungh!

¿Acaso la fotografía era de hacía varios años? ¿Varios siglos? La mujer que estaba delante de él no era tan vieja, tendría unos cincuenta años, pero era muy fea y, por más que examinara su cara, no encontraba ningún rasgo de la bella joven a la que había acariciado mil veces en la fotografía.

—¡Cómo cambiamos! —dijo el maestro sacando el retrato en blanco y negro de su toga.

El niño se la arrancó de las manos.

—¡La ha encontrado! La había perdido.

Y saltó de alegría.

—¡Es Mimama Memima, mi verdadera madre! En fin, mi madre biológica.

Mimama Memima, qué nombre tan bonito, se dijo el maestro, aliviado por el error.

—¿Y dónde está? —preguntó con interés renovado.

El niño apuntó al cielo como única respuesta.

—¿Es azafata? —preguntó el faquir, aún más impresionado.

Le había tocado la lotería.

—Está en el paraíso de las mamás.

El mundo se derrumbó una segunda vez sobre los hombros del maestro.

—Murió al darme a luz. Sihringh es mi madre adoptiva. Es la que me cuida.

Y se pegó a su sari.

El hombre tuvo una arcada.

—Bueno, mejor me voy —dijo—. Les dejo con sus asuntos familiares.

—¡Pero me había dicho que se quedaría a cenar! —exclamó el niño, decepcionado.

—Acabo de recordar que tengo cosas que hacer.

—Tiene cosas que hacer —repitió Sihringh como el eco.

—Puede quedarse la lavadora —dijo él señalando el voluminoso regalo—. Las instrucciones están pegadas encima.

Luego subió a su camioneta y arrancó.

—¡Hasta el lunes, maestro! —exclamó el niño agitando la mano.

Pero este no le respondió.

De vuelta a la ciudad, Baba Rhoma se juró no confiar más en sus fantasías.

Soy el profesor Ronaldo —se presentó Dhjamal, en inglés.

Ronaldo, ¿dónde había oído antes ese apellido?

—¿Ha tenido buen viaje, profesor? —preguntó el chófer con guantes blancos.

¡Demasiado fácil!, pensó el indio, como un niño que se sorprende al ver que sus padres se tragan una mentira muy gorda. Luego volvió a representar su papel. ¿De dónde se suponía que venía? Ronaldo parecía un apellido español o portugués.

—Se me ha hecho muy corto.

—¿Corto? —exclamó el sueco levantando las cejas.

—Uno no siente el tiempo pasar en esos vuelos domésticos. Despega, bebe una copa de champán y ya está aterrizando.

—Río de Janeiro, ¡un vuelo doméstico! ¡Qué gracioso! ¿Un viaje de once horas le parece corto? Seguramente está muy acostumbrado a viajar.

El indio tragó saliva.

—Eso es —balbuceó.

Muy bien, el profesor Ronaldo venía de Río de Janeiro. Ahora solo faltaba saber de qué era profesor y la razón de su presencia en Europa.

—Bonito jersey, ¿es su madre la que…?

—¡Mi mujer!

Al ver que la mirada del chófer pasaba de su jersey a la bolsa de plástico, el escritor sonrió.

—¿Quiere usted un sándwich club?

—No, gracias —contestó el otro, molesto ante tanta familiaridad—. Será mejor que nos vayamos, el barón Shrinkshrankshrunk le espera.

¿Shrinkshrankshrunk? ¡O sea que en el mundo existía un nombre peor que Dhjamal Mekhan Dooyeghas!

Me llevará a casa cada quince días?

—¡Eh, cálmate, chico!

—Mamá dice que no confía en usted y que no debo decírselo, pero yo pienso que usted es bueno. En el fondo, muy pero que muy en el fondo, usted es bueno. Usted dijo que la compadecía por ser una mujer sola y tuvo el detalle de regalarle la lavadora. Sin embargo, debería haberle regalado la electricidad también. No tenemos electricidad en el pueblo. Menos mal que hemos podido conseguir un grupo electrógeno. Mamá se ha pasado todo el fin de semana poniendo lavadoras y mirando cómo giraba el tambor. ¡Dice que es su televisión!

—Bueno, digamos que soy un poco filántropo —cedió el hombre, incómodo.

—¿Qué significa?

—Que me gustan los hombres. En fin, los seres humanos —precisó ante la ambigüedad de sus palabras—. Eso es, me gustan los seres humanos.

—Nos gustan los humanos, pero eso no impide que les engañemos… —ironizó el niño.

—No les engañamos, les damos ilusión, te lo he explicado mil veces.

—¿Incluso cuando les hacemos creer que les curamos de un tumor cerebral o de un cáncer de mama sacando vísceras de pollo de sus cuerpos enfermos?

—Sobre todo cuando les hacemos creer eso, Dhja. Y algunos se curan de verdad. Se llama «efecto placebo». No soy yo el que lo ha inventado. Fue… el señor Placebo. Es científico. No hay nada malo en hacer el bien, ¿verdad, hijo mío?

Diciendo eso, el maestro puso su mano rugosa sobre el muslo del niño. Como no había podido tener a la madre se contentaría con el hijo,

en el que reconocía los bonitos rasgos de la que le había hecho vibrar.

—Te pareces tanto a tu madre. A tu verdadera madre, quiero decir…

Se acercó y besó al niño en el cuello. Tenía la piel suave y se imaginaba que era a ella, a Mimama Memima, a quien besaba con sus labios húmedos. Mimama Memima. No dejó de pronunciar su nombre cuando sus manos se deslizaron sobre el cuerpo del pequeño niño buscando otros secretos escondidos.

A partir de ese día, a la luz de una vela, porque le parecía más romántico, el maestro iba a veces, en cuanto caía la noche, a la choza de su joven aprendiz para enseñarle cosas que no se deben enseñar a un niño. Ni siquiera a un faquir.

Al atravesar el aparcamiento, Dhjamal notó que había sobreestimado la importancia del trineo en ese país. Y también del frío. Y de su jersey de lana. Ni siquiera nevaba y el termómetro gigante del aeropuerto marcaba 24 grados. Como el comandante Patrick Duchou había anunciado.

—¡Tienen coches! —dijo al chófer.

—¿Coches? Sí, tenemos coches —respondió el conductor, intrigado—. Suecia no está en el tercer mundo. Incluso fabricamos Volvo, Saab, ¿los conoce?

—¿Y dónde están sus perros? —preguntó Dhjamal, que no escuchaba y miraba a su alrededor con curiosidad.

—¿Nuestros perros? ¿Qué perros?

—Los que tiran de los trineos.

El hombre se rio.

—¡Ahora lo entiendo! No, no hay trineos en Estocolmo. Hay que ir muy al norte si quiere verlos. Suecia debe de resultarle muy diferente de Brasil. Imagino que está un poco desorientado.

Y miró con extrañeza su jersey de Navidad. Sí, muy desorientado, pensó.

Dhjamal se acercó a un hombre que pedía limosna en el aparcamiento y le regaló su bolsa llena de sándwiches club.

—¡Qué generoso! —le dijo el chófer mientras abría la puerta de un lujoso Porsche Cayenne negro.

—No sé si es generosidad o si voy a envenenar a ese pobre diablo.

El escritor se sentó en el asiento trasero sin dejar de observar al mendigo, que devoraba sus horribles bocadillos como si no hubiera un mañana. Se arrepintió de no haberle dicho que quitara el envoltorio de plástico antes.

—¿Adónde vamos? —preguntó al sueco.

—Skarpnäck.

Para no traicionarse, evitó preguntar al conductor qué era Skarpnäck y lo que se suponía que debía hacer allí. Tenía la desagradable impresión de hacer un puzle de cuarenta y ocho mil piezas sin poder echar un vistazo al modelo, pero el misterio lo excitaba.

Después de todo, quería aventura. Su editor también. Los lectores estarían satisfechos.

—El barón le espera con impaciencia. Le considera a usted el mejor experto en joyas, profesor Ronaldo. No deja de halagarle.

El coche arrancó.

¿Joyas? ¡Qué bien!, se dijo el indio sin saber en dónde se estaba metiendo. Satisfecho, se puso cómodo en su asiento mientras, detrás de ellos, un coche de gran cilindrada negro también se ponía en marcha.

El misterioso asunto del faquir empalado

Marie se instaló confortablemente en el asiento de primera clase y saboreó la copa de champán barato que acababan de servirle. ¿Poder poner su codo en el apoyabrazos y beber espumoso justificaba la exorbitante diferencia de precio con un billete en clase turista? Después de todo, los pasajeros de ambas clases llegaban a la vez a su destino.

La mujer no iba a hacerse *photoshopear* en Túnez, pero Suecia tampoco estaba mal. El frío conservaba y estiraba la piel, todo el mundo lo sabía. Un lifting natural.

Marie cogió la revista que estaba delante de ella y la hojeó, ausente.

Pensaba en las palabras de su jefe. Le había explicado que un amigo suyo, con un buen puesto en la Bolsa, le había dado una información valiosa. Nostresso iba a vender acciones para expandirse en otro sector, aunque todavía era un secreto. Coffex Ltd. quería adelantarse en la compra de la empresa. Con Nostresso en su cartera, sería la primera y única fabricante de cafeteras de cápsulas en el mundo. Un monopolio con patentes de oro. Jean-Marie Cabidoulin ya se frotaba las manos pensando en la fortuna que le esperaba.

Para Marie, era una buena noticia. Primero porque había sido elegida para la operación, lo que auguraba un ascenso, nuevas responsabilidades, y después porque a partir de ahora podría conseguir todas las cápsulas que quisiera. Sobre todo las violetas, que le encantaban.

Inclinó la cabeza hacia atrás y pensó en Dhjamal. ¿Dónde estaba? ¿En qué pensaba? Quizá en ella. Sonrió. Se había preocupado por nada. A esa hora ya habría vuelto a casa y leído su notita. Estaría tumbado en el sofá delante de la televisión o corrigiendo su nuevo manuscrito. A

Marie le gustaba cuando Dhjamal le hacía leer lo que escribía. Su diario de un indio del Distrito XVI sería otro best seller, estaba convencida de ello. Bebió champán y lo acompañó de un puñado de cacahuetes.

Cacahuetes?

—Al-Kakawuett —corrigió el maestro.

Dhjamal estaba durmiendo cuando el faquir irrumpió en su choza agitando sus largos brazos filiformes.

—¡Ponte algo, rápido, vamos al centro!

Parecía agitado, hasta el punto de olvidar que su aprendiz no tenía nada que ponerse porque se pasaba los días con un sencillo taparrabos.

En el camino, le dijo que habían encontrado al famoso faquir Hussein Al-Kakawuett (la competencia) empalado en un gigantesco clavo.

—Maestro —dijo el niño—, no es que quiera hacerle la pelota, pero usted ejecuta este truco mil veces mejor que ese estúpido de Al-Kakawuett. No entiendo por qué quiere presenciar su número. Ya nos perjudica bastante como para ir de espectadores.

—No es un truco, Dhja. ¡Ha muerto!

La palabra heló la sangre del niño.

—¿Muerto? ¿Pero de qué?

—¿Qué parte de «han encontrado al famoso faquir Hussein Al-Kakawuett (la competencia) empalado en un gigantesco clavo» no has entendido?

—¿Es una muerte natural? —preguntó Dhjamal, intrigado.

—Si consideras empalar a alguien como una muerte natural…

—Para un faquir, quiero decir —añadió encogiéndose de hombros.

El hombre levantó las cejas.

—No parece que los enigmas sean lo tuyo. Me temo que Al-Kakawuett ha sido asesinado.

Si hubieran estado en una película de terror (o en Inglaterra en cualquier estación del año), un trueno habría retumbado y un relámpago habría rasgado el cielo.

Cuando llegaron al lugar, una multitud se había congregado delante de la sórdida escena. Los dos magos se abrieron camino, pasaron por debajo de la cinta que había desplegado la policía alrededor. El accidente, o el crimen, se había producido en una esquina apartada de los ojos de todos, donde el hombre se entrenaba y perfeccionaba sus milagros antes de mostrarlos en la plaza del mercado.

A la izquierda, su casa, con la puerta abierta. A la derecha, las cabañas de barro seco de los vecinos. Detrás, una pared de ladrillo pintada de colores vivos. Verde, amarillo, rosa, un poco de fantasía en ese miserable barrio. En la India eran pobres, pero pintaban las paredes de mil colores y todas las caras ofrecían una sonrisa, fieles al precepto de Gandhi: «La vida es como un espejo, si le sonríes te sonríe».

El faquir yacía empalado en un gigantesco clavo de un metro de largo sobre un pedestal de madera, como un kebab o un bollo que hubieran metido en la punta de una máquina de perritos calientes.

—¿Cómo pudo cometer Hussein un error tan de principiante? —se ofuscó Dhjamal.

—¿Qué error?

—¡La fabricación de esa cama de clavos es cuando menos fantasiosa e insensata! ¡Solo tiene un clavo! Sin embargo, el único factor que hay que tener en cuenta para construir una cama de clavos confortable es justamente el número de puntas y su distribución en la superficie. Cuantos más clavos, menor es el peso soportado por cada uno, y menor el riesgo de perforación.

—Como el cubreasientos de bolitas de madera de los conductores de taxi. Solo se sienten unas ligeras cosquillas, nada más. Sin embargo, en el caso que nos interesa, eres tú el que comete un error de principiante, Dhja.

El niño se giró hacia él, perplejo.

—Eso no es una cama de clavos, con «s», es una cama de un solo clavo. ¡Llamada también «la cama de la muerte»!

—Nunca mejor dicho.

—En general, el faquir pone su frente en la punta, hace el pino, toma impulso y gira como una peonza con los brazos abiertos. Es muy

impresionante de ver.

—Ya lo estoy viendo… Habrá perdido el equilibrio y se empaló.

—No, hijo mío, alguien lo empaló.

El niño hizo una mueca de asco.

—Bueno, ya hemos hablado bastante. Nos queda poco tiempo, abre bien los ojos. Observa la escena de crimen, pues ya no podremos volver. Fíjate en esas huellas de sandalias en la arena que van hacia el cuerpo, síguelas en sentido contrario y mira de dónde vienen. (¿Has leído *El nombre de la rosa*, Adso?) Estima el número de pie. Cada detalle es importante. ¿Ves algo sorprendente, fuera de lo habitual? Memoriza la posición del cuerpo, su expresión. El escenario, el cadáver, las colillas en el suelo. Hemos de seguir la menor pista.

—¿Jugamos al detective privado? —se rio el niño.

—No es un juego, mi joven discípulo. Este asunto es muy serio. Solo es el principio de los problemas.

—Al contrario, maestro. ¡La muerte de Al-Kakawuett es una buena noticia! Con Hussein muerto, ya no tenemos competencia en decenas de kilómetros a la redonda.

—No entiendes nada, joven descerebrado. Eso nos convierte en los primeros sospechosos —dijo Baba Rhoma en voz baja tirando del brazo de su aprendiz.

En ese momento, una policía negra que estaba tomando notas en su Moleskine de cuero de vaca (sagrada) de color rojo se dio la vuelta hacia ellos, frunció el ceño y con una mirada inquisitiva los observó mientras se alejaban.

Tenía un apellido de verbo irregular inglés. *To shrink, shrank, shrunk,* «encoger». Todo estudiante francés (o empleado de tintorería británico) que se respete lo sabía.

—Soy el barón Gustaf Shrinkshrankshrunk —dijo el hombre sin tomar aliento y tendiendo una mano franca al que tenía por brasileño —. Pero no nos andemos con formalismos, llámeme Gustaf.

—En ese caso, llámeme… Eh… Profesor —balbuceó el indio, que no conocía el nombre de pila de aquel que fingía ser.

—Claro, profesor. Bonito jersey.

—Gracias, es mi mujer la que…

—Antes que nada, quería agradecerle que haya venido tan rápidamente. Es un honor para mí recibir a un experto de su categoría.

Había pronunciado esa frase inclinándose hacia delante en una especie de reverencia. Y Dhjamal pensó que esa cara no le era desconocida. No sabía dónde, pero la había visto antes. El barón era un hombre alto y delgado. Sesentón. Tenía el pelo negro, largo, recogido en una coleta con un lacito de color ocre. Su tono de su piel se adivinaba oscuro bajo una capa de maquillaje de una blancura cadavérica. Una especie de Michael Jackson transformado en Karl Lagerfeld. Los extraterrestres ya estaban entre nosotros.

—Es difícil ser experto en este mundo tan… complejo de los diamantes —dijo el escritor entrando en su papel—. Uno siempre se siente pequeño al lado de la perfección de una piedra preciosa.

—¡Qué modesto es usted! Siéntese, por favor.

El hombre señaló un sofá grande de cuero con cojines multicolores cuya procedencia india el exfaquir reconoció de inmediato.

El noble pareció acordarse de pronto de algo.

—¡Oh, pero estoy faltando a las normas más elementales de

hospitalidad! —exclamó—. ¿Quiere beber algo? ¿Café? Hago el mejor café del mundo.

¿El mejor café del mundo?, pensó Dhjamal. ¿Por qué la gente presumía siempre de preparar el mejor café del mundo?

—Con mi cafetera, hacer un buen café es un juego de niños; incluso mi abuela sería capaz. Como vio que su invitado dudaba, el anfitrión añadió—: *What else?*

—*What else?*

—Sí, ¿le apetece otra cosa? Ya que no quiere café. ¿Quizá una bebida de su país? Mi chef se lo preparará con mucho gusto.

—En ese caso, tomaré una capoeira —dijo el indio, que siempre había confundido «capoeira» con «caipirinha».

También confundía «champán» y «champú», lo que a veces lo ponía en situaciones delicadas: en su casa, cuando anunciaba al final de la cena que iban a celebrarlo con un poco de champú; o en el peluquero, cuando pedía que le lavaran la cabeza con champán. Incluso en su barrio lujoso, eso les parecía demasiado esnob.

—¿Una capoeira? Pensaba que era un baile —contestó el sueco, intrigado.

—Oh… Es un baile, sí… y una bebida.

—Disculpe mi ignorancia —dijo el barón—. Estoy seguro de que mi chef Ingemar conoce la receta de la capoeira y dispone de todo lo necesario para prepararle una que le hará olvidar las de su país.

Agitó una campanita. Un mayordomo de traje negro y guantes blancos apareció enseguida. En su vida de mago, el exfaquir jamás había visto una aparición tan rápida. Y antes de que pudiera reaccionar, el hombre se había agachado, le había quitado sus Lotusse de quinientos euros y le ponía unas pantuflas de rizo como las que regalaban en los hoteles. El caché del mejor experto del mundo acababa de irse al garete. Dhjamal se arrepintió de no haber prestado más atención esa mañana a la elección de sus calcetines. La costura del dedo gordo parecía haber sido arrancada de un mordisco por una rata rabiosa.

—En Suecia, la educación exige descalzarse cuando se entra en casa

de alguien —explicó el barón, divertido por la sorpresa que leía en el rostro de su invitado—. Pero no es por eso por lo que le he llamado, Sigbritt. Nuestro querido profesor desea una capoeira.

—Señor, soy Gottfrid —contestó el mayordomo al tiempo que se levantaba—. Usted despidió a Sigbritt la semana pasada, ¿se acuerda?

—No sé, quizá.

—Además, Sigbritt es un nombre femenino, señor.

—¡No es culpa mía que todos los nombres suecos se parezcan! Por cierto, ¿Sigbritt no es una tela que venden por metros en Ikea?

—También, señor. También.

—Y la chica que despedí, ¿no se llamaba Soja?

—Sería Sonja, señor, no Soja. Y no. Se llamaba Sigbritt.

—Bueno, deja de parlotear, Sigmund, y tráenos esa maldita capoeira.

El mayordomo inclinó la cabeza y desapareció. En su vida de mago, el exfaquir jamás había visto una desaparición tan rápida. Se prometió contratar a Gottfrid para sus espectáculos si un día volvía a subir al escenario.

—Bueno, seguro que se pregunta por qué le he hecho venir hasta aquí.

—¡Nunca mejor dicho! —exclamó Dhjamal con una sonrisa enorme, todo oídos.

Y nosotros también.

Si lo he entendido bien, quiere investigar la muerte de Al-Kakawuett y encontrar al culpable antes de que…

Los dos faquires estaban sentados delante de la casa del maestro.

—… la FBI nos caiga encima —completó este.

—¿El FBI? ¿No está exagerando un poco, maestro? —preguntó el niño, que había oído hablar de esos agentes estadounidenses superpreparados que llevaban unos trajes que no se arrugaban nunca, con corbata, y unas gafas de sol incluso cuando llovía.

—¡La FBI! La Fuerza Bollywood de Investigación, los servicios secretos indios.

—No la conocía.

—Normal, es secreta. Nada que ver con los americanos. Y nada que envidiar a los americanos. Sus métodos son más crueles aún.

El hombre tembló. Desde que lo conocía, o sea desde hacía poco tiempo, Dhjamal nunca había visto a su maestro temblar por nada. El miedo no parecía ser un sentimiento que existiera en su abanico de emociones.

—Te torturan lentamente con un taladro, te aplican bombillas incandescentes en las plantas de los pies, te arrancan los dientes uno a uno.

¡Nada que haga temblar a un faquir! Pero el aprendiz entonces comprendió que su maestro había vivido esos horrores en primera persona. ¿Era así como había perdido sus dientes? Uno no perdía los dientes de manera natural con treinta años, era obvio. ¿Qué había hecho para que los servicios secretos se interesaran en él y lo torturaran? ¿Qué secreto les había ocultado? ¿Había resistido a la tortura? ¿Había confesado? ¿Cuál era el oscuro pasado de Baba Rhoma?

—¿Acaso un faquir no está entrenado para aguantar el dolor? ¿La tortura no es una suave melodía para sus oídos?

—¿Me tomas el pelo? —escupió el maestro, ofuscado—. Sus taladros no tienen truco y te atraviesan la carne y los huesos. Y te ponen bombillas ardientes sobre la piel el tiempo suficiente como para que el fuego te devore los tejidos y te provoque cicatrices imposibles de esconder. Bueno, eso es lo que dicen…

Dhjamal miró las marcas en las manos, las plantas de los pies y el cuello de su maestro y se imaginó todas las que escondería bajo su toga. Este se dio cuenta y metió un poco más los brazos en las mangas, como si estuviera siendo aspirado desde el interior. Quizá fuera la explicación a su larga túnica, cuando los faquires tenían por costumbre llevar un taparrabos o ir desnudos. Baba llevaba una armadura de seda.

—En resumen, esa es la razón por la que me gustaría que todos esos hijos de dioses maléficos no caigan sobre nosotros como buitres. No sobreviviría otra vez a…

El hombre calló. El niño bajó los ojos. Tenía que haber vivido cosas horribles para sostener ese discurso y temblar con la simple evocación de la FBI. Y se sintió culpable por haber pensado en ocasiones que le estaba tiranizando. El tirano había sido una víctima y se lo hacía pagar al mundo entero. Bueno, sobre todo a él.

—Bien, Dhja, vamos a recrear la escena del crimen. Te dije que lo memorizaras todo, ¿te acuerdas?

—Sí, maestro.

—Haz un esfuerzo, es importante. Si no tienen escrúpulos para hacerme daño a mí, tampoco los tendrán para hacerte daño a ti…

El niño tragó saliva y asintió. Pensó en los taladros y en las bombillas ardientes. Pensó en sus dientes, sus bonitos brazos y sus manos de pianista. Pensó en su mamá Sihringh, que se pondría triste si le afearan.

—Bueno, ¿qué me puedes decir de las huellas de las sandalias? ¿Número?

Con su dedo índice, el hombre dibujó pasos en la arena que se alejaban.

—Diría que un 45 o 46 —contestó Dhjamal.

—¿Y qué deduces de esto?

—¿Que Al-Kakawuett tenía los pies grandes?

—¡Idiota, no eran las pisadas de Hussein!

—¿Cómo lo sabe?

—Hussein tenía pies de japonesa.

El niño miró a su maestro con los ojos muy abiertos.

—No había sandalias en la escena del crimen. Si Hussein hubiese llegado con ellas, las habríamos encontrado. Así que son las huellas del asesino.

—Entiendo, maestro.

—¿Qué más observaste?

—Que los pasos venían de una casa situada al lado de la escena del crimen, a unos metros.

—Excelente. ¿Y qué deduces de eso?

—¿Que el asesino salió de esa casa?

—Seguramente.

—¿Quién vive ahí, maestro?

—Creo que si contestamos a esa pregunta tendremos a nuestro culpable, mi pequeño discípulo.

Una capoeira? —exclamó el chef Ingemar.

—Has oído bien, el barón me pidió que le sirviéramos una capoeira —repitió el mayordomo más rápido del mundo.

—¿Se ha vuelto loco? Soy chef, no bailarín.

—Lo sé, lo sé. Pero tampoco es su primera excentricidad. Querrá agasajar con un baile de bienvenida a su invitado brasileño.

—Bueno, pues preparemos una capoeira —dijo el cocinero quitándose el delantal blanco con gesto cansado—. Voy a ponerme un chándal.

Al anochecer, Baba Rhoma y Dhjamal caminaron hasta la plaza del pueblo. Siguieron a la derecha por una calle poco iluminada y bordearon en silencio el templo de Vishnu. A esa hora, todo estaba desierto.

—Hemos hablado del escenario, del lugar, pero no de la hora. ¿Cuándo fue asesinado Hussein? ¿Por qué? —preguntó Baba doblando una esquina.

Era como si conociera ya las respuestas, como si esas preguntas fueran retóricas.

—Lo encontraron esta mañana, así que debió de ocurrir anoche —contestó el niño.

—Buena deducción. El cuerpo habrá estado toda la noche en el callejón. No atrajo la atención de nadie. Ahora tenemos las mismas condiciones que anoche a la misma hora. Imagina la escena. Hussein Al-Kakawuett está ensayando su número. Se levanta en la punta afilada, extiende sus piernas en el aire, encuentra el equilibrio y empieza a girar como una peonza. No ve la puerta del vecino que se abre, al hombre que se acerca con pasos de lobo, con sandalias del número 46. Hussein encuentra su velocidad de crucero, siente que la cabeza le da vueltas, literalmente. La punta del clavo le hiere un poco la frente. Sus cuarenta y seis kilos reposan sobre ese viejo clavo oxidado. Un error en la maniobra y acabará empalado. Es la muerte segura. Lo sabe. Pero es feliz porque ejecuta su truco de maravilla. Al día siguiente lo presentará en la plaza del mercado y ganará mucho dinero con él, más que nosotros. Quizá se vuelva tan rico como el fontanero que se fue a Miami…

—¿Y se comprará un «chate»?

—Sí, un yate, y ese sentimiento lo excita. Sigue sin ver al hombre que

está a su lado a la espera del momento apropiado. La sombra echa una mirada a izquierda y a derecha. Ningún peligro. El callejón está desierto. Y ¡plaf! El asesino coge al faquir por los hombros y lo empuja con gesto vivo y brutal hacia abajo.

El vientre del niño sonó.

—Hussein agoniza —prosiguió el maestro—. No está muerto, así que el criminal inflige el peor sufrimiento a su víctima descargando todo su peso sobre él para que el cuerpo se deslice más sobre el clavo. Lo empuja, cada vez más. La punta ahora sale por el taparrabos del faquir. Está insertado como un cordero.

Un borborigmo sonó de nuevo en el estómago del niño.

—La sangre se derrama. Hussein no puede dar la alarma. Sus gritos están ahogados por la gruesa punta que le obstruye la garganta. La sombra se frota las manos y se marcha, dejando a su víctima morir lentamente con un dolor insoportable y mudo.

El maestro estaba sudando porque había ilustrado sus palabras con grandes gestos.

—Es como si fuera real —dijo el niño—. Pero hay una cosa que me choca.

—Habla —ordenó el hombre, curioso.

—Si el asesino dejó huellas yendo hacia la cama de la muerte, ¿por qué no había huellas de vuelta?

El maestro se rascó su barba naranja.

—Buena pregunta. Quizá las haya borrado.

—Entonces ¿por qué no borró también las otras? Son mucho más comprometedoras ya que indican claramente de dónde salía el asesino, o sea, de la casa del vecino…

—Es cierto. Pues nada, hijo mío, otro misterio por resolver.

—Quizá alguien quiera inducirnos a error.

—¡Oh, Dhja, casi todos los crímenes suelen tener una explicación sencilla! El asesino es a menudo un conocido. Un amigo, la esposa, ¡un vecino! Nadie ama a su vecino, créeme.

Maestro y aprendiz llegaron al final de la calle y giraron a la izquierda. Baba parecía conocer el camino de memoria, como si

hubiera ido mucho por ahí. Pero ¿cómo podía ser? Dhjamal sabía el odio que este sentía por su único competidor. Lo más seguro era que no lo hubiera visitado nunca.

—Hemos llegado —dijo Baba.

Miró a su alrededor y levantó el cordón policial para dejar pasar a su aprendiz antes de entrar él en la zona de seguridad.

Se habían llevado el cuerpo, así como la cama de la muerte. En la arena, solo un charco de sangre testimoniaba el horrible drama que había ocurrido en el lugar.

El maestro señaló el suelo. Las huellas de sandalias habían desaparecido.

—Ves, Dhja, hemos hecho bien en memorizar la escena del crimen. Parece que alguien ha venido a borrar las pistas. El asesino, sin duda.

El niño se giró hacia la casita donde recordaba haber visto desaparecer las huellas.

—Es aquí.

El hombre asintió. ¿Tenía un plan? ¿Iban a avisar a la policía? ¿Actuarían ellos mismos? El joven Dhjamal pensaba en todo esto cuando su maestro se acercó a la puerta de madera del vecino y pegó la oreja.

Se oyó una risa de mujer, ruidos de cuchara en una olla, y luego nada.

—El momento de la verdad ha llegado —dijo el maestro, y llamó a la puerta.

La verdad sobre el caso Hussein Al-Kakawuett

Una mujer de unos sesenta años, rellenita, abrió la puerta. Llevaba un *salwar* rojo, unos pantalones anchos que se cerraban en el tobillo, y por encima una *kameez* del mismo color, una larga túnica bordada que le llegaba a la mitad del muslo. Su pelo, canoso, reposaba en sus hombros en una bonita trenza. Les sonrió y, como si los conociera desde hacía tiempo o esperara su visita, los dejó ahí y volvió a su olla, que hervía en el fuego. El maestro se tomó eso como una invitación. Empujó a su joven aprendiz, entró a su vez y cerró la puerta tras ellos. Un agradable olor invadió sus narinas y se unieron a la mujer en la cocina. Con una cuchara de madera, removía un caldo en un gigantesco recipiente.

—¿Habéis comido? —preguntó.

—Sí —mintió el maestro.

Pero en ese momento un borborigmo resonó en la cocina y Dhjamal bajó la cabeza.

—¡Parece que tu tripa nos está diciendo otra cosa, hijo mío! —exclamó la mujer señalando el vientre del niño con la cuchara. Y unas gotas de un líquido parecido al oro fundido cayeron al suelo.

—Bueno, puede que no hayamos comido todavía —confesó Baba, que sometía al pobre niño a una dieta estricta.

—Solo tienes piel en los huesos —dijo la señora con tono materno.

—¡Es un faquir, no un sumo! —exclamó el maestro.

—No tengo clavos para daros, pero preparo la mejor sopa de ortigas de todo el Rajastán.

Dhjamal hizo una mueca. ¡Para una vez que el maestro no podía impedirle que comiera, le ofrecían una sopa de ortigas! ¡Qué mala

suerte!

—No sabía que hubiera mujeres faquires —dijo el niño con tono inocente.

—¿Mujeres faquires? —preguntó la india—. ¿Por qué?

—Solo una faquira puede comer sopa de ortigas. ¡Picará mucho!

La mujer soltó una carcajada.

—Cariño, al hervirla, esta planta pierde sus propiedades urticariales. El ácido fórmico se disuelve.

El niño se alegró. Comería sin que Baba le dijera nada.

—¡Menudo apetito tiene! —exclamó el maestro señalando la olla.

La casa estaba vacía y la mujer parecía ser la única habitante.

—Mi marido come mucho.

Sacó dos platos hondos y los puso en la mesa, donde ya había otros dos.

—Sentaos.

—¿No me pregunta el objeto de nuestra visita? —preguntó el faquir.

¿Esa mujer era valiente, muy hospitalaria o simplemente estaba loca? Dejar entrar a dos desconocidos en plena noche, sobre todo después de lo que había pasado enfrente…

—Sin ánimo de ofender, ¿por qué tendría que tener miedo de un joven y un niño? Además, os conozco. Incluso sois famosos.

Al escuchar el halago, la cara del maestro se iluminó.

—Eres el faquir Baba *Rama*, ¿no es así?

—Rhoma —corrigió el hombre.

Y extendió su mano.

—Haymooscas Enmisopa —dijo ella apretándosela.

Su apretón de manos fue firme. Una mujer de carácter, pensó el maestro. Me gusta…

—Pero me puedes llamar Haymooscas.

—Y usted a mí, Baba.

La mujer sirvió la sopa en tres de los cuatro platos y se sentó.

—¡Que aproveche! —soltó antes de hundir la cuchara en el precioso líquido.

—Haymooscas… —dijo el maestro.

—¿Moscas? ¿Dónde? —preguntó la mujer barriendo el aire con el reverso de la mano.

—Haymooscas, ¿no esperamos a su marido? —retomó él, molesto.

—No, no —dijo ella encogiéndose de hombros.

Y los tres tomaron su sopa, aspirando y haciendo mucho ruido. En ese rincón de la India, la guía de los buenos modales decía que cuanto más buena fuera la sopa, más ruido había que hacer al comerla. Dhjamal, que no había probado bocado desde hacía dos días, consiguió contenerse, frenar sus ganas de coger el plato y vaciarlo de un trago. Estaba acostumbrado a esconder su sed y su hambre a Sihringh cada quince días, cuando volvía a casa. No quería darle pena. Así que vació una cuchara, contó hasta tres y vació otra, para no parecer desesperado. ¡Dios, qué bien sentaba eso de comer! ¡Sí, qué bien sentaba! La señora tenía razón, no picaba.

—Haymooscas… —dijo Dhjamal al cabo de un rato.

—¿Hay moscas? —preguntó ella echando un vistazo furtivo al plato del niño—. No veo nada.

—Su sopa está deliciosa.

Y el niño hundió de nuevo la cuchara en el plato. Se preguntó cómo una sopa a base de agua y ortigas podía estar mejor que la sopa de cordero con curri de su mamá Sihringh. La sopa de los ricos estaba mejor que la de los pobres, eso era todo.

V*oilà!* —exclamó el barón señalando una cómoda en una esquina del salón—. Que hable su magia, profesor Ronaldo. Hábleme de su pureza, de su belleza, de su precio…

Parecía orgulloso de su mueble, al que se refería como si fuera una obra de arte.

Dhjamal se levantó del sofá y se acercó.

—¿Es de Ikea? —preguntó el escritor.

—¿La cómoda? ¡Claro! En Suecia, todos los muebles son de Ikea —afirmó el barón, desconcertado—. ¡Al igual que en China, todos los restaurantes son de comida china! ¡Venga, no tenga miedo, proceda sin prisa! Está aquí para eso. Quiero saber qué dice su ojo experto.

A primera vista, lo que Dhjamal tenía enfrente parecía más una cómoda que un diamante, a menos que ese fuera el diamante más grande del mundo y que, por un misterioso motivo, lo hubieran tallado en forma de cómoda. Sin embargo, hizo lo que el sueco le pedía para no despertar sus sospechas.

—Modelo Shmörboll, lacado negro, tres cajones, metal fosfatado —enumeró, satisfecho de poder mostrar sus conocimientos en la materia.

Conocía el catálogo de Ikea como la palma de su mano; era una de sus lecturas favoritas.

—Venga, déjese de bromas. Es un diamante verdadero, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Es que hacen falsos Ikea? ¡Y yo que pensaba que ya fabricaba muebles falsos!

Como el profesional que no era, abrió una puerta, otra, pegó su nariz en una esquina, abrió un cajón.

—Pero ¿qué puñetas hace? —preguntó el sueco—. Cuando haya acabado de examinar mi cómoda, ¿podría examinar el diamante?

—¿Qué diamante?

—¡El que está sobre la cómoda!

El barón señaló un estuche que reposaba en el mueble. El diamante que contenía era tan pequeño que Dhjamal no lo había visto. Se inclinó hacia delante y puso su nariz encima. Vio que brillaba como si contuviera mil fuegos.

—¡Claro, el diamante!

Cogió la piedra con los dedos preguntándose qué podría decir, aparte de que era la cosa más bonita que había visto en su vida. Después de Marie. Y de un plato de pollo tandoori.

—¿Tiene material? —improvisó—. No he cogido el mío. Ya sabe, en los viajes en avión siempre hay que pagar extras.

—¡Claro! —exclamó el noble sueco.

Vishnu, ayúdame, imploró Dhjamal, y en ese momento el dios indio intervino bajo la forma de Gottfrid e Ingemar, vestidos con chándal, que entraban en el salón. Se colocaron uno enfrente del otro y efectuaron unos cuantos pasos torpes, lanzando patadas bastante ridículas debido a su falta de flexibilidad.

—¿Qué es? ¿Un baile de bienvenida sueco? —preguntó Dhjamal, encantado.

—Sí, ¿qué significa esto, Sigbritt? —preguntó el aristócrata.

—¡Es su capoeira! —exclamó el cocinero, molesto porque el invitado no valoraba sus esfuerzos por complacerle.

—Y yo soy Gottfrid, señor —añadió el mayordomo.

—¡Pero si la capoeira es también una bebida! —dijo el barón—. Nuestro invitado quería beber, no verles bailar… de esa manera.

Los dos hombres se miraron, estupefactos, antes de irse refunfuñando palabras en sueco que más vale no traducir aquí.

—En vista de que es usted aficionado a los muebles Ikea, ¿no tendrá la Misklavospikån, por casualidad? —preguntó Dhjamal una vez que estuvieron solos, con el objeto de llevar al barón a terreno conocido y olvidar esa historia de los diamantes.

—¿El qué?

—Es una cama de clavos para faquir.

La expresión del barón cambió. Desde el principio no había nada en

su mirada. Solo movía la boca, la nariz, las mejillas, pero sus ojos estaban desprovistos de la menor chispa de vida. Sin embargo, ahora se percibía un fulgor en sus pupilas y miró a su interlocutor con ojos severos. Un escalofrío sacudió a Dhjamal. ¿Se había traicionado? ¿Dónde había visto Dhjamal a ese hombre? Esa expresión de odio en los ojos. Hacía mucho tiempo. Sí, mucho mucho tiempo. Sus recuerdos eran confusos.

De repente, la cara del hombre se iluminó.

—¡Oh, la Misklavospikån! —exclamó con una sonrisa forzada—. Discúlpeme, sí, sí, claro, ya lo entiendo. No, no la tengo. ¿Qué haría yo con una cama de clavos?

Dejó sus palabras flotar un instante por encima de ellos. De pronto, la temperatura bajó cuarenta grados.

—¡Qué tonto soy! —exclamó el indio a su vez con una sonrisa inmensa para esconder su malestar—. ¿Qué iba a hacer usted con una cama de clavos? ¡Y yo!

Y por primera vez desde que se encontró con el barón, Dhjamal se percató de que el acento de su interlocutor no era escandinavo. Era un acento copiado, trabajado, pulido, para que el original fuese imposible de identificar. ¿Qué ocultaba ese hombre detrás de su maquillaje, sus maneras y su acento?

—Bueno, me ha pedido material para examinar el diamante. Sígame.

En cuanto se terminaron la sopa, la vieja india se levantó y los invitó a pasar al salón.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de esta visita? —añadió cuando se sentaron todos en el cómodo sofá, alrededor de la mesa baja.

—Investigo el asesinato de Hussein Al-Kakawuett —dijo el maestro adoptando un tono que Dhjamal nunca le había visto—. ¿Lo conocía bien?

—Era mi vecino —respondió, como si eso fuese explicación suficiente.

Y los dos faquires notaron la mano temblorosa de la mujer cuando se puso a jugar con el cojín.

—Tomaré eso por un sí. ¿Sabe si tenía enemigos?

—Aparte de ti, ninguno —contestó la mujer con franqueza y clavando sus ojos negros en los del maestro.

Un leve malestar se instaló entre ellos.

—¿Ves? —dijo el maestro al discípulo—. Todo el mundo piensa eso y al final la culpa recaerá en nosotros. De ahí la importancia de nuestra investigación paralela.

—¿Cuál es su número de pie? —preguntó el niño.

—¿Mi número? Qué pregunta más rara. No veo qué tiene que ver eso con este asunto, pero si me quieres regalar zapatos, calzo un 35. Me gustan los tacones, muy altos.

—¿Un 35? ¡Eso significa que el asesino no salió de su casa! —exclamó Dhjamal.

—¿De mi casa? ¡Por Vishnu, pues claro que no! ¿Por qué piensas que salió de aquí, mi niño?

Dhjamal miró a Baba Rhoma. Este tomó el relevo.

—O que no utilizó sus sandalias… Bueno, esta mañana, mientras la

policía realizaba sus comprobaciones, mi fiel aprendiz y yo hemos reparado en unas huellas que salían de su casa e iban hasta el cadáver de Hussein. Alguien las borró después.

—Tal vez fuesen mías. Os habréis equivocado de número, los hombres no sois muy listos para eso. Pero no maté a Hussein. Era un buen vecino.

La mujer pilló a Dhjamal mirándole los pies bajo la mesa.

—¡Os digo que uso un 35! ¡Tengo pies de japonesa! —se ofendió.

—Bueno, entonces serán de su marido —prosiguió el maestro—. Por cierto, tarda en volver a casa para comerse la sopa… Quizá esté ocupado empalando a otro faquir por ahí en una gigantesca pica de barbacoa. Me alegro de no ser yo…

Haymooscas inclinó la cabeza a un lado sin desviar su mirada asesina de ese hombre que se había comido su sopa y ahora se permitía el lujo de acusar a su marido. Permaneció en silencio unos segundos, como juzgando si lo que estaba a punto de anunciar era pertinente, y retomó la palabra:

—Mi marido tiene los pies grandes.

—¿Número?

—Un 46.

—¡Ah!

—Y salió por esa puerta.

—¡Esto suena cada vez mejor! —exclamó Baba Rhoma.

—Sí, salió por esa puerta —dijo la mujer, con la mirada perdida hacia la ventana—. De eso hace quince años y fue a buscar tabaco. Nunca volvió.

—Oh. Lo siento.

—No pasa nada. Volverá en cuanto encuentre un estanco abierto —añadió ella con entusiasmo—. Con la crisis, han cerrado todos.

—Entiendo —dijo Baba agitando la cabeza. Luego susurró a Dhjamal—: ¡Está como una cabra!

—Podría volver esta noche. Solo Hánuman lo sabe. Esa es la razón por la que preparo sopa para él. Cada día.

Levantó sus ojos húmedos, como si Hánuman, el dios con cabeza de

mono, colgara del techo y fuera a darle una respuesta.

—Soy una gran optimista. O una idiota.

—O las dos cosas. Bueno, volvamos a nuestro asunto.

—Respecto a las huellas, pues podrían ser de cualquiera.

—O sea, ¡de usted! —soltó Baba con dedo inquisidor.

—¡O tuyas! —respondió ella con una sonrisa que decía mucho.

Dhjamal observaba el debate, divertido.

—¿Mías? —Baba soltó una carcajada—. Tiene razón, no descartemos ninguna pista. Pero no son mías.

—¿Y qué prueba tienes de ello?

—Soy el que investiga. Y además sé que no son mías.

—Yo también sé que no son mías. Y tengo algo aún mejor. He visto al asesino —añadió en voz baja como si temiera que estuviera allí, escondido en la oscuridad.

El maestro y el niño abrieron mucho los ojos.

—Estaba cocinando una *ratah-touy* cuando oí ruido fuera. Pensé que era un gato o una vaca en celo. Es la época. Volví a oír el ruido, como una barra de hierro que arrastran por el suelo. Miré por la ventana, aparté la persiana. Hussein Al-Kakawuett empujaba una extraña máquina, como un clavo gigantesco. Parecía pesar mucho. La instaló en la esquina donde solía practicar. Se puso sobre la punta afilada, extendió las piernas, encontró su equilibrio y empezó a girar como una peonza. Me recordó que yo también tenía que girar mis verduras en la olla. Volví a la cocina. Unos segundos más tarde, oí gritos ahogados. Era muy raro. Como una vaca en celo que se asfixia, ¿sabes?

—No, nunca he tenido el placer de oír una vaca en celo que se asfixia.

—Volví a la ventana. Un hombre estaba sujetando al faquir por los hombros y lo empujaba hacia abajo con todas sus fuerzas. El cuerpo de Hussein se empaló. La punta del clavo entró por su boca y salió por su… su trasero. Nunca había visto algo así. Empalado como un cordero en una barbacoa.

—¿Y no hizo nada? —exclamó el niño—. ¿Estaban matando a su vecino y no movió ni un dedo?

—¿Ni un dedo? ¿Qué crees, que mi *ratah-touy* se gira sola? No entendía lo que estaba pasando. No se me ocurrió que lo estuvieran matando. Pensaba que formaba parte del truco. No sabéis de lo que era capaz el faquir Al-Kakawuett. Era el mejor de todo el Rajastán.

Baba tosió.

—Dudo que fuera el mejor de todo el Rajastán, pero, en cualquier caso, ya no lo es —dijo con una sonrisa.

—Unas horas más tarde, durante la noche, me levanté para preparar una tila de curri. Tengo insomnio desde que mi marido salió a por tabaco. Me di cuenta de que se me había olvidado cerrar las persianas. Y cuando miré por la ventana, vi que Hussein seguía empalado en su clavo. No se movía, no decía nada. Yacía en vertical, boca abajo.

—¿Y siguió sin hacer nada?

—¡Pensaba que dormía!

—¿Empalado?

—¿Acaso no era faquir? —se justificó ella—. El mejor de todo el Rajastán.

—Bueno, ya lo hemos entendido —dijo Baba.

—Haymooscas —intervino el niño—, ¿podría describir al asesino? Ya que lo vio.

—Era de noche, pero diría que tenía más o menos tu silueta —precisó señalando al maestro—. Delgado, como tú. Llevaba una toga.

—¡No soy tan delgado! —exclamó el hombre sacando pecho—. ¿Y tenía toga, dice? ¿De qué color?

—De noche, todas las túnicas son grises —contestó la mujer con una sonrisa—. Una como la tuya.

Baba miró su toga como si fuera la primera vez que la veía.

—¡Entonces no era un faquir! —dijo reconfortado.

—Eres faquir y llevas toga —rectificó Haymooscas con lógica.

—Soy el único.

—Justamente… Ese es el problema. Para ti. Eres el único que lleva toga, como el asesino…

De camino a casa, el maestro y el aprendiz iban en silencio por las oscuras calles desiertas de la capital.

—¿Qué piensas de lo que nos ha contado esa mujer? —preguntó Baba a Dhjamal.

—Quizá se lo ha inventado todo. Pudo ponerse los zapatos de su marido y…

—¡Es exactamente lo que pensaba!

—Además, es lo bastante gor… fuerte para haber podido empujar a Hussein en el clavo.

—Eso es. Ya tenemos a nuestro hombre, bueno, a nuestra mujer. Mañana iré a la FBI y la denunciaré.

Siguieron en silencio hasta la casa. Pero una cosa daba vueltas en la cabeza de Dhjamal. Su maestro parecía saber mucho más de lo que aparentaba sobre este asunto.

El sótano de la villa había sido transformado en un taller. Las mesas estaban dispuestas en una gigantesca U y encima había material de alta tecnología. Dhjamal ignoraba su función. Alrededor, unas cajas de cartón contenían, si uno se fiaba de la que estaba abierta, centenares de cápsulas de Nostresso de todos los colores.

El escritor no dejó entrever su confusión y se acercó con paso seguro, con el diamante en la mano, a una pequeña máquina que parecía un microscopio negro y plateado. En las películas, los expertos siempre examinaban las joyas a través de potentes microscopios o lupas de relojero.

El indio se situó delante del aparato, adoptó lo que él suponía que era una postura profesional y puso la piedra en el pedestal. Con cara de estar concentrado, estudió los diferentes botones y buscó dónde pegar el ojo.

—Perdone, profesor —interrumpió el sueco—. Aquí es donde se pone la cápsula.

—¿La cápsula?

—Sí, es una cafetera… El microscopio está ahí.

Señaló un objeto en la mesa, un poquito más allá, que se parecía bastante más a un microscopio.

—¡Claro! —exclamó Dhjamal—. Yo…

Como no encontraba nada interesante para justificarse, prefirió dejar la frase en suspenso y tomó asiento delante del microscopio.

¿Qué conocía de los diamantes? Nada. Excepto quizá una canción de Rihanna: *Shine bright like a diamond, Shine bright like a diamond…*

—*Shine bright like a diamond* —dijo pues.

—¿Perdón?

—Brilla como un diamante.

—Vale, ¿y?

—Nada, es una bonita piedra —afirmó el escritor.

—¿Eso es todo?

—¿Todo qué?

—Que brilla como un diamante y que es una bonita piedra, ¡hubiera podido decirlo yo mismo!

—Ya, pero sin ningún criterio. Sin embargo, yo soy un experto.

—Sin duda. ¿Y cuál sería el precio de esta bonita piedra?

—Cien mil euros —contestó el exfaquir enseguida.

Porque era la suma exacta que había en la maleta de Gérard François el día que le compró la camisa manuscrita en Roma. Esa cantidad de dinero que le había traído suerte hasta ahora.

—¿Cien mil euros? —repitió el barón, que solo entendía de coronas suecas.

Pero sabía que un euro equivalía más o menos a un dólar, y que cien mil dólares era un precio satisfactorio. Muy satisfactorio, sí señor.

—Cien mil dólares por esta piedra tan tan pequeña… Es más de lo que esperaba. Soy un hombre rico, quiero decir que soy todavía más rico que antes. Mire.

Y con un gesto le señaló la esquina de la habitación, donde había montañas de cajas de cápsulas llenas de pequeñas piedras.

—Cada una de esas cápsulas contiene unos cincuenta diamantes, o sea unos cinco millones de dólares según su estimación.

Dhjamal contempló ese espectáculo como un niño delante de un árbol de Navidad. Debía de haber miles de pequeñas pequeñas pequeñitas piedras ante sus ojos.

—Me llegan de una mina en Sudáfrica, de la que recientemente soy propietario. Bajo otro nombre, por supuesto. Ryno Posthumus. Quería conocer la pureza de los diamantes y su valor en el mercado. Ahora que lo sé, gracias a usted, los llevaré a Rusia, donde un viejo amigo mío muy rico está más que interesado en este nuevo negocio.

—¿Pretende viajar con centenares de cápsulas de café encima?

—¡Claro! —exclamó el barón encogiéndose de hombros, como si su interlocutor hubiera dicho una tontería—. Los policías de la frontera

están acostumbrados a ver pasar mis camiones.

—¿Sus camiones?

—Sí, soy el director de Nostresso, ¿no lo sabía?

Dhjamal estaba anonadado.

—Sí, el inventor de la cafetera más bonita del mundo.

Ironías de la vida, buscaba al señor Ikea y se encontró con el señor Nostresso. Se hubiera reído si no fuera porque de pronto recordó dónde había visto a ese hombre por última vez, esa cara, ese acento, esas maneras, esas cafeteras, y se le heló la sangre.

Detrás de la máscara del barón

Al día siguiente, alguien llamó a la puerta de la choza. Dhjamal fue a abrir, con los ojos aún pegados de sueño.

El niño vio que era un hombre con traje y gafas de sol. Detalle importante, llevaba corbata. Sin embargo, en esa región nadie llevaba ese atributo occidental, prohibido tradicionalmente en la India por la sencilla razón de que recordaba al ahorcamiento, pena capital aplicada en todo el país (después del afeitado del bigote).

—Agente Sheerlokh, FBI —anunció el hombre con voz grave, y blandió una placa de policía en la que aparecía un elefante blanco que brilló un instante al sol—. ¿Dónde está tu maestro?

—En la choza de al lado.

—No hay nadie. ¿Dónde estabas anoche?

—Pues… aquí.

—Alguien os vio a ti y a Baba fisgonear en la escena de crimen. ¿Qué hacíais?

—Mi maestro investiga para encontrar al culpable antes que ustedes. Teme que sospechen de él.

—Pues tiene razón, sospechamos de él.

—¡Mi maestro no tiene nada que ver con todo esto!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé quién lo hizo —soltó el niño antes de pensar que a lo mejor se había precipitado—. De hecho, si el maestro no está aquí, es porque habrá ido a explicárselo todo a la policía. Se habrán cruzado. Sabemos quién es el asesino.

—¿Sí? ¿Quién es?

Hubo un momento de duda, un silencio, el ruido de la deglución del

niño.

—La vecina —acabó por decir, sin estar convencido porque parecía una señora muy buena. Además, alguien que cocinaba tan bien no podía ser una asesina. Pero tenía que proteger a su maestro, que era inocente (¿verdad?) y alejar las sospechas de él.

—¿La vecina?

—Haymooscas.

—¿Dónde? —preguntó el hombre agitando la mano en el aire.

—Haymooscas, la vecina de la casa de las persianas verdes.

El agente soltó una carcajada.

—Sois unos aficionados, dejad eso a los profesionales.

—Señor, sin ánimo de ofender, puede que hayamos dado con la verdad, ¿por qué no investiga a esa mujer?

—¿Haymooscas Enmisopa? Ella no mató a Hussein Al-Kakawuett.

—Parece muy seguro de sí mismo.

—Pues sí que lo estoy. La hemos encontrado muerta esta mañana.

El agente le explicó que habían hallado a la señora Enmisopa con la cabeza dentro su olla de sopa de ortigas. La habían ahogado.

—Se trata sin duda del asesino que mató a Hussein —aseguró el policía—. Sigo sin entender por qué. Era una vieja loca.

—¿Puede haberla matado su marido? Quizá estuviera furioso por haber tardado quince años en encontrar tabaco.

—Poco probable. Además, hay un estanco en la esquina de la calle.

—Quizá vio algo, o incluso al asesino, y este decidió vengarse. No tendría que disculparla. Que hayan matado a esa pobre mujer no significa que no pudiera haber asesinado a Al-Kakawuett. Quizá ella lo mató y después otra persona la mató a ella. A mata a B y C mata a A.[5]

—A, B, C son muchos asesinos de golpe y muchas matemáticas en Shishke Babh, ¿no crees?

—O bien A mata a B y luego mata a C porque C vio a A matar a B. Es lógico.

Lógico, tal vez en una tragedia griega. ¿Quién no ha oído hablar de Orestes, que mata a su madre, Clitemnestra, porque mató a su marido, Agamenón, padre de Orestes, porque había sacrificado a su hija,

Ifigenia?

—Muy lógico —dijo el hombre, y una mueca levantó sus gafas de sol —. Fuera como fuese, pronto lo sabremos. Tenemos a un testigo que lo vio todo. De hecho, voy a interrogarle ahora. Me paré aquí a preguntar porque me pillaba de camino y tu maestro estaba en la lista de sospechosos. Bueno, es el único que está en la lista.

—Entonces, dese prisa.

—¿Por qué?

—Porque si A mató a C porque lo vio matar a B, es muy probable que A vaya a matar a D porque lo vio matar a C…

—¡Por Vishnu! —exclamó el policía, y se fue corriendo hacia su coche.

Efectivamente, encontraron al testigo del segundo crimen con la cabeza aplastada como una sandía madura debajo del trasero de un elefante de piedra que adornaba la entrada de su casa. Fue así como empezó una gran ola de asesinatos, a cuál más insólito, porque siempre había un testigo que había visto algo. Para retomar la fórmula matemática de Dhjamal, A mató a B, luego a C porque este le había visto matar a B, luego a D porque este le había visto matar a C, luego a E, F, G, H, I, ¡hasta completar el alfabeto hindi, que se compone de cincuenta letras!

Y, cosa rara, el maestro se ausentaba más y más.

Baba Rhoma, pensó Dhjamal, y sintió que palidecía.

El hombre que estaba frente a él no era otro que su antiguo maestro faquir. Todos los caminos llevan a Rhoma, pensó. El barón era Baba.

Ese acento, ese cuerpo filiforme, esa mirada de depredador a punto de lanzarse sobre ti para devorarte sin el menor escrúpulo, y ese comentario sobre su abuela. No cabía la menor duda. Ya no tenía sus largas trenzas, sus pinturas naranjas, su barba. Se parecía más a Karl Lagerfeld que a Bob Marley, y ya no tenía treinta años tampoco. Ahora se hacía pasar por el barón Shrinkshrankshrunk. Había construido su imperio a golpes de cápsulas de café pero era él, Baba, el maestro faquir que había robado su juventud y su inocencia. Había pensado tanto en ese día. El día en que volverían a verse. Aunque creyera que era imposible. Baba había sido condenado a cadena perpetua.

Y como los recuerdos nunca vienen solos, se acordó de dónde había oído el apellido del experto en diamantes a quien estaba suplantando. Cristiano Ronaldo, el famoso futbolista portugués. Pero eso ya no venía a cuento.

—¿Qué le pasa, hombre? ¿No se encuentra bien? Está pálido. Ah, aquí está su caipirinha —añadió el barón cuando vio a Gottfrid-Sigbritt (¿verdad que se parece?) entrar en el taller—. Esto le sentará bien.

Pero lo que el mayordomo llevaba en la mano se parecía más a una semiautomática Beretta M9 que a una copa de cóctel con una sombrilla y una pajita (no era necesario ser experto en armas o en bebidas brasileñas para darse cuenta). Cuando llegó delante de ellos, apuntó con la pistola con aire amenazador al indio del jersey de lana, que tragó saliva. Y no porque tuviera sed.

En unos días, a causa de la ola de asesinatos que la azotaba, la población de Shishke Babh se había reducido a la mitad.

—A este ritmo —dijo el maestro una mañana—, ya no tendremos espectadores y nos moriremos de hambre.

—Yo ya me muero de hambre —contestó Dhjamal.

Y desde aquel día, como por arte de magia, los asesinatos cesaron y la alegría de vivir regresó al pueblo.

Se olvidaron rápido del asunto. Entre otras razones, porque ya no quedaban agentes de la FBI para continuar la investigación. Todos habían sido encontrados, uno tras otro, ahorcados con su bonita corbata.

Si Dhjamal hubiera ganado un coche cada vez que le apuntaban con un arma, ya habría podido abrir un concesionario. La última vez fue en mitad del mar, en el barco de mercancías libio. Y se preguntó si el comandante Aden Fik habría digerido a esa hora los fajos de billetes que le dejó y que le hizo creer que eran pan ácimo.

En su idioma, su nombre significaba «Cuyo enemigo todavía no ha nacido», y Dhjamal entendió que, por segunda vez en su vida, «Cuyo enemigo todavía no había nacido» acababa de encontrarse con un nuevo enemigo…

Bueno, más bien uno antiguo. ¿Qué hacía Baba Rhoma por esos lares? En todo caso, el maestro parecía no haberle reconocido. El niño de nueve años era ahora irreconocible. El escritor tenía ventaja.

—¿Profesor Ronaldo? —preguntó Gottfrid con una voz suave que no auguraba nada bueno.

—¿Sí? —contestó Dhjamal intentando disimular su nerviosismo.

Pero se puso a temblar.

—¿Qué significa esto, Sigbritt? —preguntó el barón, perplejo.

—Que este hombre se llama profesor Ronaldo tanto como yo Sigbritt, señor.

—No entiendo, ¿no te llamas Sigbritt, Sigbritt?

—Gottfrid, señor, como *Gott*, «Dios», y *Frid*… (Fritas, el Dios de las patatas fritas, pensó Dhjamal), «Paz». La paz de Dios.

—Esta pequeña clase de etimología es muy interesante, pero no veo dónde quieres…

—Un señor acaba de llegar —prosiguió el mayordomo en inglés para que su invitado lo entendiera bien.

El indio puso cara de interés.

—¿Un señor?

—Sí, y no cualquiera. Dice que es el profesor Gilberto Ronaldo.

—Por lo visto —dijo el barón—, no soy el único que tiene un pequeño problema con los nombres…

Se dio la vuelta hacia Dhjamal.

El mayordomo apretó un poco más la culata de su pistola.

Entonces, un hombre gordito con traje blanco y sombrero entró en el taller. Tenía más pinta de experto en diamantes que Dhjamal con su jersey de lana rojo, y a este la situación le empezó a oler a chamusquina. Se secó la frente con un pañuelo de tela. El indio observó que calzaba las mismas pantuflas de rizo que él. El barón debía de haber robado un montón en los hoteles. Además, el hombre había tenido la misma suerte que él en cuanto a los calcetines. Su dedo gordo parecía haber sido atacado por el mismo roedor rabioso. ¡Querías aventura, pues aquí la tienes!, se dijo a sí mismo. Y podrás escribir una novela para tu editor. Que publicará a título póstumo.

—Todo esto es ridículo —dijo al fin el escritor fingiendo tranquilidad.

—Eso pensé al principio, y luego me dije que… tal vez… lo de la cómoda, la cafetera que usted ha tomado por un microscopio…

—El *jet lag* —se defendió el exfaquir sudando cada vez más bajo su jersey.

—Ya, entiendo… Pero le voy a pedir que se aleje de esos diamantes. Mientras no sepamos quién de los dos es el verdadero profesor Ronaldo, me veo en la obligación de no considerarle como mi invitado. Hay un Ronaldo que sobra aquí.

Dhjamal apuntó mentalmente esta frase para su próxima novela. Una de vaqueros quizá.

El taxi que llevaba a Marie se detuvo delante de una suntuosa villa que se parecía más al palacio de *Las mil y una noches* que a la típica cabaña de pino sueca.

Salió del coche y recorrió los metros que la separaban de la cancela de hierro forjado. Perdida en sus pensamientos, ni siquiera reparó en el vehículo negro con cristales tintados que acababa de aparcar detrás. Llamó al timbre, segura de sí misma, y se ajustó el nudo de su corbata.

Un vødevil sueco

En ese mismo instante, a unos dos mil quinientos kilómetros de Estocolmo, en un minúsculo pueblo de la comunidad de Saintes-Maries-de-la-Mer, sonaba un teléfono.

Cuando había sequía, tanta que la tierra enfermaba, los gitanos de Bermés organizaban lo que llamaban un «clamor». Todos los fieles de las parroquias vecinas se reunían en la iglesia de Bermés, rezaban juntos para pedirle a Dios que lloviera. Los hombres más fuertes de la comunidad levantaban una pesada plataforma dorada y recargada de adornos destellantes en la que iba una estatua de cera de la Virgen llorando. Catorce kilómetros de recorrido. Ponían un CD de Camarón cantando los versos de Federico García Lorca, las mujeres bailaban haciendo volar sus vestidos flamencos y todo el mundo disfrutaba del momento.

El sueño va sobre el tiempo
flotando como un velero.
Nadie puede abrir semillas
en el corazón del sueño.

Repetían la procesión cada día, hasta que llovía. Podía tardar horas o semanas, pero el milagro siempre se cumplía.

Los fieles afirmaban que, desde el origen de la humanidad, ningún clamor había fracasado y que, para retomar un eslogan gitano de feria, «¡Siempre se gana!». Los escépticos de la región decían que era evidente que tarde o temprano se pondría a llover y que tal manifestación de la naturaleza no se debía a un paseíto de la Virgen. Reacción que

enfadaba a los gitanos, quienes reprochaban a los payos hipócritas que les criticaban que también ellos se aprovecharan de los efectos de su Virgen, ya que eran agricultores y deseaban que lloviera.

Así, las procesiones acababan siempre en pelea, bajo la lluvia, entre gitanos y agricultores. Luego todos se olvidaban del asunto, se querían de nuevo, hasta la siguiente sequía, hasta el siguiente clamor.

En realidad, ni los unos ni los otros tenían razón. Llovía porque cantaba Camarón.

—¡Viva la Virgen! —lanzó una voz.

Y la multitud contestó con un eco potente.

—¡Viva la Virgen! —gritaron todos los fieles al unísono.

Gustave Palourde, Mercedes-Shayana, Miranda-Jessica, Tom Cruise-Jesús Cortés Santamaría, así como su hija de diez meses, Whitney Houston-Marie, caminaban con el cortejo. Mercedes-Shayana tejía un bonito chándal de lana para la recién llegada a la familia mientras Miranda-Jessica, que la llevaba en brazos, canturreaba, a modo de nana, la última canción de Lady Gaga. Detrás iban los dos hombres, silenciosos, con aire solemne. Cualquiera que los viera, creería que estaban rezando a la Virgen, pero de poder entrar en sus cabezas habría descubierto que el joven papá estaba intentando resolver mentalmente un problema mecánico y que Gustave pensaba en su amigo Dhjamal.

El chófer de Taxis Gitanos VIP entonces se dio cuenta de que no era su corazón el que vibraba por la Virgen sino su móvil, en el bolsillo de su chaqueta negra. Se tapó una oreja para no oír la voz de Camarón, que desgarraba todo menos las nubes.

—¿Sí? —dijo Gustave, molesto, cuando contestó bajo la mirada llena de reproche de su mujer.

Y su mal humor desapareció al reconocer a su primo sueco.

—Ya no entiendo nada, Gus, es como si estuviéramos en un maldito vødevil —le anunció.

—¿Un maldito qué?

—VØDEVIL.

—¡Ah, un vodevil! Ya te dije que no te entiendo cuando me hablas en sueco.

—Perdona, primo. Bueno, he hecho lo que me pediste. Encontré a Dhjamal a su llegada a Arlanda. Se subió a un Porsche Cayenne y lo seguí. Fue a una villa en un barrio residencial a las afueras de Estocolmo, y todavía no ha salido.

—Cálmate, Mario.

—Curioseé. Esa propiedad pertenece al barón Shrinkshrankshrunk.

—¿Como el verbo irregular en inglés?

—No sé, estudié alemán como primera lengua. Es el director de Nostresso. Una media hora más tarde de que Dhjamal entrara, se presentó allí un tío con sombrero y pintas de traficante de diamantes brasileño (tengo un don para reconocerlos). ¡Y nunca adivinarías quién acaba de llegar!

—¿La reina de Suecia?

—Es un rey, Gus.

—¿Vuestra reina es un rey?

—Déjalo. Es Marie.

—¿Marie? ¿Nuestra Marie? ¿Reina de Suecia? ¿Pero desde cuándo?

—Es Marie, no la reina de Suecia, que es un rey. Marie, la de Dhjamal, acaba de entrar en la villa.

—¿En la villa del barón no-sé-qué?

El primo asintió con la cabeza, lo que era un poco absurdo, por no decir inútil, ya que estaban hablando por teléfono.

Menudo peregrinaje, pensó el conductor de taxi parisino. Había sido buena idea contar con su primo en ese asunto. Ahí pasaba algo raro. Y no solo por lo de la reina de Suecia, que era un rey.

—Ok, primo, abre el ojo, el bueno.

—¿Cuál es?

—¿El qué?

—El ojo bueno, ¿cuál es?

—Eh. Pues no sé, supongo que el derecho —contestó Gustave, desconcertado por la pregunta de su primo.

Ya no tenía tan claro que Dhjamal estuviera en buenas manos.

Cuando colgó, el gitano recibió una gotita de agua en el hombro.

Maestro, ¿por qué no comemos?

—Porque alimentar al alma es más importante que alimentar al cuerpo —contestó Baba, que se atiborraba a comida en cuanto entraba en su cuarto por la noche.

—Entiendo, pero si nuestro cuerpo no come, morimos. Y también nuestra alma.

—El alma nunca muere. ¿Por qué me hablas de esto? ¿Tienes hambre?

—Bueno, ahora que lo comenta… mucha.

Y pensó: «Aunque tenga que matar, engañar o robar, a Vishnu pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre», sin saber que era lo que había jurado Escarlata O’Hara, en español y en polaco, ciento cincuenta años antes en plena guerra de Secesión.

Baba se levantó y desapareció. Cuando volvió, sujetaba un plato en la mano. Dhjamal abrió mucho los ojos y su boca se llenó de saliva como si fuera el perro de Pavlov. Por fin un gesto de humanidad por parte de su maestro faquir.

—Come todo lo que quieras —dijo el hombre poniendo el plato delante del niño.

Pero este solo contenía un miserable grano de arroz.

—Coge un grano, lávalo y cocínalo, ponlo en medio del plato y cométela muy lentamente… —recitó Baba—. Esa es la dieta del faquir.

Soltó una carcajada.

Así que, en lugar de comer, Dhjamal empezó a tragar espadas. Un truco de principiante que hasta la abuela de Baba habría podido ejecutar con agujas de tricotar. Si el clima de la región hubiese sido el idóneo para tejer jerséis de lana.

Existían dos técnicas. La primera consistía en utilizar espadas

telescópicas que se retraían una vez la cuchilla tocaba la lengua y daba la impresión de que el faquir se la metía entera en el esófago. La segunda, más espectacular y barata, ya que las espadas telescópicas eran difíciles de encontrar en esa parte del mundo, consistía en introducirse un objeto y acostumbrar a la garganta a eliminar el reflejo nauseoso, esa contracción de la faringe conocida por los que se meten los dos dedos para vomitar después de una inolvidable borrachera. Para eso hacía falta insensibilizar las terminaciones nerviosas de la faringe metiendo primero cucharitas, luego pinceles o agujas de tricotar. Después, venían las cosas serias, como pequeñas espadas que se embadurnaban con mantequilla, aceite o saliva. El utensilio, una vez introducido, tenía que alinearse perfectamente con el esfínter esofágico superior, para lo cual el faquir tenía que inclinar la cabeza hacia atrás, con el cuello en hiperextensión, y desplazar la lengua con el fin de protegerla. Para que el estómago se colocara en posición vertical tenía que estar lleno de comida, o sea que había que comer. No era una práctica carente de riesgo, pues la espada, en el esófago, pasaba al lado del corazón, de la aorta y de los pulmones. Una simple tos o un estornudo podían ser fatales. Los casos más graves habían sido perforaciones de faringe y esófago, y para los más afortunados, mucho mucho mucho dolor de garganta.

Podríamos hablar en portugués y ver cuál de los dos contesta —propuso en sueco el mayordomo.

—¡Es una gran idea! —dijo el barón—. ¡Venga!

—¿Cómo que «¡Venga!»? Yo no hablo portugués.

—¡Pues yo tampoco! ¡Menudo plan!

—Yo sí —dijo el gordito, que tenía nociones de sueco y les había entendido.

—Hable, a ver —ordenó el barón.

El hombre del sombrero se presentó entonces en su lengua, la de Cristiano Ronaldo.

—Parece portugués —dijo el noble, dejando patente su poco oído para los idiomas. Se giró hacia Dhjamal—. Es su turno.

Dhjamal recitó de memoria las treinta primeras posturas del *Kamasutra* en lengua rajastaní, confiando en que Baba las hubiera olvidado con el paso del tiempo.

Los dos suecos se miraron, estupefactos.

—Este idioma me suena —dijo el barón frunciendo el ceño—, pero no sé de dónde. (Cambió a la lengua de Gotland para que el gordito del sombrero no comprendiera lo que decía.) La verdad, estoy un poco perdido, Sigbritt. Parece que los dos hablan portugués, pero el negrito con el jersey de lana tiene más pinta de brasileño que el gordito blanco.

—Bueno, sí, lo que acaba de decir parece portugués —dijo el mayordomo, y dirigió el cañón de su pistola hacia el gordito del sombrero.

—¡Estáis locos! —se ofuscó el brasileño políglota—. ¡Lo que habla este tipo es un dialecto de paletos de lo más profundo de la India y acaba de recitar las posturas del *Kamasutra*!

—Claro —dijo el barón—, por eso me sonaba.

Su mente pareció proyectarse de pronto hacia regiones remotas de su memoria y, como una veleta movida por el viento, su mirada y la pistola de su mayordomo se dirigieron de nuevo hacia Dhjamal.

Si Baba se había dado cuenta del interés de su aprendiz por la puerta roja, nunca lo dijo.

Hasta aquella mañana.

—El secreto no está ni en el pomo ni en el marco de la puerta —anunció el maestro mientras enseñaba a Dhjamal a nadar en el lago.

El niño, que estaba en el agua, en equilibrio sobre los dos brazos del hombre, giró la cabeza.

—Levanta el culo y aplícate en tus movimientos.

—¿De qué puerta habla?

—Sabes muy bien de lo que hablo —dijo Baba frunciendo el ceño y haciendo como si lo fuera a soltar.

—No le he desobedecido, maestro —se defendió el muchacho—. Se lo juro, ¡nunca he entrado en la choza roja!

—Lo sé, pero estuviste a punto… —repuso el otro con sonrisa maliciosa—. Lo vi por las huellas que dejaste en la arena. Pero no entraste, dices la verdad. Porque si lo hubieras hecho, lo sabría. Sé que te preguntas cuál es el truco. Es muy ingenioso. Verás, creo que el día que resuelvas el enigma te habrás convertido en un verdadero faquir. Pero hasta entonces, si entras en esa maldita choza te arrepentirás de haber nacido, Mekhan Dooyeghas.

—¡Si usted mató a sus esposas, les cortó la cabeza y las colgó de la pared de su choza, le juro que no diré nada! —exclamó el niño.

El maestro se echó a reír y soltó a Dhjamal, que se hundió enseguida. Lo agarró por el turbante y lo sacó del agua.

—¿Acaso te crees en el cuento de Baba Zul?

—¿Por eso tuvo problemas con la FBI? Me lo puede contar. Seré una tumba.

La mirada del hombre se ensombreció.

—No se trata de eso, discípulo mío. Mi asunto con la FBI no tiene nada que ver con cabezas de doncellas. Nunca me he casado. De hecho, nunca he tenido una relación con una mujer, cosa de la que me arrepiento ahora porque me evitaría problemas de identidad sexual, entre otros… No, la historia con la FBI empezó a causa de una simple bombilla.

Se llevó al niño hasta la orilla y se secaron al sol. La clase de natación había terminado. No habría más. Y Dhjamal nunca aprendió a nadar. Algo de lo que se arrepentiría veintiocho años más tarde, cuando el globo en el que viajaba se hundió en el Mediterráneo, lejos de las costas italianas, después de haber escapado, con una maleta llena de dinero, del primo de Gustave Palourde, peluquero de profesión y sicario de afición, y antes de caer en la trampa de otro enemigo, peor aún, y que buscaría venganza eterna, el comandante Fik. Pero esa es otra historia, que nuestro lector ya conoce.

—¿Una bombilla? —repitió el niño, intrigado.

—Sí, quizá no fue la idea más luminosa que tuve en mi vida…

Grandes llamas encendieron los ojos de Baba Rhoma, ahora barón de Shrinkshrankshrunk.

—¿Eres Dhjamal Mekhan Dooyeghas? —preguntó sin dar crédito.

Y la villa sueca tembló, provocando una nueva onda en el sismógrafo de Sigríður Jónsdóttir en Reikiavik.

El escritor acababa de delatarse. Ventaja para Baba Rhoma.

—¿Lo conoce? —preguntó Gottfrid, asombrado.

—¡Pues claro que lo conozco! ¡Yo le enseñé todo lo que sabe! Y me lo pagó mandándome a la cárcel. ¡Ingrato!

—Quizá me lo enseñó todo —contestó Dhjamal, que yacía en el suelo atado como un asado de ternera (sagrada)—, pero a base de golpes, insultos y humillaciones. Yo lo veía normal porque era un niño. Pero ahora, Baba, he conocido a gente maravillosa y sé que lo que hacías era pura maldad.

El barón encajó el reproche. Una mueca deformó sus labios. La influencia que tenía en el joven Dhjamal había desaparecido. Baba había perdido su poder. Se había convertido en un hombre normal y corriente, y no precisamente fuerte. Un viejecito. Que necesitaba una pistola para tener un poco de autoridad.

Eran dos faquires, los dos últimos faquires vivos de la historia, uno frente al otro, salvo que uno era bueno y otro malo. Gustave y Céline Dion tenían razón. La gente no cambia. Una buena persona siempre era buena, al margen de las circunstancias, y una mala persona era siempre mala. Y si durante su primer extraordinario viaje, Dhjamal había cambiado de ladrón a benefactor, fue porque siempre había sido bueno. Había robado porque era lo que le habían enseñado. Pero cuando Sophie Morceaux le demostró que se puede dar sin esperar nada a cambio, empezó a hacer el bien a su alrededor. Sí, Dhjamal siempre

había sido bueno. Y eso le hacía superior a Baba, incluso en la situación en la que se encontraba ahora. El bien siempre acaba por ganar al mal. Siempre.

—Ahora entiendo la historia de la capoeira —dijo Gottfrid, aliviado, agitando el DNI francés de Dhjamal delante de él.

Luego echó una mirada al documento plastificado del escritor.

—En la mitología nórdica —contó el barón—, Odín concibió al hombre esculpiendo un tronco de árbol y dándole un soplo de vida. Sus hermanos, Vili y Ve, le dieron respectivamente la inteligencia y los sentidos. ¡Es como si, al contacto con tu poderoso maestro, volvieras a ser el tronco de árbol que eras!

El indio sueco soltó una carcajada.

El indio francés tembló.

—Te has transformado en tronco hasta tal punto que no te mueves. O, a lo mejor, es porque estás atado y te están apuntando con una pistola. Es increíble el poder que tiene un arma para dejar a la gente inmóvil, muda, dócil. Eso sí que es verdadera magia…

—Sigues con tus fórmulas espirituales baratas, por lo que veo. ¿Has cambiado tu calendario de Correos indio por el de Correos sueco? —preguntó Dhjamal en un arrebato de descaro y valentía.

Y se preguntó si también había fórmulas de desarrollo personal en el calendario sexy de los conductores de Taxis Gitanos.

—Si quisiera sacarte una fórmula espiritual barata, te diría: «En la vida hay que aprender a perder, como hay que aprender a caer en el yudo…».

El exfaquir se encogió de hombros.

—Si yo fuera tú, Dhja, me haría muy pequeño —escupió Baba con desdén—. Estás a mis pies… ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

—Soy escritor.

Estuvo a punto de decir «maestro». Por la costumbre. A pesar de todo lo que el hombre le había hecho sufrir, nunca llegó a odiarlo. Siempre había esperado que en el último momento Baba le despeinara con un gesto desenfadado de la mano, como lo hace un padre, y lo subiera a sus hombros, pero ese momento nunca llegó. Durante toda su vida,

Dhjamal se había convencido de que nadie podía ser tan malo y que, igual que el yin y el yang de los chinos, debía de haber una pizca de bondad en ese monstruo. Lo había esperado con todas sus fuerzas. Uno nunca se quitaba de encima el síndrome de Estocolmo. Sobre todo en Estocolmo.

—¡Escritor! ¡Fíjate! ¿Y qué haces aquí, en mi casa? ¿A qué viene eso de usurpar la identidad del mejor experto en diamantes del mundo? ¿Quieres sabotear mi empresa? ¿Cómo me has encontrado?

Eran demasiadas preguntas. Así que Dhjamal empezó por el principio. El nuevo libro que tenía que escribir, la cama de clavos Misklavospikån, el señor Ikea. Se sintió atrapado en arenas movedizas, como cuando fue arrestado por el oficial Simpson en la frontera inglesa. Lo cierto era que parecía increíble. Baba no se lo creería nunca. Explicó el pequeño juego del chófer al que había engañado en el aeropuerto.

—¡Chorradas! —lo cortó el barón en la lengua de *okh*.

En ese momento, le arrebató la pistola al mayordomo, se inclinó y golpeó la sien del indio con la empuñadura. Le recorrió un espasmo de felicidad, y un rictus de satisfacción deformó durante un instante su sonrisa.

—Profesor Ronaldo, siento haber dudado de usted —dijo dándose la vuelta hacia su nuevo huésped.

Gottfrid le tendió su pasaporte brasileño, que se guardó enseguida en el bolsillo de su chaqueta. Se ajustó las gafas y el sombrero, satisfecho de que el malentendido se hubiera aclarado. A su favor.

—Lo entiendo, barón. ¿Qué va a hacer con él?

El rico sueco miró el cuerpo del indio que yacía en el suelo, inerte.

—Deshacerme de él de una vez por todas. Lo que tendría que haber hecho hace treinta años, cuando aún era un insignificante insecto de nueve años.

—No esperaba menos de usted —dijo el brasileño, y tragó saliva porque estaba impresionado por tanta crueldad—. Bien, veamos esos famosos diamantes.

Tiempo atrás apareció en la India un hombre que decía tener, entre otros, el poder de fundir la bombilla de nuestros salones o cocinas, a distancia, a través del televisor.

Yuri Gueguelah provocó la admiración en todos los hogares desde Nueva Delhi hasta Shishke Babh sin pasar por Tharta'l Yagurh (porque allí no tenían ni bombillas ni televisión). En unos días, se hizo tan conocido que bastaba con enviar una carta indicando en el sobre «El tío de las bombillas, India» para que la recibiera.

Pronto atrajo los celos y la ira de los faquires locales. ¿Qué interés tenía fundir las bombillas de la gente?, exclamaban los miembros de la CGF, la Confederación General de Faquires, cuando salían a manifestarse por las calles después de cada aparición televisiva del mago mediático. Pero no todo el mundo estaba en contra, empezando por los vendedores de bombillas, que tras cada emisión de la estrella agotaban sus stocks en la hora siguiente.

El truco nunca fue desvelado.

Pero al final, frente a la amenaza y las agresiones, el famoso ilusionista tuvo que huir de la gran ciudad y refugiarse en un pequeño pueblo en lo más profundo del Rajastán, en Shishke Babh. Se dejó crecer la barba, el cabello y las uñas. Consiguió que lo olvidaran, trabajó como un faquir más de la calle y adquirió tanto respeto y confianza por parte de la gente de la región que pudo abrir una escuela para transmitir su sabiduría. Nadie lo reconoció nunca y vivió tranquilo.

Hasta aquella mañana de abril. Hacía diez años.

El faquir fanfarroneaba en la plaza del pueblo tragando sables y haciendo que el público se tragara sus mentiras. Un hombre bien vestido, con bigote y gafas, se detuvo para admirar el espectáculo.

Parecía que venía de hacer sus compras porque llevaba en la mano una cesta repleta de piezas de cordero y de tarros de curri, sin duda con la idea de cocinar una sopa de cordero al curri, lo que no tiene ninguna importancia para nuestra historia. Arivuchelvan, que así se llamaba, «En el que su riqueza es la inteligencia» en idioma tamil, era un estadista renombrado de Bombay que estaba de vacaciones en esos lares, y más en concreto en esa plaza, por las razones que hemos expuesto, o sea, comprar los ingredientes para preparar una eventual, pero más que probable, sopa de cordero al curri, que empieza a tomar cada vez más importancia en esta historia.

Enseguida reconoció a Yuri Gueguelah, a quien se enfrentó y había desenmascarado unos años antes en varios programas de televisión de moda. Había descubierto el secreto del chorizo gracias a la ciencia que dominaba: la estadística.

En realidad, como era fácil de entender, Yuri Gueguelah no tenía ningún poder paranormal, como nadie en esa tierra. Cuando se concentraba mirando a la cámara con intensidad, las sienes hinchadas y la frente arrugada por el esfuerzo sobrehumano, simulando la conexión entre su mente y el hilo de volframio de la bombilla de los espectadores en casa, pues… no ocurría nada. Las bombillas seguían funcionando y el público pensaba que el mago tenía un mal día, que había perdido la concentración, la gente trataba de excusarle. Olvidaban que no había pasado nada. Sin embargo, en algunos hogares el milagro ocurría y una bombilla se fundía. Entonces el testigo corría al teléfono e inundaba la centralita con felicitaciones vibrantes, increíbles, que daban credibilidad al charlatán. Esa gente actuaba de buena fe. Su bombilla se había fundido, sin lugar a dudas. Pero no gracias a, no a causa de Yuri Gueguelah. Las estadísticas estaban a su favor. Una bombilla clásica tenía una esperanza de vida limitada, y era más que probable que, con millones de telespectadores indios viendo el programa aquella noche, unos millares asistieran en directo a la muerte de su vieja bombilla.

Arivuchelvan, entonces, «En el que su riqueza es la inteligencia», que llevaba bien su nombre, al menos tan bien como la cesta de piezas de cordero y tarros de curri, interrumpió al charlatán y provocó el

escándalo que este se merecía. Y en menos tiempo del que hace falta para escribirlo, la policía local y luego la FBI fueron enviadas allí porque el espectador, que había intentado estrangular al mago, fue atacado por los crédulos, a su vez atacados por los ateos, y estos por los vendedores de cordero y de curri, que no pintaban nada en esa historia pero mantenían una estrecha relación con los ingredientes que contenía la cesta del estadista que pasaba allí sus vacaciones. La FBI interrogó (eufemismo para «torturó») a Yuri Gueguelah.

—¡Confiesa que eres un falso faquir! —le presionaban, amenazantes.

—¿Qué queréis decir con «falso faquir»? —se defendía—. ¿Acaso pensáis que se puede convertir el agua en vino? ¿Que uno puede caminar sobre las aguas? ¿O clavarse espadas en el estómago sin morir? ¿Hacer que deje de latir nuestro corazón? ¿Que se puede predecir el final del mundo? ¡Entonces sois más estúpidos de lo que pensaba!

Sus taladros no tenían truco y le atravesaron la carne y los huesos de manera irremediable. Ni siquiera su abuela hubiera aguantado un segundo. ¿Qué querían que confesara? ¿Que todo era un truco de magia? ¿Acaso no era evidente?

Le arrancaron los dientes, muchos dientes. Después le pusieron bombillas ardientes sobre la piel el tiempo suficiente como para que el fuego le devorara los tejidos y le provocara cicatrices imposibles de esconder. El mago ya no fundía las bombillas. Eran las bombillas las que lo fundían a él.

Dhjamal se acordó de las marcas que se extendían sobre las manos, las plantas de los pies y el cuello del maestro y que este intentaba ocultar bajo su túnica.

—Sí —dijo Baba Rhoma—, ese Yuri Gueguelah era yo.

Y desde aquel día, el maestro no intentó esconder más al niño las quemaduras. Aceptarse a los ojos de los demás era aceptarse.

Un timbre agudo despertó a Dhjamal.

Tardó unos segundos en acordarse de dónde estaba y del violento golpe que le había dejado KO.

Reprimió el gesto instintivo de llevarse la mano a la sien y permaneció inmóvil, evitando mostrar que había vuelto en sí. Miró a su alrededor con los párpados casi cerrados. Después de todo, era más fácil que conducir una moto con los ojos vendados, un truco espectacular que le había proporcionado cierta fama en las regiones remotas del Rajastán (y unas noches en el calabozo porque no tenía carnet). Más valía que pensaran que seguía inconsciente.

Debieron de haber pasado tan solo unos minutos porque los tres hombres seguían allí.

El profesor Ronaldo estaba inclinado sobre el microscopio y no dejaba de alabar, con tecnicismos elocuentes, la calidad de los diamantes que estaba examinando. A su lado se encontraba el amo del lugar, que sonreía satisfecho a cada exclamación del experto, y su mayordomo, de pie en una esquina, como una estatua de cera del museo Grévin.

Al oír el timbre, todos se miraron.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó el brasileño.

—No —contestó el barón.

—Quizá un nuevo profesor Ronaldo —bromeó el mayordomo a la vez que se guardaba pistola detrás de la espalda y salía del taller.

Volvió unos segundos más tarde.

En el flujo de palabras que dirigió a su amo, Dhjamal reconoció un nombre.

El más bonito que hubiera oído jamás. Y el que más temor le causaba en ese contexto.

Marie Lavash Patel.

Querida Marie! —exclamó el sueco, e invitó a la mujer a sentarse en el sofá del salón.

El barón Shrinkshrankshrunk conocía bien a la directora comercial de Coffex Ltd., la competencia. Lo había visitado muchas veces para diferentes operaciones que necesitaban *savoir faire*, urgencia y discreción.

—Espero no haberme olvidado. No habíamos acordado una cita, ¿verdad?

—No, señor barón. Una decisión repentina del señor Cabidoulin me ha obligado a subirme a un avión sin anunciarle mi visita.

—Me pica la curiosidad, Marie. ¿Cuál es esa noticia que no podía esperar?

—Vengo para comprarle su cafetera.

Hubo un silencio.

—¿Quiere comprar Nostresso?

—Sí.

—¿Quién ha dicho que yo quería vender?

Desde el taller, Dhjamal escuchaba la extraña conversación entre su mujer y su antiguo maestro. Había algo irreal. No podía ser verdad. No podía ser Marie la que estaba ahí arriba. Y de serlo, ¿por qué había atravesado el continente para comprar la cafetera de este traficante de diamantes, de este estafador?

Dhjamal quiso gritar: «¡Marie, soy yo, Dhja! ¡Vete! ¡Este hombre no es el que crees, es Baba Rhoma, el que me hizo tanto daño! ¡El diablo en la tierra!». Pero no habría servido de nada. Antes de que ella reaccionase, el mayordomo más rápido del mundo habría llegado al salón y la habría apuntado con su pistola.

El escritor exploró, con sus dedos hábiles, sus ataduras. Tembló al

sentir la cuerda. Un dicho rajastaní decía: «El que ha sido mordido por una serpiente teme una cuerda toda su vida». Y era verdad.

Dhjamal superó su asco. La cuerda era lo bastante fina pero imposible de romper tirando de ella. Tampoco podía desatarla. Al contrario, con cada movimiento, se ceñía más y más sobre él. Nudo corredizo, pensó. Era el único que hacía la evasión imposible, incluso para un mago de su categoría, incluso para el gran Houdini.

Una estrella brilló a su lado en la moqueta y se dio cuenta de que era un diamante, sin duda el que tenía entre los dedos cuando le golpearon.

Con todas las precauciones del mundo, deslizó la mano y lo agarró con el dedo meñique. Con él, cortó despacio la cuerda que le apretaba las muñecas. Unos minutos más tarde estaba libre.

—Tiene razón, encontré un sector más rentable que las cafeteras —seguía la voz de Baba, entusiasta y falsa.

—¿Cuál?

—Es un secreto. Pero hablemos de negocios. ¿Cuánto me ofrece?

El exfaquir no oyó la respuesta. Marie había bajado la voz. O quizá había escrito la cantidad en una de sus tarjetas de visita. Sabía que los hombres de negocios importantes lo hacían así. Como si estuvieran siempre rodeados de micrófonos y orejas malintencionadas.

El clon de Karl Lagerfeld debió de tomarse la oferta muy en serio porque silbó de admiración.

El indio tuvo ganas de gritar: «¡Marie, estoy aquí, llama a la policía!», pero se contuvo de nuevo; no quería correr ningún riesgo. Por ella. Solo quería que Marie saliera de esa casa y se marchase. ¡Compra Nostresso y vete!, pensó. Solo estaría segura lejos de allí. Esperó, pero no oyó nada. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el barón no contestaba a su oferta? Aunque fuera con una risa desdeñosa y de superioridad. ¿Qué estaba ocurriendo?

Por el rabillo del ojo, vio al profesor gordinflón ocupado en observar un puñado de diamantes a través del microscopio, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor. Con meticulosidad, los seleccionaba según un criterio que solo él conocía.

Nuevos personajes en ese vødevil sueco

Ahora estás preparado para saber lo que se esconde tras esta puerta roja. De hecho, estoy impaciente por mostrártelo.

El maestro abrió y la habitación se llenó de luz. En el centro había un aparato.

—Esto es una cafetera —dijo Baba—. Pero no es una cafetera cualquiera. Esta máquina es capaz de elaborar un excelente café en unos segundos. Ideal para apaciguar a la gente más atareada. Por eso la llamé Nostresso.

—Oh.

—¿Ves?, aquí se pone la cápsula. Le das a este botón y el café cae en la taza.

—Parece magia verdadera.

—Es magia verdadera, Dhjamal. Jesucristo transformaba el agua en vino y yo convierto el agua en café. Este truco será la bomba dentro de diez años en Europa, ¡créeme! Cuando haya resuelto el problema de las cápsulas, claro…

Al salir, el niño le preguntó al maestro lo que le quemaba en los labios desde que habían entrado.

—Si hubiera estado en esta choza sin su autorización, ¿cómo lo habría sabido? Dijo que el mecanismo no se encontraba ni en el marco ni en el pomo. Por más que lo busque, no lo veo…

—Es fácil, no hay.

—¿No hay qué?

—Mecanismo, no tenía manera de saberlo.

—No entiendo.

—Era una mentira. Nunca lo habría sabido.

—¿Quiere decir que…?

—Sí —le cortó el maestro faquir agitando la cabeza—. Confié en ti.

Y Dhjamal consideró que era una bonita lección. Incluso si el hombre quería intimidarlo con sus amenazas, había confiado en él. Y se felicitaba por haber resistido a la tentación, a la curiosidad, y por no haberle decepcionado. Sí, es una bonita lección, pensó el niño. Incluso si uno teme por sus bienes, teme perderlo todo, está bien que confíe una vez en su vida.

Y eso acabó de convencer al niño de que, después de todo, el maestro no lo odiaba tanto como aparentaba. La inocencia de un niño era incorruptible.

Le había pasado algo malo a Marie. Por eso Dhjamal ya no la oía.

Gritó:

—¡Marie, vete!

El mayordomo se giró hacia él y le ordenó que se callara llevándose el dedo índice a los labios y levantando la pistola.

—¡Mariiiiiiie!

—¿Dhjamal? —preguntó Marie a su vez.

Él imaginó la mirada negra de Baba Rhoma clavándose en ella. «¿Qué? ¿Lo conoce?», diría. Y sería el fin de Marie.

Entonces, el indio, sabiendo que todo estaba perdido, se levantó como impulsado por un muelle y empujó con el hombro la pistola de Gottfrid, que cayó al suelo. Un disparo retumbó. Luego se precipitó hacia la puerta. El mayordomo más rápido del mundo tardó algo en darse cuenta de lo que estaba pasando, y cuando se lanzó detrás del indio, este ya había alcanzado el salón.

En ese mismo momento, o sea cuando se oyó un disparo que provenía de la villa que estaba vigilando, Mario Palourdsson, primo gitano sueco de Gustave Palourde, cogió el bate de béisbol que guardaba siempre en la guantera (los Volvo tienen guanteras inmensas) y salió del vehículo.

Cuando entró en el salón, Dhjamal cayó sobre varias personas. Baba, Marie y alguien a quien nunca había visto pero que se parecía mucho a su amigo Gustave Palourde, como dos gotas de sangría. Este apuntaba con su bate de béisbol en dirección al exmaestro faquir que, a su vez, agarraba a Marie por el cuello. Puede parecer tonto, pero la primera cosa en la que pensó Dhjamal fue en que era el único que llevaba esas ridículas pantuflas de rizo. Y pasó vergüenza.

—Bonito jersey, Dhja —dijo Marie en francés entre dos hipos, con el cuello apresado por los finos dedos del barón.

—Es mi mujer la que…

Se percató de lo absurdo de sus palabras. Marie sabía perfectamente quién había tejido ese jersey para él.

—¡Basta ya de charlatanería de comedores de ranas! —exclamó Baba —. ¿Y usted quién es? —espetó al que le amenazaba con el bate.

—Mario Palourdsson, chófer de Taxis Gitanos VIP Estocolmo —contestó en sueco. Y luego se dirigió a Dhjamal en inglés—: Soy el primo de Gustave. Me dijo que te protegiera.

Y levantó su bate guiñando el ojo. El derecho. Por desgracia, el mismo que Gustave le había dicho que mantuviera abierto.

Bueno, parece que para protegerme tendré que confiar solo en mí mismo, pensó Dhjamal cuando vio la sombra del mayordomo más rápido del mundo deslizarse por detrás del chófer y darle con la empuñadura de la pistola. No pase por la casilla de Salida, no gane doscientos euros y váyase directo a los brazos de Morfeo.

Para un faquir, predecir cuál sería el sexo del futuro hijo de una mujer embarazada era, nunca mejor dicho, un juego de niños.

Para eso, Baba Rhoma había elaborado un método infalible que le había permitido aumentar, de manera considerable, su reputación de adivino y la cifra de su cuenta bancaria.

Estaba tan seguro de sus poderes que se comprometía a reembolsar a la familia el precio de la consulta si se equivocaba, además de una cantidad extra de dinero. Ponía la mano en la barriga de la futura mamá y anunciaba si sería niño o niña. Después, sacaba del cajón un gran cuaderno donde escribía con lápiz lo que acababa de anunciar y pedía a los padres que firmaran debajo. Una vez salía la pareja, el listillo del faquir borraba su predicción, apuntaba exactamente lo contrario con bolígrafo indeleble, guardaba el cuaderno y se olvidaba del asunto.

Cuando nacía la criatura, si los padres veían que se había equivocado, volvían para meterle debajo de la nariz la entrepierna de su bebé y reclamarle por su error.

—¡Mire eso! ¿Le parece que es una chica? —exclamaban señalando el apéndice delator.

—No, ¡por lo que se ve, es un chico! —bromeaba Baba—. Es lo que les anuncié.

—¡Nos dijo que iba a ser una niña! —escupían los padres, fuera de sí —. ¿Quién fregará en casa? ¿Quién pasará la aspiradora?

—Imposible, nunca me equivoco —afirmaba Baba, seguro de sí mismo—. Bueno, y aunque sea un chico, podrán enseñarle a fregar y pasar la aspiradora, ¿no?

El charlatán abría el cajón, sacaba el cuaderno, lo hojeaba con tranquilidad y levantaba los ojos hacia sus clientes con una pequeña

sonrisa de satisfacción.

—Es lo que les dije, miren, les anuncié un chico.

Se lo mostraba y esperaba su reacción. Era su momento preferido. Experimentaba un placer inmenso observando la cara de los padres descomponerse cuando leían el registro, con su firma y la fecha, y comprobaban que se habían equivocado, que lo habían entendido mal. Generalmente, empezaban por balbucear excusas, por ruborizarse de vergüenza. Acababan por pedir perdón. Ese era el segundo momento preferido del faquir. Luego se iban, decepcionados, con el rabo entre las piernas. Sobre todo entre las piernas del bebé.

—Pues le enseñaremos a fregar los platos —decía el papá, resignado.

Y el maestro se frotaba las manos, feliz de poder luchar a su manera contra los estereotipos sexistas y restablecer un poco de justicia en este mundo, antes de ir a desahogarse apaleando a su joven aprendiz.

Parece conocer bien al gusano de Dhjamal —dijo el barón a Marie.

Relajó su mano estranguladora para escuchar su respuesta.

—Es mi marido.

—¿Su marido? —gritó el falso sueco. Y le sacudió una risa nerviosa.

—¡Suéltala, Baba! —exclamó Dhjamal en la lengua de *okh*.

Para sorpresa del indio, Baba hizo lo que le decía.

—Después de todo, no tengo nada que temer de la mujer de un faquir de pacotilla —dijo.

Además, Gottfrid los apuntaba con su pistola.

Marie aflojó el nudo de su corbata y recobró el aliento.

—El señor con el que estabas a punto de hacer negocios es mi antiguo maestro faquir, Baba Rhoma.

Los ojos de la francesa se abrieron como platos. Le echó una mirada llena de desdén y asco.

—Pensaba que terminaría sus días en la cárcel.

Entonces, el antiguo maestro contó toda la historia. Desde aquella mañana en la que el joven Dhjamal lo abandonó después de la serie de crímenes ocurridos en Shishke Babh y, acompañado por su primo Jamlidanup, fue a denunciarlo a la comisaría. El niño había llevado su propia investigación en paralelo a la policía. Sobre el primer homicidio, el de Hussein Al-Kakawuett, con el que empezó todo, la clave estaba en las huellas. La ventaja de las sandalias del número 45-46 era que podía ponérselas alguien que tuviera los pies más pequeños, como Baba, que calzaba un 41. Varias cosas le habían puesto la mosca detrás de la oreja. Primero, el móvil. Hussein Al-Kakawuett era la competencia que había que eliminar. Después, cuando fueron a la escena del crimen de noche, el maestro conocía perfectamente el camino. Luego su insistencia en querer que la pobre Haymooscas pareciera culpable. Sus

ausencias en el momento de los crímenes, sus pretextos tan grandes como elefantes. Le había dado pistas falsas que lo alejaban de él. Pero Baba era el asesino. Un asesino en serie. Dhjamal se mantuvo callado hasta entonces porque no quería causarle problemas; era su maestro al fin y al cabo. Pero cuando quiso arrebatarle todo, a mamá Sihringh y a él, cuando sacó su contrato y le pidió que firmara haciéndole creer que se trataba del «Estatuto del buen faquir», entonces no tuvo elección. Podía soportar que le hiciera daño a él, pero no a su madre. Baba Rhoma fue condenado a afeitarse el bigote. Y a mil doscientos años de cárcel. En la India, las penas eran acumulables… Pero de los mil doscientos años no había cumplido ni la mitad, ni la milésima parte. Mientras estuvo encerrado aprovechó para desarrollar su invento. En su celda tuvo tiempo de perfeccionar su cafetera. Se convirtió en el patrocinador oficial del equipo de críquet penitenciario. Incluso los guardias estaban locos por su café. Toda una hazaña en un país donde el *chai*, el té, es la bebida número uno. Además, en la cárcel se podían hacer negocios con otros chorizos. Banqueros, inversores, jugadores de fútbol. Encontró a las personas adecuadas en el momento adecuado, y las engañó con su discurso de faquir. En breve, le otorgaron una reducción de pena por buen comportamiento y por desarrollar su nueva empresa. En la India, se creía en la reinserción social. Su pasado estaba muy marcado allí, así que se marchó lejos. Lo más lejos posible. A Suecia. Y cambió de identidad.

—¿Y de dónde viene ese nombre impronunciable? —preguntó Marie.

—¿Shrinkshrankshrunk? Abrí un libro de conjugación inglesa y puse el dedo al azar.

—Dhjamal me lo ha contado todo sobre usted. Todo el daño que le causó.

—¿Y todo el bien también? —añadió el barón con una sonrisa lasciva.

—Cariño, todavía no conoces la nueva actividad profesional de este señor. El sótano está lleno de cápsulas de café repletas de diamantes que viajarán en camiones hasta Rusia.

—Dhja, tú ya lo sabes lo pobre que fui, y ahora tengo la satisfacción

de ganar millones. Gracias a una idea.

—A mí me ha pasado lo mismo, pero sin tener que hacer las maldades que tú haces.

—Ahora entiendo por qué Nostresso vende sus acciones. ¿Va a dedicarse al tráfico de diamantes? Supongo que da mucho más dinero que las cafeteras.

—El mal siempre da más dinero que el bien, lo ilegal que lo legal —contestó Baba encogiéndose de hombros con gran afectación—. No fui yo el que inventó este mundo. En fin, ahora que acabas de poner a tu señora al corriente de mi negocio, tendré que eliminarla también a ella —añadió con gesto teatral.

Dhjamal estaba un poco molesto porque, en las películas, los villanos se deleitaban contando su plan maquiavélico, mientras el héroe se las veía con un potente rayo láser a punto de cortarlo en dos.

—Es triste —prosiguió—, nunca tendréis hijos… Os hubiera predicho el sexo de…

—¡Déjalo, conozco el truco del lápiz, Baba!

—Pero será un placer eliminaros a ambos… Dhjamal, hace más de treinta años que espero este momento… Desde que me mandaste a la cárcel. El momento de la venganza ha llegado. Como en esa novela, *El Conde de Montekrishna*.

—Es Montecristo —corrigió Marie.

Baba le pidió el arma a Gottfrid y los apuntó a su vez.

—Volverás a la cárcel, Baba, créeme —predijo Dhjamal.

—¡Venga, cállate y sal!

Salieron de la casa, atravesaron el jardín y se dirigieron hacia el garaje. El barón se percató de que la cancela estaba abierta y de que había un coche negro aparcado delante. El dueño del coche no se había tomado la molestia, o quizá no tuvo tiempo, de cerrar la puerta tras él.

Sin duda el coche del gordo gitano, pensó. Y una idea le cruzó la mente.

Se acercó y abrió el maletero.

—Meteos ahí dentro —dijo a Marie empujándola con el cañón de la pistola.

La francesa se tumbó en el espacioso maletero del Volvo.

—Dhjamal, ha llegado la hora de que mueras y te reencarnes en un miserable gusano. Lo que siempre has sido.

Amartilló el arma.

En las películas, en ese momento solía ocurrir algo que daba la oportunidad al héroe de salvar el pellejo antes de que el láser le partiera por la mitad. Un *Deus ex machina*. Y ocurrió. En el preciso instante en que el barón Shrinkshrankshrunk iba a disparar, un enano apareció de la nada, concretamente del interior del maletero, dio una patada a la mano del indio sueco, cerró el maletero por dentro, se deslizó hacia el asiento del conductor y arrancó antes de que nadie pudiera reaccionar.

—Sigbritt, ¿acabas de ver lo que yo, un enano en el maletero? —preguntó Baba, estupefacto.

El mayordomo asintió con la cabeza, incrédulo, sin notar el error en su nombre. Ya estaba acostumbrado.

El enano ejecutó un derrape, el coche aceleró y desapareció por la esquina de la calle.

—No se dice «enano», sino «persona de baja estatura» —corrigió Dhjamal.

Esos gitanos eran verdaderos genios. Pero los faquires tampoco estaban mal. Aprovechando la sorpresa general, el escritor se agachó para recoger la pistola y apuntó a los dos suecos con una sonrisa triunfal.

Dhjamal había imaginado y temido muchas veces el momento en que volvería a encontrarse con Baba. Un momento más que improbable ya que su antiguo maestro había sido condenado a mil doscientos años de cárcel en la India. Y ahora, el destino burlón los había juntado. Sí, Dhjamal había imaginado muchas veces ese momento, aunque el niño que fue se había vuelto fuerte y el joven maestro ya era un anciano débil. Era ley de vida. Baba no conocía ese refrán chino, porque no estaba sacado de ningún calendario de Correos: «No te vengues, siéntate en la orilla del río y verás el cadáver de tu enemigo pasar». Y eso era lo que el escritor había hecho.

Ahora quería que pagara. No por venganza, no, ni por amor propio, sino porque era lo suyo. Porque era justo. Lo que no te mata te hace más fuerte, se había repetido a sí mismo. Baba y el tiempo lo habían vuelto más fuerte, y ahí estaba, apuntando con una pistola al hombre que le había robado su juventud.

Ya está, Vishnu le regalaba una oportunidad. Apretó la empuñadura de la pistola.

Al mirar esa boca de labios finos, volvía a ver esa lengua buscando la suya, ese aliento caliente, masculino, imponente. Al mirar esas manos arrugadas y manchadas, volvía a ver esos dedos deslizándose sobre su torso, entre sus piernas, explorando cada centímetro de su piel, forzando su inocencia, su pureza.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Solo tengo que apretar el gatillo y todo habrá acabado.

Todo habrá acabado. Pero no borrará lo que pasó. No, nada borrará nunca lo que pasó.

Sintió que la sangre le latía con fuerza en el dedo índice, apoyado en el frío metal. Sin duda le darían una medalla por haber salvado al

mundo de semejante escoria. Su dedo rodeó el gatillo.

«No eres como él, Dhja», dijo una voz surgida de la nada.

Por el rabillo del ojo, Dhjamal vio que no había nadie más que ellos tres.

«No eres como él, Dhja», repitió la voz.

Y se acordó de las palabras de su madre, Sihringh, cuando un niño que solía burlarse de él en el barrio, un día apareció con los dos brazos escayolados. Se miraron como en un duelo del Oeste y Dhjamal, que hubiera podido aprovecharse de que el niño estaba indefenso, solo le disparó un «Hola, ¿qué tal?». El otro se extrañó de no ser víctima de sus insultos. Así nació entre ellos una amistad duradera. Sí, un hombre poderoso era el que, teniendo el poder, escogía no usarlo, le había dicho su madre. Hoy, Dhjamal tenía el poder de matar a Baba, pero la máxima expresión de poder era, justamente, dejarle con vida.

«Deja que actúe la justicia de los hombres.»

La voz tenía razón, Baba no saldría nunca de la cárcel. Nunca. Ahora sí pasaría el resto de sus días detrás de los barrotes, reflexionando sobre el daño que había ocasionado, haciendo flexiones o leyendo revistas, poco importaba. Pagaría con su libertad. La muerte sería la libertad para él.

—Las venganzas tardías no tienen el sabor que uno imagina —dijo Dhjamal—, porque están podridas. Y tú te pudrirás en la cárcel.

Levantó la pistola y, con un movimiento del cañón, les ordenó que avanzaran hacia la casa.

El silencio había invadido la lujosa villa. Mario yacía en el suelo, parecía dormir plácidamente, con los zapatos puestos (¡qué falta de educación!). Sin apartar el cañón de los dos suecos, Dhjamal se agachó y acercó la cara a la del conductor de taxi. Seguía respirando.

—¿Qué vas a hacer, Dhja? —preguntó Baba—. ¿Llamar a la policía? ¿Y qué les dirás? Aquí soy un hombre poderoso. Es tu palabra contra la mía. Mírate. ¿Crees que te tomarán en serio?

¿Acaso se refería a su jersey de Navidad?

—Es mi palabra, la de Mario y la de Marie contra la tuya. Y los cartones llenos de cápsulas con diamantes que escondes en tu sótano. No voy a llamar a la policía, la vamos a esperar tranquilamente. Porque Marie ya habrá dado aviso. Estarán de camino.

—Ya veo —dijo el hombre, que no parecía creerse esa historia.

El escritor se estaba levantando cuando notó que algo había cambiado desde que salieron del salón para ir al coche. No sabía qué. Pero no era el momento de jugar a las siete diferencias. Sí, algo faltaba.

Baba lo miraba con una sonrisa enigmática. A Dhjamal no le gustaba eso. Ese aire de superioridad. Uno no tiene aire de superioridad cuando lo apuntan con una pistola. No, Baba sabía algo que él no sabía. Tenía la respuesta a lo que buscaba Dhjamal.

Cuando por fin se dio cuenta, ya era tarde.

El bate de béisbol, sí, eso era lo que faltaba. Y no tardó en verlo llegar. Sobre él. Lanzado a toda velocidad.

Corre!»

La inteligencia consistía en tomar la decisión adecuada en el momento adecuado.

«¡Corre!»

El gordo brasileño con sombrero y traje blanco blandía el bate de béisbol de Mario dispuesto pegar de nuevo, satisfecho de haber acertado la primera vez en los metacarpianos de Dhjamal.

Un clac sonoro había retumbado en el salón cuando la pistola salió propulsada en dirección a Baba y su mayordomo. Dhjamal no esperaría a saber si uno de los dos la había recuperado. Sabía que, si caía en manos de su antiguo maestro, este no dudaría un segundo en usarla contra él. Lo había demostrado antes. De no ser por el «enano de maletero» de Mario ya no estaría vivo. Y Marie tampoco.

«¡Corre!»

Nunca había aprendido a jugar al béisbol, pero el críquet que practicaban en la India se parecía bastante, y por otra parte hay cosas que uno sabe cuando el miedo le retuerce el vientre y no tiene elección. Entonces se puso a correr como un jugador de críquet. Atravesó el salón deslizándose sobre la suela de sus pantuflas de rizo y se escapó por una de las cristaleras que daban al jardín.

Se encontró en un inmenso jardín soleado y muy cuidado. Detrás de él se erigía la inmensa casa, tan suntuosa como el palacio de *Las mil y una noches*.

Sacó el grueso ejemplar de *Lo que el viento se llevó* del bolsillo trasero de su pantalón porque le molestaba para correr y se lo puso sobre el vientre, sujeto con el cinturón. El calor del libro lo reconfortó enseguida. Se precipitó hacia el bosque que se abría delante de él evitando salirse del camino de grandes piedras blancas que discurría

por el jardín (no se pueden borrar cuarenta años de prohibición de pisar el césped en unos segundos, aunque fueran los últimos de su vida).

Rodeó los enanitos de jardín preguntándose si había que llamarlos «personas de baja estatura de jardín», luego atravesó una pista de tenis, se agachó para recoger una pelota y continuó su carrera. Pronto llegó a la entrada del bosque y se adentró sin dudarlo ni un segundo. Se creía a salvo e ignoraba lo que se estaba tramando unos cincuenta metros detrás de él.

—Ve a coger mi escopeta, Sigbritt —dijo Baba cuando se recuperó—. Hoy en día, en los bosques escandinavos no es raro tener un accidente de caza. No sé si entiendes lo que quiero decir…

—Lo entiendo perfectamente, señor, pero me llamo Gottfrid.

Dhjamal se detuvo para arrancar unas moras de los arbustos que le salieron al paso. No porque de pronto tuviera hambre: las necesitaba para ejecutar el plan que estaba ideando por si acaso, un plan B que esperaba que siguiera siendo un plan B. Echó a correr de nuevo.

Un disparo resonó a unos metros de él, haciendo añicos el tronco de un árbol. Luego, otro le pasó rozando. Una lluvia de corteza y madera cayó sobre él. Se dio cuenta de que estaba en una zona de caza. Y de que se había convertido en la presa. Sí que iba a necesitar el plan B.

Sin aliento, dejó de correr y se refugió de los disparos detrás de un árbol.

Su corazón y sus sienes latían al ritmo de la música de Bollywood. Miró sus manos temblorosas. En una tenía la pelota de tenis; en la otra, las moras. Bueno, pues adelante con el plan B.

—Ahora puedo morir tranquilo —dijo.

Nunca mejor dicho, porque en ese preciso instante recibió un tiro de escopeta en pleno vientre y cayó al suelo.

El hombre que un día fue Dhjamal Mekhan Dooyeghas ahora solo era un cuerpo inerte… la boca abierta, la cabeza desnuda, la nuca bañada en el fresco berro azul, duerme; está tendido en la hierba, bajo la única nube, pálido en su lecho verde donde llueve la luz.[6]

Sobre él, erguido y orgulloso como un colono británico, Baba Rhoma, alias el barón Gustaf Shrinkshrankshrunk, observaba con desdén el cadáver que yacía a sus pies, el trofeo de una caza que juzgaba demasiado breve para su gusto.

Ya está, el joven indio estaba muerto.

Por fin.

La venganza es un plato que se sirve frío, pensó. Por eso sabía mejor en Suecia que en la India.

—Creí que había errado el tiro —dijo a Gottfrid sin falsa modestia, porque estaba convencido de que no había dado en la diana.

—Es usted demasiado humilde, señor. Le ha dado en pleno vientre —dijo señalando el agujero humeante en el horrible jersey de lana rojo, justo en el ojo del reno—. No ha perdido nada de su habilidad.

—Y eso que normalmente disparo a patos de barro. ¿Está muerto?

—Eso creo.

El mayordomo se agachó y buscó el pulso del indio.

—Muy muerto.

—Nunca se está lo bastante seguro —dijo Baba, y una sonrisa glacial iluminó su cara.

Diciendo esto, volvió a cargar la escopeta y apuntó al cuerpo inerte.

—¡No, señor! —exclamó el otro—. Tiene que parecer un accidente. Si le dispara a quemarropa, por segunda vez, la policía se hará preguntas.

—¿La policía? ¿Qué te hace pensar que encontrarán el cuerpo? —preguntó Baba sin dejar de sonreír.

—Reconozco cuando tiene una idea horrible en la cabeza. Tiene una, ¿verdad?

—Siempre tengo una idea horrible en la cabeza, Sigbritt.

—Gottfrid.

—Quítale las pantuflas. Servirán para otro invitado.

El mayordomo le quitó a Dhjamal las zapatillas de rizo.

Y los dos hombres volvieron a la casa, con la escopeta plegada en el codo, charlando como dos amigos que regresan de caza un domingo y dejando tras ellos el cadáver de un pobre animal con un agujero en el vientre y algún otro en los calcetines.

Morir y resucitar… El sueño de todos.

El maestro cerró los ojos para ilustrar sus palabras y enseguida los abrió de nuevo.

—En un santiamén, morir y volver a vivir.

Juzgó el efecto de sus palabras en su joven aprendiz.

—Seguro que te recuerda a alguien. La desaparición de la tumba. La resurrección.

Dhjamal dijo que no con la cabeza.

—¿No? Un tal Jesucristo. A él le debemos todo. Fue él quien inventó el truco de la transformación del agua en vino, la multiplicación de los panes y los peces, el caminar sobre el agua, el *look* hippy. El primer faquir de la historia. Acabó clavado en una cruz. Pero ese último truco no le trajo suerte.

—¿Como Hussein Al-Kakawuett?

—Un poco sí. Bueno, hoy vamos a ver cómo morir y resucitar a voluntad.

El maestro se remangó la túnica sin dudar, desvelando sus quemaduras, y ofreció su muñeca al niño.

—Pon dos dedos aquí. ¿Sientes mi pulso?

—Sí, maestro —dijo el niño al cabo de unos segundos, en cuanto detectó la menor señal de vida en la muñeca del maestro.

—¡Eso demuestra que tengo corazón! —exclamó el otro con una sonrisa—. Bueno, ahora presta atención.

Cerró los ojos y simuló una honda y dolorosa concentración. Un segundo después, el pulso del maestro faquir desaparecía por completo.

Su discípulo desplazó los dedos unos centímetros, pero no encontró nada. Nada. Dhjamal se asustó. Soltó la muñeca de Baba y lo sacudió con fuerza, creyendo que estaba muerto. El niño había deseado a

menudo la muerte de ese hombre cruel, y ahora que había ocurrido, se sentía abandonado.

No había terminado su formación, tenía tantas cosas que aprender. Empezó a llorar, su cuerpo tembló un poco y cálidas lágrimas saladas rodaron hasta sus labios. Solo era un niño de nueve años delante de la muerte.

De repente, los ojos de Baba se abrieron.

—Pensabas que te habías librado de mí, ¿verdad?

—¡Maestro! —exclamó el niño, estupefacto y al mismo tiempo aliviado—. Estaba muerto y ahora ha vuelto a la vida.

—¡Como te prometí!

Dhjamal secó sus mejillas con el reverso de la mano. Y antes de que hiciera las mil preguntas que le quemaban en la lengua sobre el más allá (¿Qué ocurría cuando uno moría? ¿Veía pasar ante sus ojos la película de su vida? ¿Recorría un túnel con una luz al final? ¿Existían los dioses? ¿Los ángeles? ¿Monos burlones montados sobre vacas sagradas? ¿Era el principio de una nueva vida? ¿Y la reencarnación? ¿Se reencontraba uno con los seres queridos? En ese caso, le gustaría tanto encontrarse con la madre que no había conocido, decirle que había pensado en ella cada día de su vida, aunque quisiera a Sihringh), el maestro le detuvo con la mano.

—Un milagro, ¿verdad? ¡Pues no! ¡Mil veces no! Si mi abuela no estuviera recogiendo grosellas en su jardín para hacerme una tarta, ya estaría practicando este ejercicio, morir y resucitar, para burlarse un poco de la joven pareja que le acaba de comprar su casa en la sierra a cambio de una paga vitalicia.

—¡Qué manía con hablar siempre de su abuela!

—En vez de preguntarte cómo he podido morir y resucitar, hazte la verdadera pregunta: cómo puedo controlar mi pulso.

Y le soltó una lección de anatomía y biología.

—El pulso es la percepción del flujo sanguíneo bombeado por el corazón. Por lo general se detecta palpando la arteria radial situada en la muñeca. Si la presencia de pulso en un sujeto demuestra de manera infalible que está vivo, lo contrario no es cierto. Uno puede estar vivo y

no tener pulso.

Con la mano derecha, hurgó en el interior de su túnica, bajo la axila, y sacó una pelota de tenis. Explicó a su aprendiz que bastaba con apretar fuerte el brazo contra el costado, donde había colocado la pelota, para que esta presionara la arteria axilar e interrumpiera el flujo de sangre en esa parte del cuerpo. El pulso desaparecía entonces, como por arte de magia, haciendo que la gente pensara que el faquir estaba muerto.

—Lo más complicado de este truco es encontrar la pelota de tenis —dijo el hombre—. Escasean en estos lares rajastanís donde predomina el críquet.

Cuando Djhamal abrió los ojos, tomó conciencia con estupor de tres cosas.

Primero, seguía vivo ya que veía las ramas de los árboles encima de él y olía el olor de la hierba sobre la que yacía. Segundo, los hombres se habían ido; y con ellos, el peligro. Tercero, le habían quitado las pantuflas de rizo. Una pena, porque se había acostumbrado a ellas y ahora tendría que seguir su aventura en calcetines. Con esos horribles agujeros.

Se llevó la mano al estómago, que le quemaba, y palpó el ejemplar de *Lo que el viento se llevó*. Lo sacó de debajo de su jersey agujereado y lo miró con interés. La bala, aplastada por el impacto, había sido frenada por las novecientas páginas de la novela que le había salvado la vida.

Acarició el trozo de proyectil que había acabado en medio del capítulo XXXII en la palabra *zasłony*, cuyo significado ignoraba. Repitió esa palabra como una oración. O más bien una bendición. *Zasłony*. Se le antojó una palabra melodiosa, poética. Esta palabra me ha salvado, se dijo. Y entonces la alabó.

Luego retiró la pelota de tenis que tenía bajo la axila.

Baba, engañado por el truco que él mismo le había enseñado… Dhjamal no se lo podía creer.

Una pelota de tenis para detener el pulso y unas moras aplastadas con la mano para simular una herida, no había hecho falta más para convencer a los dos suecos. El discípulo había vencido al maestro.

Cuando solo se oía el soplo del viento en las ramas, el exfaquir se levantó y se sacudió los pantalones. Entonces distinguió un ruido de motor y voces de hombres. Vuelven para acabar su trabajo, pensó. Presa del pánico, buscó en qué dirección huir pero ya era tarde. Las voces estaban a unos pocos metros.

Solo le quedaba morirse de nuevo.

Se volvió a colocar la pelota de tenis bajo la axila y el ejemplar de *Lo que el viento se llevó* en el bolsillo trasero, y se tumbó en la hierba, con los ojos cerrados y la boca abierta.

En Escandinavia, donde la novela policíaca reinaba en el ámbito literario, los policías y la gente en general tenían la mala costumbre de ver asesinatos por todas partes. Y ese maldito Jo Nesbø no había mejorado las cosas.

Había que hacer desaparecer el cuerpo, no había más alternativa. Sin cuerpo, no había crimen.

Cogieron a Dhjamal por los tobillos y las muñecas y lo levantaron del suelo. En esa posición, la pelota no tardó en caerse de su axila, deslizarse bajo el jersey y rodar por la hierba.

—Mira, una pelota de tenis —dijo una voz que el indio identificó como la del cocinero, aunque no entendió las palabras—. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—A veces tengo la impresión de que esas pelotas están vivas —contestó el mayordomo—. ¡El otro día encontré una bajo mi cama!

—¿Tan mal juega el jefe?

—Peor que mal. Pero no lo sabe. Siempre le dejo ganar.

Y se rieron antes de lanzar el cuerpo a la parte trasera del cochecito de golf.

—¡Por Andhrimnir![7]

—¿Qué?

—Es como si me estuviera mirando.

—¿Quién, Ingemar? ¡Tiene los ojos cerrados!

—¡El reno! En su horrible jersey. Tengo la impresión de que me está mirando.

El barón los esperaba delante de la cristalera del salón por donde Dhjamal había huido antes.

—¿Cómo quiere que nos deshagamos del cuerpo, señor? —preguntó el mayordomo—. ¿Desea que lo enterremos en el bosque?

—¡No! ¡No quiero a este miserable en mi bosque! Lleváoslo lejos de aquí o echadlo al mar, pero que no lo encuentren nunca.

Se dio la vuelta y miró dentro del salón.

—Esta cómoda será perfecta —observó señalando la Shmörboll que había examinado el escritor—. Será su ataúd.

—Muy buena idea, señor —dijo el mayordomo.

—Excelente idea, de hecho —puntualizó Baba—. Y se me acaba de ocurrir algo. No entiendo por qué Ikea nunca pensó en esto: ataúdes baratos en kit que podría montar uno mismo.

—Antes de morir, claro… —completó Gottfrid.

—Antes de morir, claro.

Y soltaron una carcajada.

Dhjamal oyó golpes de martillos, y como no había entendido una sola palabra de su conversación y se encontraba en posición horizontal, lo que aumentó la sensación de claustrofobia, creyó que estaban clavando la tapa de lo que parecía ser un ataúd.

Tuvo miedo. Porque no quería morir. Morir así. En la oscuridad, asfixiado, lejos de la mujer a la que amaba, sin que ni siquiera supiese lo que le había ocurrido. Estuvo a punto de dar golpes en la tapa para que vieran que seguía vivo, incluso corriendo el riesgo de que lo «volvieran a matar». Pero así no. Quiso gritar, pero se contuvo. Esperó. Hasta entonces tenía ventaja sobre sus enemigos. Lo creían muerto. Y no lo estaba. De momento. Quizá se le presentara la ocasión de salvar la vida. Se acordó de Jesucristo que, según Baba, había salido de su tumba a los tres días. También recordó su estancia en el armario de Ikea, en el camión que lo llevaba a Londres, una noche de verano, y la bonita sorpresa de encontrar a Mohamed y sus amigos sudaneses. Sí, seguramente el destino, y Vishnu, le reservaba una bonita sorpresa.

Respiró hondo.

Todo es cuestión de voluntad, se dijo. No grites, no des golpes. No te muevas. Hazte el muerto.

Pero no demasiado, ¿eh?

El mayordomo y el cocinero transportaron la cómoda a varios kilómetros de la lujosa vivienda, hasta la pequeña ciudad costera de Saltsjöbaden, una localidad turística de Nacka, en el condado de Estocolmo. Comprobaron que nadie los veía, sacaron el mueble de la furgoneta y lo llevaron como si fuera una camilla hasta la orilla. Luego lo mecieron como un péndulo. *Ett, två*, contaron, y a *tre!*, lo soltaron.

Rezaron unos segundos, se cercioraron de que la caja de aglomerado se hundía en las aguas heladas del mar Báltico y se volvieron a la furgoneta dando a nuestro héroe por muerto, bajo la mirada de una anciana que acababa de apoyarse en su ventana y que estaba pensando que era una pena tirar una Shmörboll tan bonita.

El faquir se hace navegante en solitario (en Shmörboll)

Aunque no estuvieran destinados a usarse como embarcación y no hubieran sido diseñados por ingenieros náuticos, los muebles de aglomerado de la famosa marca sueca tenían la particularidad, incluso cuando contenían un cuerpo, de flotar.

Así que, en cuanto los dos suecos volvieron a la furgoneta y abandonaron el lugar del crimen, la cómoda, que seguía alejándose de la costa, emergió a la superficie rodeada de burbujas. Con una patada, Dhjamal rompió el fondo, buceó y también emergió a la superficie. Luego se agarró a la cómoda como Kate Winslet a una tabla del *Titanic*. Bendijo a sus enemigos por haber escogido, a modo de cárcel, un producto local en lugar de una pesada cómoda normanda importada, porque se hubiera hundido enseguida arrastrándolo con ella al fondo y hacia una muerte segura.

Lo mejor hubiera sido nadar hasta la orilla antes de que la embarcación lo alejara demasiado, pero no sabía nadar. Y el indio miró, impotente, cómo la tierra desaparecía a la vez que el sol, que empezaba a ocultarse.

Inspiró y espiró varias veces para dominar ese miedo y ese asco que le asaltaban cada vez que entraba en contacto con agua. Arrastraba el trauma desde su primera y última lección con Baba, cuando intentó ahogarle, y pagaría un alto precio por ello toda su vida.

Aunque era verano, el agua estaba helada, y más aún para un pobre rajastaní como él, incluso con su jersey de Navidad. Empezó a tiritar. No aguantaría mucho tiempo. Se puso a pensar en la hipotermia. ¡Se podía ser faquir e hipocondríaco a la vez!

Entonces se le ocurrió poner la cómoda boca abajo. Agarró dos patas,

empleó toda su fuerza y giró el mueble. Se situó encima, juntó las manos y achicó el agua que había en el fondo, mientras su barco, que carecía de mástil, seguía alejándose lentamente de la orilla.

Vio que unos valientes peces lo acompañaban nadando en la superficie y saltando contra el flanco de la cómoda como si fueran delfines. Quizá sintieran que no representaba ninguna amenaza para ellos.

Volvió a pensar en los asesinos que lo habían tirado al agua y, aunque se estuviera alejando de la costa, tuvo la impresión de estar a salvo.

Se quitó los pantalones y el jersey, que pesaba el doble, y los puso a secar en las patas de la cómoda como si fuera la bandera de un país lejano y desconocido. Hizo lo mismo con *Lo que el viento se llevó*, cuyas páginas estaban empapadas.

Solo tenía que inclinarse, meter la cabeza bajo el agua y abrir los ojos para ver todas las maravillas del mar Báltico. Tal que un Capitán Nemo en su *Nautilus* de aglomerado, exploró, impotente, el fondo marino intentando adivinar el destino hacia el que las aguas heladas lo llevaban.

No lo sabía, porque ignoraba todo sobre la geografía de aquel lugar, pero delante de él se extendían millares de islas habitadas y desiertas que formaban los famosos y espléndidos archipiélagos suecos. Rocas y más rocas desnudas y trampas que, a lo largo de la historia, habían hundido miles de barcos y se habían llevado la vida de tantos hombres…

Había anochecido por completo y la luna, que se había invitado al viaje como un polizón, era su única compañía. Avanzaba lentamente sobre las aguas como un navegante solitario.

Pensaba en Marie. Espero que crea que sigo vivo. Temía que le pasara lo que a Tom Hanks en *Náufrago*, que, después de pasarse años en una isla desierta tras haber naufragado, volvía a Estados Unidos para enterarse de que, durante su ausencia, su mujer se había casado con otro…

¡Qué horror! Pero sabía que Marie confiaba en él: había salido de apuros mucho más desesperados y ella siempre lo había esperado. Levantó la cabeza hacia el cielo. Ojalá estuviera con él allí para admirar ese espectáculo, acurrucada contra él, con su pelo fino y suave en su hombro. Millares de estrellas, como diamantes, le guiñaban el ojo para que no se sintiera solo y se reflejaban en la superficie lisa y negra del agua. *Shine bright like a diamond.*

¿Dónde está la Osa Mayor?, se preguntó. ¿Y la Estrella Polar? De todas maneras, si lo hubiera sabido, ¿qué habría podido hacer? Nada. No podía cambiar el rumbo de su barco. Las aguas de Suecia estaban demasiado limpias para poder sacar una botella de plástico u otro desperdicio y usarlo como mástil o remo. ¡Malditos ecologistas!

Se dejó guiar por la corriente del destino y, confiando en el ojo protector de Vishnu, pero sobre todo en el de Ganesh, «el dios que suprime los obstáculos», se calmó e intentó disfrutar de la travesía. Después de todo, muchos turistas procedentes del mundo entero pagaban por eso.

La tregua no duró mucho. Se puso a tiritar otra vez. Con el sol, se había ido el poco calor que aún quedaba. Así que cogió las páginas que se habían arrancado de su ejemplar de *Lo que el viento se llevó* y que

estaban secas y se cubrió el pecho con ellas. Si hubiera sido fumador, tendría un mechero con el que encender un pequeño fuego. Pero no fumaba. Uno tenía que escoger su muerte. De cáncer o de frío.

En la calle, había visto a menudo que los vagabundos se metían papel debajo de la ropa para calentarse. Sintió una ligera mejoría. Y volvió a la lectura que había abandonado en el avión. Había que ver el lado bueno de las cosas. Ninguna azafata iría a molestarle para venderle cigarrillos. Una lástima, porque hubiera podido comprar un mechero.

Nunca había leído en polaco y no tenía ni idea de cómo se pronunciaba, pero se inventó una fonética que le ayudó a pasar el tiempo. Así, cuando terminó el capítulo III, se durmió soñando con Escarlata O'Hara con el rostro de Marie.

Cuando Dhjamal volvió a abrir los ojos, la pálida luz del alba iluminaba el paisaje marítimo y una fina niebla flotaba sobre el agua como una nube que se hubiera descolgado del cielo.

Su vientre hizo ruido. Tenía la costumbre de comer bastante y no había ingerido nada desde los sándwiches club del avión. Echó una mirada al agua en busca de su desayuno.

Ató un clavo, que había conseguido extraer de la cómoda, al extremo de un hilo de su jersey y lo lanzó al agua.

Se acordó de una viñeta de Tintín, sin duda *Los cigarros del faraón*, cuando el joven periodista, navegando en medio del océano en su ataúd de madera, luchaba con el tiburón que acababa de morder su anzuelo. A él no podía pasarle eso. ¿Acaso los tiburones visitaban las aguas heladas de Suecia?

Al cabo de una hora tuvo que rendirse a la evidencia. Allí no había ni tiburón ni boquerones, o al menos no parecían sentirse atraídos por su clavo oxidado. Sin gusano o mosca, era imposible pescar nada, y no pensaba sacrificar un trozo de dedo para colgarlo en el extremo de su caña improvisada.

No debió de rezar bien a Ganesh, «el dios que suprime los obstáculos», porque de pronto se produjo un terrible choque acompañado de un crujido sordo, y de no haberse agarrado en el último momento a una de las patas de la cómoda, habría salido

proyectado fuera de su embarcación, lo que hubiera sido el fin de su historia.

Pensando que estaba a salvo, volvió a su sitio, aliviado, con el corazón latiendo fuerte en su pecho. Pero no contaba con el chorro de agua que surgió entre sus pies, en la base de la cómoda. Lo tapó con las manos y metió una manga del jersey de lana a modo de tapón. La maniobra funcionó, pero Dhjamal se percató de que había otros agujeros en la estructura. El agua le llegaba a la cintura. Tenía la impresión de estar en una bañera, pero lo que menos le apetecía era darse un baño… de agua helada.

Había chocado contra una roca. O varias, si tenía en cuenta todas esas bocas que se abrían en el casco de su barco improvisado y por donde manaban chorros de agua. Contempló el espectáculo, impotente y asustado, sin pensar un solo segundo que la presencia de rocas, allí, en medio del mar, era más bien una buena noticia, ya que indicaba que la costa de una isla estaba cerca.

Pero la muralla de niebla le impedía ver a más de un metro y el sentimiento de claustrofobia que había experimentado dentro de la cómoda le asaltó de nuevo.

Entonces supo que era el fin. Quitó el jersey del agujero y se lo puso con tranquilidad. El agua alcanzó pronto su pecho. Como el *Vasa*, el buque de guerra sueco que se hundió en 1628 nada más salir del puerto de Estocolmo por el peso de sus cañones, la Shmorböll se hundía en el mar Báltico.

Le había llegado su hora. Después de haber sobrevivido a un naufragio en globo en el Mediterráneo, iba a morir en las aguas heladas de Escandinavia. Se agarró a dos patas de la cómoda, cerró los ojos, sintió que el agua le entraba por la nariz y luego que le cubría por completo.

Entonces pensó en Marie.

Y en Tom Hanks.

De pesca con el señor Ikea

Como cada mañana, cuando el sol anaranjado asomaba la punta de la nariz, tímido, detrás del perfil indefinido de las islas, Ingmar Komprad puso su caña y su caja de anzuelos en la orilla de la isla de Gränulf, que se había comprado después de abrir su centésima tienda, y desplegó una silla de camping.

Los suecos compraban islas como los parisinos pisos. La única diferencia residía en que las islas de los suecos eran diez veces más grandes que los pisos de los parisinos.

El viejo tiró el hilo de su caña lejos, en la niebla que se extendía ante él. A pesar de sus noventa y dos años, aún tenía los músculos firmes.

Observó el corcho, cuyo color fluorescente atravesaba la nube, con mirada de profesional y esperó, confiado.

Había pasado tiempo desde que, en 1943, creó una pequeña empresa de muebles cuyo nombre había compuesto con las iniciales de su nombre y su apellido, I.K., de la granja de sus padres, Elmtaryd, y de su pueblo, Agunnaryd: I.K.E.A. En 1976, vendió sus acciones a Ingka Holding, dejó el control a sus hijos y se marchó a los Países Bajos para dedicarse a la pesca y la lectura.

La mirada del jubilado enseguida se vio atraída por el corcho amarillo, que empezaba una danza loca en la superficie del agua. Luego desapareció. El anciano sintió entonces que la caña intentaba escaparse de sus manos. Una fuerza invencible quería arrastrarlo bajo las aguas.

—¡Un pez grande! —exclamó, excitado, pues hacía unos días que no pescaba nada.

Se instaló bien en su silla y, como el Santiago de *El viejo y el mar*, se preparó para librar la batalla más grande.

Tiró de la caña con todas sus fuerzas a la vez que accionaba el carrete para bloquear el hilo. Soltó un poco y volvió a tirar. Otro golpecito de carrete. Ganaba terreno. Nunca se había sentido tan vivo. La partida se estaba poniendo interesante. Generalmente, se limitaba a esperar, mientras completaba los crucigramas o los sudokus, a que algún que otro pez diminuto quisiera, despistado, morder su anzuelo.

Cuando la bestia estuvo solo a unos metros, Ingmar se levantó, dio la espalda al mar, con la caña en el hombro, y se alejó de la orilla como si intentara arrastrar una pesada carga. Avanzó un paso y sintió que estaba a punto de ganar. Pero el monstruo, en un último brinco de vida, dio un repentino y potente tirón que lo desequilibró. ¡No era el pez espada de Hemingway sino la ballena blanca de Melville!

Se vio arrastrado hacia atrás y, como no soltó la caña, se cayó al agua. Tragó dos veces. Se peleó con el hilo plomado de su caña, que se enredaba alrededor de él, pero rápidamente se encontró inmovilizado.

Entonces oyó un chasquido delante de él. Sin dar crédito, vio aparecer en la superficie decenas de páginas arrancadas que flotaban con calma. Y se le ocurrió una idea genial. Pues, incluso al borde de la muerte, Ingmar Komprad seguía teniendo ideas geniales, ideas para ganar dinero. ¡El libro en kit para montar uno mismo!, pensó. Apuntó mentalmente que debía hablar con su director de I+D si sobrevivía. Hasta tenía el nombre del producto: ¡Lokelvientösellevo!

Luego, bajo su mirada estupefacta, el montón de páginas se abrió para dejar salir de la niebla una cómoda Shmörboll que, como un submarino después de una larga y exhausta expedición, emergía a la superficie para volver a ver la tierra una última vez.

Dicen que cuando estás a punto de morir, ves pasar ante tus ojos la película de tu vida. Pero ¿quién ha vuelto de la muerte para poder contar eso?

Dhjamal no había visto pasar su vida ante sus ojos ni nada parecido. Solo las tinieblas desde su cómoda.

No estaba muerto. Los dioses le habían dado otra oportunidad. Su bajada al fondo del mar se había detenido de pronto, y una fuerza invisible lo arrastró hacia la superficie. Luego oyó un splash y vio a un hombre pelearse con algo en el agua. Comprendió enseguida que estaba enredado en su hilo de pescar, que a cada segundo se cerraba más sobre él como una boa constrictor. Su pie tocó la roca y la usó para propulsarse hacia el viejo y ayudarle. Con los dientes, rompió la atadura de nailon.

Cuando el pescador estuvo libre, se dejó caer sobre la orilla para recuperar el aliento, sin desviar los ojos de la superficie para ver quién era su salvador. Entonces apareció el Mesías, saliendo de las aguas, con un jersey de Navidad de lana rojo en una mano y un libro en la otra.

Unos minutos después, los dos hombres estaban tumbados sobre la roca, con la mirada hacia el cielo gris, la respiración acelerada y la satisfacción de estar vivos.

—Es la primera vez que veo un náufrago en una cómoda. ¿Quién eres?

—Dooyeghas. Dhjamal Mekhan Dooyeghas. Mucho gusto.

El indio extendió la mano. El desconocido se la apretó con firmeza.

—Tu nombre me suena. No es común —dijo Ingmar levantando de nuevo la mirada hacia el cielo de cemento en busca de una respuesta—. ¡Maldita memoria! Yo soy Ingmar Feodor Komprad. Tendría que estar contento de recordar mi propio nombre.

El indio frunció el ceño.

—Su nombre también me suena.

Y buscó en las aguas espumosas del mar lo que el viejo no había encontrado en el cielo gris. Dos amnésicos felices, tumbados en la orilla de una isla sueca al alba. ¡Qué cuadro!

—Soy el inventor de Billy —añadió el pescador—. No hablo de la canción de Michael Jackson, sino de las estanterías. No es por presumir, pero ¿sabes que vendo una biblioteca Billy cada cuatro segundos en el mundo?

Dhjamal no entendía nada. ¿Cuál era la conexión entre Michael Jackson y unas estanterías?

—¡Otra! —dijo el sueco mirando su reloj. Y cuatro segundos después—: ¡Otra! Parecemos dos idiotas. A lo mejor somos dos grandes amigos que se han olvidado…

Los dos hombres se levantaron, el más joven ayudando al más mayor.

Este recuperó su sitio en la silla de camping, cogió una caña de pescar de emergencia y lanzó el hilo con un gesto enérgico y preciso que contrastaba con su edad. Dhjamal se sentó a su lado en un tronco de árbol.

—¿Qué haces por estos lares? Sin ánimo de ofender, no tienes cara de sueco. ¡Aquí solo el chocolate es más oscuro que tú!

—Es una larga historia. Digamos que estoy buscando aventuras y a una persona.

—¡No es por desanimarte, pero no es en Suecia donde encontrarás aventuras! Es un país tranquilo. Luxemburgo, en comparación, es Ibiza…

El extremo de su hilo se deslizó y desapareció un instante bajo el agua para volver a flotar en la superficie.

—Falsa alarma —dijo el viejo señalando el corcho con la barbilla—. En cuanto a esa persona que buscas, no es en esta isla donde la encontrarás. Es mía. Y aquí solo estamos tú y yo.

Dhjamal pensó que había dado con alguien más rico que él. Poseer una isla era la cosa más exótica que había oído nunca. Pero, a la vez, su dueño parecía estar muy solo. ¿Dónde estaba su familia? ¿Sus amigos?

La isla parecía uno de los numerosos astros que visitó el Principito, y aquel hombre, uno de los numerosos personajes solitarios que la poblaban.

—Pero no desesperes. Muchas veces, es la última llave del manojo la que abre la puerta.

¡Alabado sea el calendario de Correos sueco!

—Vine a Suecia en busca de un objeto valioso que no se hace en ningún otro sitio del mundo.

—¿Una bonita rubia? —preguntó el viejo con una sonrisa.

Dhjamal le devolvió la sonrisa.

—Una cama de clavos.

—¿Una cama de clavos? Pues sería más fácil encontrar a la bonita rubia. Y menos doloroso…

—Creo que tiene razón.

—¿Trabajas en un circo?

—No, yo… era faquir. Ahora soy escritor.

—¿Escritor? —repitió Ingmar, sin ocultar su admiración.

El indio asintió con la cabeza y se encogió de hombros, como para disculparse.

—Aparte del catálogo de Ikea, no leo mucho —contestó el anciano—. Mi best seller es Billy. No hablo de la canción de Michael Jackson sino de las estanterías. Me suena haberte dicho eso antes. A veces creo que chocheo.

—No pasa nada.

—¿Y qué escribes?

—La verdad es que solo he escrito una novela. Mi aventura como faquir.

—Oh, ¡como en *El increíble viaje del faquir que se quedó atrapado en uno de mis armarios*! ¿Lo has leído?

La mandíbula de Dhjamal estuvo a punto de descolgarse.

—¿En uno de sus armarios?

Pareció entender por fin quién era su interlocutor. Las estanterías Billy, Ingmar Komprad, Suecia, ¡por Vishnu, era evidente!

En ese mismo momento, el viejo también entendió quién era el joven

que tenía enfrente. Faquir, escritor, viaje.

—¿Es usted el señor Ikea?

—¿Eres *Mekano Gynkana*?

Los dos asintieron.

—¡Pues parece que somos un poco lentitos!

—Entonces, ha oído hablar de mi novela, ¡es increíble! Y encontrarle aquí, por casualidad, cuando le estaba buscando…

Entre los millares de islas que formaban los archipiélagos suecos, se había topado con la de él. ¿Qué probabilidad había de que algo así ocurriera? ¿Ninguna? Sin contar con que no era un suceso aislado. El día anterior había dado con Baba Rhoma por seguir a un chófer escogido al azar en un aeropuerto. Baba Rhoma, que no era otro que el barón Shrinkshrankshrunk, el gigante de la cafetera con quien, precisamente, Marie había ido a hacer negocios. ¡Son cosas que no pasan ni en los libros, de lo exageradas que son!

—Entonces ¿soy la persona que buscabas? Generalmente uno no encuentra lo que busca y, a la inversa, uno encuentra siempre lo que no está buscando. Para encontrarme, lo mejor era dejar de buscarme…

—Es un poco lo que pasó. Yo estaba buscando un desayuno.

—Oh, ¿tienes hambre? —El hombre sacó un bocadillo de su nevera —. Tengo más, no te preocupes.

Y mientras Dhjamal devoraba el pan con salmón ahumado, el viejo le hizo una proposición:

—Si un día no vendes más libros, lo que espero que no te suceda nunca, que sepas que para mi empresa será un honor contratarte como diseñador de muebles. Tu armario Klandø sigue siendo un éxito. No pasa de moda. Bueno, no es Billy, claro (echó una mirada a su reloj, hop, otra vendida), pero no está mal.

Después de la publicación de la novela de Dhjamal, Ikea había desarrollado su ingeniosa idea de armario provisto de un baño y un kit de supervivencia para los clandestinos, el Klandø, un éxito de ventas en la frontera greco-turca, por donde pasaban cada día centenares de inmigrantes en busca de una vida mejor en Europa.

—¡Mientras existan países ricos y países pobres habrá fronteras,

mientras existan fronteras habrá gente que intentará cruzarlas ilegalmente, y mientras exista gente que cruza fronteras ilegalmente habrá Klandø! —dijo el indio.

La cara del señor Ikea se iluminó. Y no solo porque, delante de ellos, la cortina de niebla se había abierto y el cielo estaba azul, proyectando una luz hacia el mar. El maná no estaba lejos de agotarse. Era maravilloso poder ganar millones de euros realizando una buena acción.

—¡Tienes razón, Dhjamal! —exclamó Ingmar.

—Gracias por su oferta de empleo.

Si no conseguía escribir el libro que le pedía su editor, a lo mejor al indio no le quedaba más opción que aceptar la proposición del gigante sueco. Se imaginó como diseñador, en un gran despacho moderno. Convocaría reuniones en la sauna. Porque, en Suecia, las reuniones se celebraban en las saunas, ¿verdad? Así se trabajaba cómodamente, en las mejores condiciones. En vez de ponerse un traje, uno se ponía una toalla. Lo que a Dhjamal le parecía estupendo, porque todavía no sabía anudarse una corbata. Y además la sauna le recordaría a su pueblo natal en la India. La misma temperatura, la misma humedad.

—Ya que estamos hablando del Klandø, le buscaba porque necesito una Misklavospikån.

—Ya no la fabricamos. Demasiado peligrosa. Y ahora que lo pienso, tendré que decir a mis asociados que añadan en las precauciones de uso de la Shmorböll que no se use como embarcación.

Soltaron una carcajada.

—No te preocupes, te vamos a fabricar una Misklavospikån a medida. Si necesitas algo, lo que sea, escríbeme: thebigboss@ikea.com. Siempre estaré dispuesto a ayudarte. Me has salvado la vida.

—¡Después de casi matarle! —corrigió el indio, y se abrazaron como dos viejos amigos.

—¿Quieres quedarte a pescar conmigo? Tengo más bocadillos.

—Creo que será mejor que vuelva a casa —dijo Dhjamal levantándose.

Cogió su jersey, que había dejado colgado de una rama, y se lo puso

después de comprobar que ya no chorreaba.

—Mi mujer estará muy preocupada. Si cojo el primer vuelo, llegaré a París para comer.

Recogió las páginas esparcidas a lo largo de la orilla y las guardó tras la portada de su libro.

—Estamos en una isla, no podrás ir muy lejos. Te voy a acompañar hasta un sitio más civilizado.

Se dirigieron hacia un Volvo 4x4 blanco que estaba aparcado en el borde de la carretera. Circularon en silencio. Subieron el coche en el transbordador particular del señor Ikea, que les dejó unos minutos después en tierra firme, y continuaron hacia el aeropuerto.

—¿No tienes zapatos? —le preguntó Ingmar.

—En su país, por lo que entendí, la educación exige que uno se descalce cuando entra en casa de alguien —dijo Dhjamal.

—Coge los míos. Parece que tenemos el mismo número.

El viejo le regaló sus mocasines a su nuevo amigo.

—¿No los necesitará para conducir?

—Te harán más falta que a mí. ¡Buena suerte!

—No sé qué decirle.

—Dime *tack*.

—¿*Tack*? ¿Qué significa?

—«Gracias.»

—Entonces le digo *tack, tack, tack, tack, tack, tack*…

Una verdadera ametralladora de gracias.

Fronteras, siempre

Cuando quiso comprar su billete de avión, Dhjamal se dio cuenta de que no tenía su DNI. Se acordó de que Gottfrid lo había cogido para comprobar su nacionalidad y averiguar quién de ellos, él o el gordo del sombrero, era el auténtico profesor Ronaldo. Imposible coger un avión sin documentación. Una vez más, se había convertido, en contra de su voluntad, en un clandestino.

Cogió el autobús que iba a la estación. Por suerte, Suecia estaba conectada con Dinamarca por una estrecha lengua de tierra en la que habían instalado una vía de ferrocarril que evitaba tener que pasar por Rusia para ir a Europa. Compró un billete en primera clase y se subió al primer vagón. Solo había que esperar que no hubiera controles en las fronteras. El viaje, monótono, parecía la lista de los países de Eurovisión. Dinamarca, Alemania, Países Bajos, Bélgica. En Amsterdam (¡tres puntos, *trois points, three points*!), Dhjamal tuvo que cambiar de tren. La escala era de dos horas, así que decidió visitar esa ciudad que solo conocía por el *Diario de Ana Frank*. Casi le atropellaron tres tranvías y catorce bicicletas. Vio mujeres medio desnudas en escaparates con luces rojas y hombres perdidos en nubes de humo. En los canales, pasaban embarcaciones llenas de jóvenes borrachos que bailaban al ritmo de música tecno y le saludaban con indiferencia mientras otros comían queso. ¡Qué país más raro!, pensó. Volvió a la estación y se subió al tren, se encerró en el compartimento de primera clase a esperar la salida y mientras tanto hizo lo posible por ordenar las páginas de *Lo que el viento se llevó* en polaco.

Al llegar a Mons, en la frontera franco-belga, intentó explicar al policía su situación para que le dejara continuar en dirección a

Maubeuge. Pero con la avalancha de refugiados sirios y los atentados terroristas, los controles se habían intensificado y era mucho más difícil cruzar. Francia acababa de expulsar al primer rumano a la Luna. Una buena solución para impedir que volvieran. Finalmente, había mejorado su catapulta de inmigrantes.

—¿De dónde vienes?

Vio el reno que corría tras los copos de nieve de su horroroso jersey de Navidad agujereado.

—De Suecia.

El policía se echó a reír.

—No tienes pinta de sueco.

—Soy indio. Pero tengo la nacionalidad francesa.

—DNI.

—¿Perdón?

—Tu DNI.

—No lo tengo. Lo perdí… en Estocolmo.

—Claro, lo perdiste. Se te olvidó en el cajón de la mesita de noche de tu habitación del Ritz, ¿verdad?

—Bueno, lo cierto es que se me olvidó en la villa de un barón sueco, que ni es barón ni sueco, dicho sea de paso. Llegué allí haciéndome pasar por un tal profesor Ronaldo, experto en joyas. Le doy la información. El barón Shrinkshrankshrunk está planeando transportar a Rusia millares de diamantes en cápsulas de Nostresso. Le hablo de tráfico de diamantes, supongo que esto les interesará a sus colegas de la frontera rusa, ¿no? Y bueno, no se lo creerá pero este hombre es el maestro faquir Baba Rhoma, el hombre que…

—Deberías dedicarte a escribir libros.

—¡Qué oportuno! Justamente yo soy…

—¡Cierra el pico! Y ponte en la cola como los demás. Y mientras continúes sin encontrar tu pasaporte sirio, no pasarás esta frontera. ¡Siguiente!

No te dejarán entrar —dijo una vocecilla por encima de Dhjamal.

El indio, sentado en la acera, levantó la cabeza. Pensaba ver la cara de Vishnu a través de las nubes, pero solo vio la de un hombre barbudo, con el pelo negro, que estaba inclinado hacia él y lo miraba con una sonrisa. Llevaba a un niño en los brazos. Su mujer, que estaba a su lado, llevaba otro igual que el primero; eran como dos gotas de agua.

—¿Eres polaco? —preguntó el hombre en un inglés que no parecía su lengua materna.

—No. ¿Por?

El otro señaló la portada del libro con Clark Gable, ajeno a sus problemas, que no se decidía a besar a Vivien Leigh.

—¿Afgano?

Ahora señalaba el jersey de lana rojo.

—¿Los afganos llevan este tipo de jersey? —preguntó Dhjamal.

—Sí, los encuentran en la basura. O en Emaús.

El escritor no tenía ni idea de quién podía ser ese Emaús. ¿Un traficante de clandestinos belga? ¿Un supermercado griego?

—Me llamo Adnan. Esta es mi esposa Baba y aquí tienes a nuestros gemelos Sydu y Zain. Somos sirios. Hemos escapado de nuestro país porque está en guerra. Ya no se puede vivir allí. Pero Francia tampoco nos quiere acoger.

De modo que así era un sirio. Se los imaginaba con anoraks y un acordeón. Los que se paseaban por el metro parisino no debían de ser sirios de verdad, sino gente que actuaba según las modas. Cuando Francia dejaba entrar a chechenos, todo el mundo era checheno, como por arte de magia, y cuando dejaba entrar a afganos, todo el mundo se convertía en afgano. Los sirios estaban de moda esos días.

—¿Sirios de verdad?

—Auténticos —confirmó la mujer.

—Yo soy indio —dijo Dhjamal—. Y francés. Y tampoco me dejan entrar.

—Es un privilegio tener dos nacionalidades.

El escritor no había pensado en eso. Pero la mujer tenía razón. Era un privilegio tener dos nacionalidades. Dos culturas. Dos maneras de ver las cosas. Salvo que, en ese caso concreto, ninguna de las dos le servía de nada. Otra vez esos malditos problemas de fronteras. ¿Cuándo dejaría el hombre de plantar banderas y vallar parcelas de tierra diciendo que era suya y que nadie más podía entrar?

—Entiendo. Si uno no puede cambiar la geografía y las fronteras, quizá haya que cambiar a la gente y su manera de pensar. El mundo es de todo el mundo, ¿no?

—Uno no cambia —dijo el sirio, que ya no se dejaba engañar y había perdido toda la ilusión y la inocencia.

Algo que Gustave ya dijo antes, y la gran filósofa Céline Dion antes aún.

Dhjamal no podía entender por qué los países de acogida no aceptaban a la gente. Era la élite de la élite la que llamaba al timbre de su casa. Hombres y mujeres que habían atravesado un continente andando, habían sobrevivido a las embarcaciones hinchables y las travesías de mares violentos. Los que llegaban a Francia eran los mejores.

Durante el camino, se producía una selección natural que solo superaban los más fuertes, los más resistentes, un poco como los espermatozoides. Sí, solo ganaban los mejores de los mejores.

—¿Por qué no os quedáis en Bélgica? —preguntó a Adnan—. Ya es una suerte increíble haber llegado hasta aquí. Parece un país civilizado.

—¿Civilizado? —exclamó el mejor de los mejores—. ¡Siguen viviendo en el siglo XVII! ¡Es como si acabaran de descubrir la patata! La ponen en todos los platos. De todas las formas imaginables. Estoy harto de los rollmops, de las salchichas stoemp y del waterzooi. Y el niño ha desarrollado una alergia a la coliflor. Además, llueve todo el rato. Lo

hemos intentado todo para que nos dejaran entrar en Francia, ¡incluso nos hemos hecho pasar por un circo!

—¿Un circo? —se extrañó Dhjamal, no sin entusiasmo.

—Sí, pero no funcionó. Para cruzar la frontera haría falta un milagro.

—¡Entonces has llamado a la puerta adecuada! —dijo Dhjamal sonriendo—. En cuanto a milagros, ¡soy todo un experto!

El faquir que hacía malabarismos con albóndigas suecas

Dhjamal nunca había visto a un payaso negro.

Ni a una mujer con barba, a un hombre con pelo de lobo en la cabeza y el rostro y a un niño recubierto de escamas. Eran algunas de las rarezas que se encontraban comiendo en la tienda de campaña del circo, cuando apareció flanqueado por Adnan y su mujer.

—Os presento a Dhjamal Mekhan Dooyeghas —anunció Adnan alzando la voz para que todo el mundo pudiera oírle—. Dhjamal, te presento a la compañía circense.

—¡Bienvenido, *Me curan las llagas*! —exclamaron todos a la vez, como si se tratara de un grupo de terapia de monstruosidades anónimas.

Y luego, uno a uno, los simpáticos especímenes se fueron levantando para saludar al recién llegado. «Hola, soy el hombre-lobo», dijo un hombre con pelo de lobo en la cabeza y el rostro. «Hola, soy la mujer barbuda, ¡pero me afeité esta mañana!», dijo una mujer que no tenía barba. «Hola, soy la otra mujer barbuda», dijo otra que sí la tenía. «Hola, soy el payaso negro», dijo un africano pintado de colores. Y todos estrecharon la mano de Dhjamal, excepto el hombre-babosa y la mujer-anguila, claro, porque no tenían, y se contentaron con frotarse contra su pierna en señal de amistad.

—Dhjamal no es de nuestro mismo color —anunció Adnan—. Pero, como dijo el gran filósofo Michael Jackson, «¡Poco importa que seas negro o blanco!».

Y todo el mundo se rio.

Incluso los sirios, en la miseria, huyendo del horror de un país destruido por las bombas, conocían a Michael Jackson.

El indio se instaló con Adnan en una mesa donde una chica con tres brazos les sirvió un plato de albóndigas.

—¡Qué práctico! —exclamó Dhjamal señalando a la chica—. ¡Qué bien, me encantan las *köttbullar*!

—¿Así se dice «albóndigas» en tu país?

—No, ¡en Ikea!

El otro asintió sin entender. No conocía Ikea.

—Entonces, sois un circo —retomó el indio—. Siempre pensé que el circo era un universo misterioso y encantador.

—Pensábamos que, formando una compañía, las municipalidades francesas nos invitarían y podríamos cruzar la frontera de manera casi legal —confesó Adnan—. Una técnica como cualquier otra para conseguir entrar como clandestinos. Pero descubrieron el truco y nos rechazaron como a miserables…

Comió una albóndiga con avidez.

—Entonces, Dhjamal, a la espera de tener una idea mejor, nos quedamos aquí.

El indio miró al hombre con las mejillas huecas y la cara rota que estaba enfrente de él. Parecía que lo habían dibujado con lápiz, sin ningún color, solo el de su chaqueta. ¿Por qué siempre se topaba con gente que quería cruzar una frontera? ¿Cuándo terminaría todo eso?

—¿Sabes qué? —dijo Adnan mordiendo un trozo de pan—. Un día los europeos tendrán que pagar por todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Que un día serán los blancos los que intentarán cruzar las fronteras escalando muros o atravesando mares en pateras. Un día, Europa morirá, habrá una guerra y entonces todos querrán ir a Egipto o a Arabia en busca de trabajo, para encontrar una vida mejor, como nosotros hoy. Solo es cuestión de tiempo. Y entonces comprenderán lo que es haber nacido en el lado equivocado del Mediterráneo, en el país equivocado, con el color de piel equivocado. Porque el color de piel equivocado ya habrá cambiado. Será el blanco. Y el lado bueno del Mediterráneo será África.

Aunque no fuera su color de piel, Dhjamal sintió un escalofrío.

Porque ahora vivía en Francia, en el futuro lado equivocado del Mediterráneo. Porque se había vuelto europeo. Adnan tenía razón. ¿Qué les reservaba el futuro? Los ingleses renegaban de Europa, los catalanes renegaban de España. ¿Cómo acabaría todo? Imaginó embarcaciones llenas de europeos invadidos por el miedo, a punto de naufragar en las costas de Argelia, camiones llenos de Camilles, Bénédictes, Antonins, Christines, Claudes y Dominiques, escondidos entre las mercancías, muros escalados por blancos con gafas y traje, maleteros de coches repletos de banqueros, agentes inmobiliarios, arquitectos, directores de marketing, escritores. El mundo al revés. Y encontró la imagen tan fuerte que pensó que sería una historia increíble para una de sus novelas. Quizá la que esperaba su editor.

—Ya que vamos a pasar un tiempo juntos —dijo Dhjamal—, al menos hasta que encuentre una solución para que podamos cruzar la frontera, ¿habría un trabajito para mí en el circo?

—¿Qué sabes hacer?

El exfaquir miró su plato, cogió con sus dedos hábiles las cuatro albóndigas y empezó a hacer malabarismos con ellas bajo la atenta mirada de su interlocutor.

—¡Estás contratado! —exclamó Adnan con ojos divertidos, porque nunca había visto a nadie hacer malabarismos con albóndigas.

Dhjamal, el nuevo de la compañía, el que hacía malabarismos con albóndigas, había instalado su despacho en un cibercafé a las afueras del campo de Mons-Maubeuge. Desde allí había conseguido contactar con Marie.

A la espera de que Skype se abriera, surfeó en la red en busca de un diccionario online polaco-inglés. No pudo dejar de sonreír al ver el significado de *zasłony*, la palabra en la que se había detenido la bala asesina de Baba.

«Cortinas.» *Zasłony* significaba «cortinas».

En Tara, sin dinero para pagar los impuestos, Escarlata O'Hara se había confeccionado, con la esperanza de que Rhett Butler le diera lo que necesitaba, un vestido con las cortinas de terciopelo de su casa para ir a verle…

Zasłona, en singular, significaba «protección». Cortinas y protección. Aquel vestido hecho con simples cortinas, que salvó la vida de la heroína de *Lo que el viento se llevó*, había salvado también, de alguna manera, la de Dhjamal.

La primera reacción de Marie cuando apareció en la pantalla y vio a su marido fue de alivio.

—¡Dios mío, gracias! ¡Estás vivo! Pero ¿dónde estás?

Dhjamal le explicó detalladamente su increíble periplo. Los escopetazos, la persecución, el viaje en cómoda, su encuentro con el señor Ikea y su terrible episodio en la frontera belga.

Por su parte, ella le anunció que la policía había detenido a Baba y a sus cómplices.

—Por una parte, me alegra saber que Baba vuelve a la cárcel —dijo Dhjamal—. Pero no puedo evitar pensar en todos esos diamantes… Qué lástima.

—Sabes, cuando volví a la casa del barón con la policía, después de que Pequeño, el enanito de maletero de Mario, me hubiera salvado, los cartones de cápsulas ya habían sido cargados en los camiones de Baba. Detuvieron al profesor Ronaldo, al mayordomo, al chófer y al cocinero, acusados de banda criminal organizada, y a Baba, de secuestro y tentativa de homicidio. Pero nadie estaba al tanto de la existencia de los diamantes. Claro, no dije nada a la policía… Durante el registro del domicilio, me dejaron sentada cerca de una mesa en la que estaban los móviles que habían intervenido. Mientras todos permanecían ocupados, cogí el de Baba y encontré una conversación con los esbirros que transportaban las cápsulas. Les di nuevas instrucciones.

En las películas, justo cuando los villanos contaban su plan maquiavélico, el héroe al que estaban a punto de matar conseguía salvar el mundo.

—¿Nuevas instrucciones? ¡Pero no hablas sueco!

—Para eso está Google Translate. Y, además, solo les di una nueva posición GPS de entrega. No hace falta hablar un idioma para dar una dirección…

En un lugar de Siria de cuyo nombre no quiero acordarme, Anmar levantó los ojos hacia el rugido que provenía del cielo.

De pronto, un avión surgió de una nube y sobrevoló al grupo de refugiados. Soltó una sombra negra que se estrelló cerca del sirio. La columna que él y sus amigos formaban se dispersó y todo el mundo saltó al arcén. Esperaron a que la bomba explotara. Pero no ocurrió nada.

Entonces Anmar se acercó con precaución y vio que no era una bomba sino un paquete de cartón. Se precipitó y lo abrió mientras los otros hombres de la colonia también se acercaban. Cuando no se trataba de los bombardeos de los aviones americanos, estaban acostumbrados a recibir paquetes de la Cruz Roja para ayudarles en su éxodo. Kits de supervivencia, comida, ropa.

Todo el mundo se quedó atónito delante de las cápsulas de café multicolores.

Anmar levantó de nuevo los ojos al cielo en espera de otro paquete. Pero no cayó nada.

—¿Qué estás esperando, Anmar? —preguntó Rifat.

—¡La cafetera que va con estas cápsulas! —exclamó, con la mirada llena de esperanza hacia ese avión que pronto desapareció detrás de las nubes.

Al cabo de unos minutos, tuvieron que hacerse a la idea. Se burlaban de ellos. ¿Qué iban a hacer con las cápsulas de Nostresso sin la cafetera? Eran tan inútiles como un móvil sin batería.

Anmar blandió un puño feroz hacia el cielo y escupió en el suelo seco y pedregoso.

Furiosos, los sirios abandonaron el cartón en el arcén y se alejaron a paso lento, tan de vacío como antes, dejando tras ellos, sin saberlo, una

fortuna en diamantes que les habría hecho mucho bien.

En cuanto al pequeño problema de documentación de Dhjamal, Marie le dijo que no se preocupara. Avisaría a la embajada de Francia en Bélgica al día siguiente para que le entregaran un documento provisional y así podría volver a casa.

El indio rechazó la propuesta. Allí había encontrado gente excepcional que lo necesitaba. No podía abandonarlos. Por lo menos, no sin antes haber intentado ayudarlos. Conociendo el carácter altruista de su marido, ella respetó su decisión.

Después, aquella noche, intercambiaron e-mails calientes. «Vuelve rápido», escribió ella al despedirse. «Volveré rápido, no como Tom Hanks», escribió él. Pero Marie no entendió esa contestación.

Una vez solo, el escritor abrió un documento Word, se acordó de la idea genial de Adnan y escribió la primera frase de lo que sería su próxima novela.

Respecto al milagro que Dhjamal tenía que realizar para que los inmigrantes pasaran a Francia, no se le ocurría nada. Y así transcurrieron los días, tranquilos, en la frontera franco-belga.

Comía y cenaba con los clandestinos y dormía en un colchón que el hombre-murciélago le había prestado. De todas maneras, este dormía boca abajo colgado de un perchero. Dhjamal habría podido ir a dormir al hotel, pero quería ser solidario con el grupo. Lo tomaban por uno de ellos, con el color aceituna de su piel, su bigote naciente y ese jersey que le quedaba grande y que suponían que había encontrado en un contenedor de basura. El escritor no tenía derecho a abandonarlos, aunque fueran unas horas. Además, cuando comenzó su aventura, se había prometido no usar dinero para solucionar los problemas que surgieran.

A veces, durante la comida, sacaba su ejemplar de *Lo que el viento se*

llevó y, como un poeta, leía, declamaba más bien, en voz alta, adoptando un tono dramático como si entendiera lo que decía. Las veladas eran alegres y animadas. Y durante unas horas, la gente olvidaba sus preocupaciones.

Una mañana que había ido a comprar cruasanes para la compañía, Dhjamal no encontró a nadie a su vuelta. Todo el mundo había desaparecido. Buscó por todas las instalaciones y le llamó la atención un camión enorme, pintado con los colores del circo, que estaba aparcado cerca.

Dudando, subió al escalón trasero, de donde escapaba un rumor sordo, y abrió el remolque.

Todos los miembros del circo se encontraban allí.

El hombre-lobo, calvo como un recién nacido, estaba tendiendo una peluca en una cuerda con dos pinzas. Una mujer peinaba con esmero una larga barba extendida sobre un tocador. Una madre pegaba escamas de pescado en la espalda de su hijo con la lengua, como si fuesen sellos de correos. Solo el enano y el payaso negro parecían ser un enano y un negro de verdad.

Cuando oyeron que la puerta se abría, giraron la cabeza hacia Dhjamal y a él se le heló la sangre.

Allí estaba Ramse, el hombre-lobo, en realidad un sirio que había abandonado su casa y sus bienes para huir del Estado Islámico y ofrecer un futuro mejor a su esposa, Rasha, una de las dos mujeres barbudas, a su hija Maya, la chica con tres brazos que le había servido las albóndigas la primera noche y ahora estaba sin su prótesis de plástico, y a su hijo Majd, el niño con tres ojos, de los cuales solo dos eran auténticos (el tercero estaba hecho con la mitad de una pelota de ping pong). Estaban Gürkan, el payaso afgano, y Kodjo, el payaso negro, que se llamaba así porque había nacido en Togo un lunes. Y en Togo, los niños que nacían en lunes se llamaban o bien Kodjo o bien Kouadjo. Estaban Aysu («Agua de luna», en turco), la otra mujer barbuda; Afewerki y Nahom, los dos siameses eritreos, separados; Tomislav, el niño-pez croata, y Vesna, su madre. Estaban también Janice y Aman, Dragomir y Zora, Duda, Irfan, Akofa, Kossi, Mablé, Mira Misako, turista

japonés que se preguntaba qué pintaba allí, y muchos otros que deseaban ir a Francia, cada uno por sus razones, pero todas buenas. Todos esos pueblos y esos colores reunidos en un mismo sueño: vivir y trabajar en Francia, el país de la libertad.

—¡Sois falsos monstruos! —exclamó Dhjamal, que no salía de su asombro.

Adnan dejó a su bebé en brazos de su mujer y fue hacia él.

—No pensarías que…

Y soltaron una carcajada.

—¡Habéis logrado engañarme!

—¡Preferiríamos engañar a los policías!

Y sus palabras volvieron a zambullir a Dhjamal en sus reflexiones. Cuando salió, levantó la mirada hacia el gigantesco muro que parecía infranqueable.

Entonces se dio cuenta de que Baba Rhoma le había dado la solución treinta años antes.

El faquir se vuelve traficante de clandestinos

En los años ochenta, David Seth Kotkin, más conocido por su nombre artístico David Copperfield, hizo creer a todo el mundo que había atravesado la Gran Muralla china.

Una cabina con paneles de papel japonés en la que se encerraba, una penetración en el muro sugerida como sombra china, una desaparición y una reaparición al otro lado de la muralla. No necesitó más para seducir a millones de telespectadores. El efecto se conseguía con un plano secuencial, sin corte de cámara, y con unos testigos alrededor, lo que hacía que resultara más impresionante aún.

Dhjamal se proponía repetir la ilusión con otro título: «Los sirios atraviesan la Gran Muralla de Maubeuge».

Para llevar a cabo su plan, había enviado un e-mail a su nuevo amigo sueco, el señor Ikea, en el que le pedía que le hiciera llegar de manera urgente material (adjuntaba los planos) con el fin de realizar la ilusión más bonita de su vida.

Dos días después, recibía un paquete.

—¿Es para ti? —preguntó el policía de turno aquella mañana.

Señalaba con su grueso dedo índice la dirección.

Dhjamal Mekhan Dooyeghas
(el joven indio con el jersey de Navidad rojo)
Punto de frontera número 126B
Mons-Maubeuge
Europa

—No creo que haya mucha gente que responda a esta descripción —

contestó Dhjamal con una sonrisa.

Y como un niño abriendo sus regalos de Navidad, el indio se escondió en un rincón, sacó las tablas de aglomerado y montó sus muebles.

—¿Qué haces? —le preguntó Adnan.

—Un milagro, como me pediste.

Unas horas más tarde, después de haber anunciado a clandestinos y policías que un fabuloso espectáculo de magia les esperaba, puso la cabina Ikea que acababa de montar contra el muro, apoyó un mueble-escalera y subió a la cabina bajo las miradas escépticas del público.

Una cortina de papel cubrió la cabina y solo se vio la sombra china del faquir, creada por una lámpara que proyectaba la luz desde el interior. Cuando la cortina cayó, el faquir había desaparecido. Unos asistentes pasaron la cabina al lado francés, la pusieron contra la muralla, apoyaron el mueble-escalera. Entonces, apareció la sombra china del faquir como si saliera del muro. La cortina cayó y el faquir, triunfal, levantó los brazos en señal de victoria.

Los policías, boquiabiertos, tardaron unos segundos en reaccionar, hasta que uno de ellos, seguramente el jefe, o por lo menos el más perspicaz, soltó:

—¡Muy bien, Copperfield, pero ahora vuelves a Bélgica!

Enseguida, dos policías lo cogieron del brazo y se lo llevaron al otro lado sin sospechar que la familia de Adnan, escondida en el doble fondo del mueble-escalera que había servido para la ilusión, se encontraba del lado francés y había cumplido su sueño.

Quien hace un milagro hace cientos», decía el refrán.

Así, cada día, decenas de clandestinos sirios se escondían en el mueble-escalera de Dhjamal y cruzaban, fuera de toda sospecha, lo que había apodado «La Gran Muralla de Francia». A los policías belgas y franceses les encantaba el espectáculo. Rompía un poco la monotonía. Con el éxito, habían pasado de una representación al día a seis. Cada vez que Dhjamal aparecía en Francia, victorioso, volvían a conducirlo al otro lado. ¡Los polis no eran tan tontos!

Hasta que llegó el día en que Dhjamal decidió que debía pensar en él. Y en Marie.

Hizo pasar a una última familia siria, se encerró con ella en el mueble-escalera y no reapareció en la cabina.

Nunca lo volvieron a ver.

Desde entonces, los policías creen que sigue dentro del muro.

El palacio de los mil y un vicios

El que sí que estaba rodeado de muros era el último inquilino del centro penitenciario de Tharta'l Yagurh.

Y como siempre que algo desconocido aterriza en nuestro paisaje, un montón de rumores habían acompañado su llegada. Unos hablaban de un gran barón sueco con nombre de verbo irregular inglés, al que habrían despojado de su nacionalidad y su inmensa fortuna antes de extraditarlo a la India. Otros hablaban de un antiguo maestro faquir que había arrasado, en su juventud, la ciudad de Shishke Babh, situada a treinta kilómetros de allí. También decían que había inventado la Nostresso y que estaba implicado en el tráfico de diamantes. En resumen, un montón de rumores que, por una vez, eran todos ciertos.

El hombre se pasaba los días en la ventana, lleno de amargura y de rabia contenida, con las manos aferradas a los barrotes hasta que se volvían blancas y los ojos perdidos en la pared azul de la enorme tienda en la que se leían las cuatro letras amarillas: IKEA. Había sido condenado a ciento treinta y seis años de cárcel. Tenía mucho tiempo para admirar esa vista.

Pero cuando anochecía, cogía la cucharita que había conseguido robar en la cantina, desplazaba la caja que usaba de mesita de noche y cavaba hasta el amanecer, frenético, sin dejar de repetir: «No desesperes, muchas veces es la última llave del manojo la que abre la puerta». Como el señor Ikea le dijo antes a un tal Dhjamal Mekhan Dooyeghas en una isla lejana de los archipiélagos suecos.

La nueva casa de Baba Rhoma estaba hecha a su imagen. Vieja y estropeada por fuera. Y aún más fea por dentro.

Una ingeniosa historia donde la brújula se volverá loca con las correrías de un estrafalario faquir. Una vivaz y tierna comedia filosófica sobre un mundo que, como un armario de Ikea, está lleno de falsas puertas y dobles fondos.



Tras alcanzar la fama con un libro donde relataba sus aventuras al quedarse atrapado en un armario de Ikea, el faquir Dhjamal Mekhan Dooyeghas se ha aburguesado. Vive más como un marajá que como un verdadero faquir, y así se lo hace notar su editor, quien le recrimina que su nueva novela ha perdido autenticidad.

Dhajamal se da cuenta entonces que, para escribir historias originales, lo primero que tiene que hacer es recuperar su propia esencia. Así que decide cambiar las sábanas de seda que utiliza ahora por la mítica cama de clavos de Ikea, la Miskavlospikån, ¡pero resulta que está descatalogada!

Dhjamal no se da por vencido y toma un avión a Suecia para convencer al fundador de Ikea de que vuelvan a fabricar ese modelo de cama de clavos embarcándose así en una nueva y rocambolesca aventura que le ayudará a reencontrarse consigo mismo.

Este increíble viaje le recordará las peripecias de cuando recorrió toda Europa como inmigrante ilegal al tiempo que le traerá a la memoria viejos recuerdos de su dura infancia como humilde aprendiz

de faquir en Bombay.

«Un relato divertido y extravagante. El ingenio del autor deslumbra en cada página.»

DAVID FOENKINOS, *L'Express*

«Esta novela rocambolesca mantiene en vilo al lector y le hace reflexionar. Bajo la apariencia de una comedia, Puértolas, como si hubiera tomado la pluma de Voltaire, nos ofrece una historia filosófica sobre la inmigración.»

Le Figaro Littéraire

«Una alocada aventura que se devora como una bolsa de golosinas en una feria.»

MarieFrance

Romain Puértolas, de origen franco-español, nació en 1975 en Montpellier. Autor polifacético, a lo largo de su vida ha desempeñado trabajos tan variopintos como el de DJ o el de coordinador de vuelos. Durante cuatro años fue también inspector de policía en un servicio especializado en el desmantelamiento de redes de inmigración ilegal.

Debutó en el mundo literario con la célebre novela *El increíble viaje del faquir que se quedó atrapado en un armario de Ikea* (Grijalbo, 2014), que se convirtió en un fenómeno de ventas en más de cuarenta países con más de un millón de ejemplares vendidos en todo el mundo. Ensalzada por la crítica y los lectores, la novela fue galardonada con el Gran Premio Jules Verne 2014, el Premio Audiolib 2014, el NDS des Lycéens de Estambul, y fue finalista de los premios literarios Renaudot, Renaudot des Lycéens y Méditerranée des Lycéens. Asimismo, este exitoso debut ha sido adaptado a la gran pantalla en una gran producción cinematográfica internacional, dirigida por Ken Scott y de la que el propio autor es coguionista.

A este triunfal lanzamiento se sumó *La niña que se tragó una nube tan grande como la torre Eiffel (*Grijalbo, 2015), una novela tan desenfadada y tierna como la anterior. Además, Puértolas incursionó en la novela negra con *Todo un verano sin Facebook* (Grijalbo, 2018), una sátira hilarante sobre los libros clásicos de detectives.

Para más información, visita la página web del autor: www.romainpuertolas.com

Título original: *Les Nøuvelles Aventures du fäkir au påys d'Ikea*

Edición en formato digital: abril de 2019

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Fotografía de portada: © Ivan Solbes

ISBN: 978-84-253-5747-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Que me perdone Rocío Jurado.

[2] Veintisiete años después del nacimiento del mago David Copperfield (1956) en el calendario faquir, o sea, 1983.

[3] Red Educativa Nacional de Faquires Especiales.

[4] «Escarlata O’Hara no era bella, pero los hombres no solían darse cuenta de ello hasta que se sentían ya cautivos de su embrujo, como les sucedía a los gemelos Tarleton.»

[5] A, B y C no son letras del alfabeto indio, pero hemos preferido utilizarlas para no liar al lector, ya que las matemáticas pueden llegar a ser complicadas de entender, y no digamos en hindi…

[6] Los aficionados a la poesía habrán reconocido los versos de Arthur Rimbaud.

[7] Dios escandinavo de los chefs. ¡Hay dioses para todos!

Índice

Notas